Manuel Loyola T.

En contra de los impíos

La Actuación de la Buena Prensa Católica en la Arquidiócesis de Santiago, 1906-1936



Ariadna

Manuel Loyola, Dr. en Estudios Americanos (Universidad de Santiago de Chile). Académico del Instituto de Estudios Avanzados de la USACH, editor de la revista de historia del socialismo latinoamericano Izquierdas http://www.izquierdas.cl/

Manuel Loyola T.

En contra de los impíos

La Actuación de la Buena Prensa Católica en la Arquidiócesis de Santiago, 1906-1936

Ariadna Universitaria

En contra de los impíos
La Actuación de la Buena Prensa Católica en la Arquidiócesis de Santiago, 1906-1936

Autor: Manuel Loyola / Materia: Historia cultural
ISBN 978-956-8416-31-7 Primera edición abril 2016

Fotografía portada, La Buena Prensa, Imprenta Claret, Santiago, 1928

Ariadna Ediciones EIRL / Laguna la Invernada 0246, Estación Central Santiago de Chile / http://ariadnaediciones.cl/ manuel.loyola@gmail.com / Santiago, Chile



Augusto Samaniego, Dr. en Historia, académico Facultad de Humanidades de la Universidad de Santiago de Chile

Sergio Toro, Dr. Ciencias Políticas, académico del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad Católica de Chile

Rolando Álvarez, Dr. en historia, académico Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile

Jorge Gonzalorena, Mg. en historia económica (Universidad de Lund), académico de la Universidad de Chile

Luis Thielemann, Mg. en historia, docente en historia Universidad Finis Terrae, Chile

Daniela Lucena, Dra. en Ciencias Sociales. Investigadora CONICET. Docente de grado y de posgrado en la UBA, la Universidad Nacional del Arte y de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina https://uba.academia.edu/DanielaLucena

Y. Marcela García, Dra. en sociología. Docente colaboradora de la Universidad de Estrasburgo, Francia. Miembro asociada al laboratorio/Unidad de investigación DynamE (UMR 7367), Dinámicas europeas, Estrasburgo, Francia

Lucas Poy, Dr. en Historia, Investigador CONICET, Buenos Aires, Argentina https://uba.academia.edu/LucasPoy

Sergio Grez, Dr. en Historia, académico de la Universidad de Chile, Chile
Adriana Petra, Dra. en Historia (UNLP), docente en la Universidad Nacional de San Martín e investigadora adjunta del CONICET, Argentina

Carolina Olmedo, Licenciada en Arte (PUC), Dra. © en Estudios Latinoamericanos, U. de Chile, https://uchile.academia.edu/carolinaolmedo

Carine Dalmás, Dra. en Historia Social por la Universidade de São Paulo (USP)-Brasil. Professora de História de América en la Universidade Estadual de Maranhão (UEMA) – Brasil

Fabio Moraga, Dr. en Historia, Docente e investigador en el Instituto de Investigaciones sobre Universidad y Educación, Universidad Nacional Autónoma de México https://unam.academia.edu/FabioMoraga

Marcelo Alvarado, Licenciado en Filosofía (PUC); investigador independiente.

A mi familia



Tabla de contenidos

Prefacio

La historia sobre el libro y la edición en nuestro país apenas si dispone de trabajos que nos permitan conocer algún conjunto de aspectos en torno a su eventual valoración, gravitación o impacto en las múltiples dimensiones –culturales, políticas, económicas, etc.– de nuestro devenir social. Por sobre todo, la alusión a los libros –y a los textos en general, no importando sus formatos, soportes, contenidos o públicos destinatarios– son objeto recurrente de un sinfín de loas y expresiones de reverencia –frases de buena crianza, en general– por el enorme peso simbólico que han tenido (y, aún mantienen) en vistas a los horizontes de *vida buena* que ellos contendrían y promoverían. Sin embargo, más allá de esta retórica y sentido común, es claro también que su presencia social sigue estando limitada a sectores minoritarios o, cuando más, a un uso de corte utilitario (las famosas lecturas técnicas u obligatorias) en el terreno de los sistemas formativos, educacionales y profesionalizantes. Es paradojal, pero los libros siguen siendo tan alabados como inhibidos.

Tal vez si por esa misma contrariedad que los afecta, la indagación sobre su pasado, sus maneras de querer aparecer y difundirse, no ha contado entre nosotros de acercamientos historiográficos nutridos ni consistentes: siendo una materialidad escasamente respaldada como producto y bien social, su historicidad –historicidad que, obviamente, involucra a una trama abigarrada de trabajadores/as, creadores/as y gestores/as– ha tendido a quedar en el olvido o la invisibilidad, cuestión que no sólo toca a los avatares propios de los actores de este quehacer, sino también, a las circunstancias de su propia vida pública. Siendo objeto y sujeto de un campo siempre en disputa –el de las ideas, representaciones y actos humanos–, sería muy pertinente que en el futuro cercano, "los libros sobre los libros" –al menos desde el punto de vista historiográfico– se multiplicaran entre nosotros.

*

Abordamos aquí un caso específico de nuestro pasado editorial: el del proyecto comunicacional católico de la llamada Buena Prensa. Se trata de una visión que estimamos plausible o cercena a cómo esta experiencia se dio, de acuerdo a los antecedentes que logramos reunir al respecto. A la vez, hemos buscado significar el tema en el contexto de ciertos datos fuertes de la época en que tuvo lugar (primeras décadas del siglo XX), como fueron: el de la problemática del fenómeno comunicacional para la Iglesia universal y chilena; y el de la construcción –por definición, conflictiva– de los campos literario y editorial nacionales. Aunque de manera más bien tangencial, no hemos dejado fuera de nuestra labor, algunas referencias a la inmersión de este proyecto en tendencias ideológicas de largo plazo de nuestra historia política, así como tampoco evitamos formular algún apunte referido a la manera de hacer historiografía en esta vertiente de la historia cultural.

Ahora bien, si bien la Buena Prensa se expresaría, con resultados variados, en la totalidad de las administraciones eclesiásticas del país –como resultado evidente de su irrestricto apego a las orientaciones vaticanas–, nuestro punto de atención se remitirá expresamente a lo acontecido en la Arquidiócesis de Santiago, teniendo a las áreas urbanas de la capital como el escenario principal de esta experiencia. El periodo consultado corresponde a los años 1906, momento de creación en este lugar de la Asociación de la Buena Prensa, hasta 1936, fecha del deceso del salesiano Bernardo Gentilini, sin lugar a dudas, figura primordial en el despliegue de este proyecto comunicacional católico.

Dada la diversidad y connotaciones de las informaciones reunidas, ellas serán presentadas a base de las siguientes rúbricas: en *La Buena Prensa en marcha* (capítulo 1), se hará mención de las definiciones generales del proyecto de acuerdo a los dichos de varios voceros eclesiásticos que vieron en este al mecanismo que debía impulsarse a fin de terciar en la disputa por la palabra pública. Luego, en los apartados *producción monográfica* y *producción periódica* (capítulos 2 y 3, respectivamente), traemos a colación el detalle de distintas colecciones y series de los libros, folletos, revistas, opúsculos, boletines sectoriales y de la prensa periódica parroquial, editados por numerosas instancias propulsoras de la Buena Prensa. Seguidamente, se expondrán informaciones sobre mecanismos de *distribución* de estos formatos (capítulo 4), particularmente de las librerías católicas. Concluiremos este recorrido con una sección relacionada a la consulta o lectura de estos y otros tantos impresos (por lo general extranjeros), que igualmente fueron tenidos como parte de esta Prensa. La fuente de información en este último punto la extrajimos de los catálogos y material propagandístico proveniente

de las principales bibliotecas eclesiales del período (capítulo 5).

El capítulo 6 estará destinado a dar a conocer diversas propuestas de *modos de lectura* inscritas en la concepción de la Buena Prensa, de forma especial, en los aspectos profilácticos que debían primar en las ingentes tendencias del consumo lector moderno.

Finalmente, en el capítulo 7, desarrollamos algunos aspectos metodológicos y conclusivos de nuestra tarea, los que estimamos posibles de interés para la investigación histórica en el área editorial y del libro.

La mayor parte del contenido de este libro proviene de la tesis doctoral que defendiera en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile, en septiembre de 2011. En su confección y demás tareas de opinión y evaluación, recibí el apoyo constante de Carlos Ossandón B., a quien agradezco su tiempo y dedicación. En distintas fases preliminares como finales de mis estudios, también fueron de mucha importancia las indicaciones de los profesores Julio Pinto; Mario Garcés, Darcie Doll y Vicente Espinoza. De igual modo, por su oportuna y siempre amable atención, agradezco al personal de la Sala de Investigadores de la Biblioteca Nacional y de la Biblioteca Juvenal Dho, de la Congregación Salesiana.

Introducción
La Iglesia ante la problemática comunicacional moderna

Hacia fines del siglo XVIII, el conjunto de las confesiones cristianas pero, en especial la Católica, padecían de enormes dificultades para enfrentar los claros signos de transformación social y cultural que venía experimentando la sociedad europea, al punto que la misma jerarquía episcopal y, aún, vaticana, se mostraba completamente ineficaz al momento de discernir entre lo que era exigible por la fe dentro de un conjunto de elementos, no pocos de ellos nimios, que poco o nada tenían que ver con la trascendencia. Tal confusión y falta de sintonía con los "signos de los tiempos", no sólo favorecía las tendencias secularizantes en boga, sino, a la vez, dejaba a la Iglesia y sus representantes en una condición de constante aislamiento y de fácil caricaturización pública.

Aún más que en siglos anteriores, a fines del período moderno resultaba claro que Roma y sus vicarios no participaban de las discusiones de su entorno, con

el agravante de que todo parecía señalar que lo que ocurriera más allá de sus templos, no le importaba mayormente.

Que la filosofía y las ciencias experimentales desplazaran a la teología de las cátedras universitarias e imprimieran sus influjos cuestionadores en la vida cotidiana de las personas, no parecía amilanar a dignatarios y prelados que no podían o no querían advertir que tal conducta estaba jugando rápidamente en su contra: si bien, en su conjunto, la sociedad seguía cumpliendo sus deberes religiosos, ello era más por inercia que por convicción. Entre las capas dirigentes –burguesía y nobleza– ascendía el primado de rechazar el mensaje tradicional de sumisión proveniente de una imagen de mundo estático y donde todo estaba ya estatuido y destinado. En cambio, la apertura a una noción de progreso que se les ofrecía infinito y libre, los seducía muchísimo más.

De entre estos mismos grupos sociales –creyentes de escaza fe– comenzaban a hacer número aquellos que anhelaban replantear las relaciones de poder y el orden, a liberar y liberarse, por medio de la razón y el individualismo, de las sujeciones de la Iglesia y del Absolutismo. No faltaban incluso –los más osados– quienes reclamaban una nueva religión más acorde con la Naturaleza, su eternidad y sus leyes, las mismas de donde extraían los fundamentos de una pretendida y renovada armonía universal. Como era de esperarse, como bien lo describió Paul Hazard[1], irrumpiría una pugna donde por décadas no cabrían los entendimientos. Recurriendo a H. Kuhn[2], podemos decir que se estaba delante de una especie de "inconmensurabilidad"

[1] Paul Hazard, *El Pensamiento europeo en el siglo XVIII,* Revista de Occidente, Madrid,1946. Traducción de J. Marías

[2] Hans Khun, *La Estructura de las Revoluciones Científicas,* Fondo de Cultura Económica, México DF., 1978

paradigmática donde cada cual reclamó patente de exclusividad, y donde, ante la fuerte seducción del liberalismo, los actores tradicionalistas y religiosos, aún a costa del reduccionismo social e ideológico, se afanaron por la defensa integral de todo lo pretérito.

Tras lo que pareció ser el golpe definitivo contra los enclaves conservadores –la Revolución Francesa de 1789– y, en no poca medida, por los cuestionables resultados que tal hecho produjo no sólo en Francia sino también en diversas otras sociedades europeas, de un modo por lo común dubitativo y, en ocasiones, contradictorio, la jerarquía Católica y sus apoyos intelectuales laicos, comenzarían a dar pasos en vistas a reposicionar sus postulados y vigencia sociales. Los estudios sobre el particular coinciden en señalar que durante la primera mitad del XIX, como producto de iniciativas surgidas preferentemente en el seno de las adhesiones civiles, la dirigencia de órdenes y de diócesis hubieron de favorecer cambios no siempre bien vistos por la curia romana. Salvándose tales trabas más por la fuerza de los hechos que por la comprensión inmediata de los presbíteros, hacia 1860 el temor a una inminente desaparición institucional no sólo había decrecido entre lo más granado del catolicismo francés, alemán o belga, sino que, al contrario, se estimaba que se contaba con nuevas y nutridas fuerzas como para emprender la recristianización de la sociedad.

Aparte de las medidas adoptadas para reorganizar las estructuras eclesiásticas en materias de órdenes religiosas, restauración y constitución de nuevos seminarios, cambios en los programas formativos y disciplinarios de religiosos y sacerdotes, recomposición de la propiedad mueble e inmueble, etc., un factor primordial en el remozamiento realizado estuvo en la apertura a la participación en la vida de la Iglesia de ingentes sectores de creyentes no consagrados, dándose una fuerte potencia a las circunscripciones parroquiales.

Pero no sólo aportarían a ello en los márgenes de sus propios países (en los casos en ello fuera permitido por la autoridad política), sino también, habrían de tener un importante impacto en la materialización de los planes de difusión de la fe más allá del mundo católico europeo occidental.

Esta inédita "perspectiva popular", al no tratarse de un asunto netamente doctrinal –siempre más complicado de abordar– contaría con el entusiasta respaldo del Papa Pío VII (1800-1823), redundando en la perfección de métodos "de masas" de ampliación de la fe, como fue el caso de la Misiones, medio de evangelización secular que para sus propósitos proselitistas no sólo echaría mano al desarrollo de "obras" de piedad o educacionales, o al convencimiento oral de los nuevos fieles, sino también, como ya detallaremos, a los recursos divulgativos de las hojas impresas. En síntesis, a la lucha contra el liberalismo, expresada en la idea de la recristianización, se agregaría el afán por ampliar los marcos de Verdad, allegándose múltiples acciones misioneras en otras latitudes en aras de atraer a los infieles.

Prensa y Doctrina Vaticana

Coetáneo a la Contrarreforma, una mención relevante a inicios de Época Moderna fue la rúbrica de León X (surgida del V Concilio de Letrán) que conceptuó "las ventajas providenciales de la imprenta", expresión que correspondió más al reconocimiento de la presencia tecnológica de la letra de molde que suponía el inminente desplazamiento de copistas y de los clásicos Codex, hasta entonces, patrimonio prácticamente exclusivo del saber canónico eclesial, que la aceptación de la diversidad comunicacional que se avecinaba a base de la multiplicidad de libelos. La impronta de tal señal, como bien ha dicho Chartier, estuvo preñada de

advertencias, omisiones y sospechas que impidieron a Roma responder al compás de las novedades intelectuales de la época, haciendo del artefacto y sus reproducciones, una de las encarnaciones más temidas del mal y su propagación por el mundo.

Hubo de transcurrir tres siglos para que el Vaticano –ya no mediante actuaciones tácitas cuando no sibilinas– volviera a pronunciarse oficialmente en torno al fenómeno de la comunicación social; y si bien en esta nueva ocasión la palabra de Gregorio XVI (*Mirari Vos*, 1832) no dejaría de compartir las cautelas y temores heredadas de antaño –en especial, respecto a rechazar lo que se consideraba un modo demasiado liberal de Lamennais, y su periódico católico *L'Avenir*–, una distinta dimensión analítica modificaba significativamente el talante doctrinal: la condena no pasaba de ser una llamada de atención sobre el cómo, y no así respecto del o los medios y sus posibilidades para la causa de la "verdadera fe".

A estas alturas, y al margen de los efectos reales que pudieran esperarse de este tipo de pronunciamientos, para la mayoría de la ilustración católica de la primera parte del siglo XIX resultaba claro que el conjunto de la labor editorial, sea de la prensa periódica como de la edición de libros y folletos, estaba llamada a jugar un rol de primer nivel en la configuración de la opinión pública de las sociedades en que vivían. Y si bien desde la silla de San Pedro todavía se darían a conocer nuevos anatemas contra la modernidad y sus medios de difusión (como el caso de la Encíclica *Cuanta Cura* y del *Syllabus*, bajo Pío IX, 1846-1878), el caso es que desde inicios de la citada centuria fueron organizándose numerosos emprendimientos editoriales liderados tanto por seglares como por religiosos, que intentaron, sino evitar, a lo menos neutralizar en parte, las perniciosas posiciones y consecuencias esparcidas por toda laya de impíos y liberales. Todo esto en ningún

caso ha de tomarse como manifestación de conductas irreductiblemente encontradas entre la Curia y sus apoyos intermedios, sino más bien como la expresión de un doctrinarismo que, a la par con enfatizar en todo momento la defensa de la fe y la Iglesia, no dejaba de ofrecer espacios pragmáticos, aunque férreamente vigilados. Aún en el caso de Pío IX, que se ha ganado una mala fama al dar rango oficial a un documento como el *Syllabus* (o de los errores modernos), reeditando un Índice de libros prohibidos, no deja de resultar sorprendente que, de otra parte, haya facilitado la aparición de diversos medios escritos de orientación pública (o no estrictamente religiosos), como fueron el *Giornale de Roma* (1849), *La Civiltà Cattolica* (1850, de la Orden Jesuita) y la fundación del más afamado *L´Observatore Romano* (1861).

Durante el último tercio del XIX, en su propósito de conciliar la tradición con el mundo moderno –"la cristianización de la vida moderna y la modernización de la vida cristiana", al decir J. Schmidlin[3]–, León XIII (1878-1903) acudió desde temprano a la prensa, alentando a la conformación de una poderosa y bien pertrechada "prensa católica", tal como lo expusiera en *Ingenti sane laetitia*, primera audiencia pública que el Vaticano organizara en 1879 reuniendo a cerca de un millar de periodistas de varias partes del mundo.

No cabe duda que este empeño, amén de consideraciones teológico-pastorales respecto de valorizar de otra manera el papel de los medios –y de los católicos, en particular– en la evangelización de la cultura contemporánea, importaba para este Papa una estrategia imprescindible de protagonizar dadas

[3] Joseph Schmidlin, Katholische Missionswissenschaft, Münster, Aschendorff, 1924, p.50

las circunstancias políticas finiseculares que afectaban a la Iglesia y que, en buena proporción, le habían sido heredadas por administraciones anteriores y sus continuas disputas económico-territoriales con otros poderes europeos y que databan de tiempos muy antiguos.

Consciente de que la realidad le impelía a adoptar fórmulas de sobrevivencia que ya nada tenían que ver con arcádicas visiones de una cristiandad de tipo carolingia, estos lastres estaban ocasionando ataques y problemas que este papado buscó amainar, entre otros recursos, potenciando y colocando en fila la actuación de medios de prensa que tenían que coadyuvar a través de la difusión de la visión e intereses de la Iglesia romana. A la crítica situación italiana a raíz del desarrollo de constantes revueltas y revoluciones, la proclamación de la II República y la galopante pérdida de los Estados Pontificios, se unía la aparición de la *Kulturfampf* alemana, la división de los católicos franceses, belgas y españoles, los avances del socialismo y del anarquismo: si de una lado, del Antiguo Régimen ya no quedaban sino anacrónicas manifestaciones, de otro, el orden liberal-capitalista no parecía dar nuevas garantías. Era menester, por tanto, intentar algún modo de salvación de lo esencial aunque no se tuviera respuestas muy precisas. Lo único cierto, entre tanto, era que se debía buscar mecanismos que contrarrestaran el nutrido anticlericalismo. De ahí que teniéndose por base este mínimo acuerdo, fuese más bien el puro acicate de rebatir lo anticlerical, lo que serviría de eje articulador de lo más sobresaliente del movimiento internacional de la Buena Prensa católica por espacio de más de un siglo, desde inicios del XIX hasta mediados del XX.

Ya en 1801, en París, al alero del naciente movimiento apostólico La Congregación, se detecta la aparición de organizaciones encargadas de imprimir y distribuir

lecturas piadosas. La multiplicación de este tipo de desempeños llevará, en 1824, a que varios grupos de seglares de Burdeos, Grenoble y Turín, bajo dirección eclesiástica, formaran una entidad de mayor aliento: la Sociedad Católica de los Buenos Libros, a fin de contraponerse, mediante ediciones baratas, al influjo de los "pasquines" antirreligiosos. En el grueso de estos esfuerzos primaba la necesidad de replicar, echando mano a similares instrumentos, a lo realizado por los "enemigos de la fe" en su tarea de quebrantar las bases del orden tradicional. Los canales de adoctrinamiento y popularización del liberalismo habían sido la tertulia (en sus distintas formas y escenarios), la tribuna pública y la prensa. Siendo esta última tal vez si la más eficaz de las modalidades empleadas, el catolicismo militante no dudó en tomarlo para sí como recurso contradictor, adecuando contenidos y estilos según tipos de públicos o destinatarios. Su atractivo resultaba tan poderoso, que aún los más conspicuos ideólogos de la recristianización (Bonald, Demaistre) no dudaron en contribuir con sus plumas a este verdadero nuevo púlpito de la contemporaneidad.

Acciones idénticas, aprovechando las experiencias de otros, comenzarían a ejecutarse o fortalecerse en Italia (Amicizia Cattolica, Societá degli Amici), o Bélgica. En oportunidades, como complemento a la expedición de nuevas devociones de masas o, en otras, disponiéndose de mayor o menor calidad literaria y periodística, lo cierto es que hacia 1830 existía en Europa occidental un caudal de medios y desarrollos que prefiguraban la presencia de una trama de vocerías católicas que, en más de alguno, hizo suponer la pronta creación de medios y empresas de mayor alcance. A la par, claro que en casos que nunca tuvieron el favor oficial, lo emprendido en materia de libros o de prensa periódica, posibilitaría el despliegue de proyectos menos reñidos con las prácticas liberales: los resultados de los cambios

y revoluciones bien podían ser conceptuados como logros de la misma Providencia en pos de terminar con instituciones señoriales lesivas a la dignidad y justicia que debía imperar entre las criaturas de Dios. Por lo demás, esta forma de aceptar la liquidación de regalismos y prebendas ciertamente resultaría más grato a los espíritus católicos –preferentemente de las nuevas generaciones ilustradas– que aspiraban a ser parte de lo bueno que las nuevas libertades podían brindar a la sociedad. La libertad de prensa, más allá de sus exageraciones, no solo les parecía un mal menor en comparación con las circunstancias del Antiguo Régimen, sino también, una posibilidad que, bien llevaba, daría excelentes frutos a la causa cristiana.

Así, aparecerían órganos como *Univers* (París, 1833), leído mayormente fuera de la capital gala, en espacios católicos donde la prensa liberal era más aceptada. Para círculos menos masivos aparecerían revistas como *Annales de Philosophie Chrétienne* (1830) y *Université Catholique* (1836); mientras que con un carácter más popular y por los mismos años debutaría el *Journal des personnes pieuses*. Aspecto culminante aunque no final de este acontecer, fue la fundación, en 1873, de la Maison de la Bonne Presse, por parte de los Padres Agustinos de la Asunción, liderados por el P. Vincent de Paul Bailly quien, poco tiempo antes, había dado vida a *Le Pèlerin*, revista ilustrada que al cabo de una década, disponía de tiradas de más de 100.000 ejemplares. Exitosa también fue la andadura de *La Croix*, de 1880, revista que antes de un lustro se transformaría en diario, para satisfacción de sus miles de lectores tanto de Francia como del exterior. El respaldo que a estas y a otras publicaciones de renombre ofreciera la citada Maison, hizo que a partir de los años 70 del siglo XIX, la totalidad de desarrollos editoriales franceses de cuño católico solicitaran adscribirse al prestigioso halo de la Buena Prensa. Pero todavía más: la fama de la Maison

devendría ejemplo internacional para la creación, en años venideros, de entidades, si no iguales, al menos parecidas, tanto en España como en América Latina.

Con resultados dispares a los ofrecidos en Francia o Bélgica, la prensa católica alemana mantuvo a lo largo del XIX un sello eminentemente conservador y elitista, concentrando sus iniciativas en la edición de revistas teológicas y de erudición histórico-religiosa. La carencia aún más pronunciada que entre sus vecinos del oeste de personal idóneo para el desarrollo de una prensa diaria, así como los constantes temores de injerencia de príncipes y demás jefes políticos en los asuntos eclesiásticos, sin dejar de lado la importancia de sus rivales protestantes, hicieron del catolicismo teutón del siglo XIX una organización que veló de sobremanera por su independencia, dedicándose, en el plano del tema que nos ocupa, más al fortalecimiento de sus convicciones que a la disputa por la influencia social.

Las visiones católicas más proclives al diálogo con la cultura de su época tuvieron logros considerables en la homogeneidad de sus preceptos a la luz de encuentros como los de Malinas, a partir de la década del 60. En estos, entre otros temas, se abordó la acuciante necesidad de estructurar el periodismo católico y mejorar los canales de circulación de sus publicaciones. Acordarían, sin que nunca se haya realizado, el objetivo de contar con un periódico internacional; la apertura de nuevas colecciones de “libros buenos”, así como el impulso de bibliotecas populares en las jurisdicciones parroquiales.

El panorama, con todo, no se agotó con las ideas y trabajos en torno a las publicaciones diarias o periódicas de cobertura regional o nacional. Existió, además, una amplia gama de géneros publicísticos de carácter menor o más explícitamente locales referidos a boletines, hojas parroquiales y opúsculos que, junto con difundir

los rudimentos del credo o las fiestas de guardar del calendario litúrgico, no dejaban de lado un sinnúmero de informaciones referidas a las asociaciones católicas, fueran estas piadosas, devocionarias, de obras benéficas o del arte y la cultura moralizantes.

En lo que toca más directamente a nuestra temática de estudio, la Buena Prensa española dispuso de características no menos prominentes que las verificadas en Francia, Italia o Bélgica, no obstante haberse iniciado en décadas más tardías. En sus pasos primarios, resaltó la figura del intelectual Jaime Balmes. Otro tanto se puede decir de Donoso Cortés y del consagrado Antonio María Claret, todos nombres que, tanto en Chile como en otros puntos de América del Sur, serán de constante citación al momento de respaldarse la necesidad de que se contara con diarios o libros buenos.

La actuación de estos y de varios más hacia mediados del XIX, se contabiliza como base ineludible de lo que luego sería lo más excelso de la Buena Prensa de la península, desarrollo que, por su parte, pudo también asentarse al amparo de la mayor estabilidad política que experimentara España tras la restauración borbónica (1874-1931) emprendida por Cánovas del Castillo. No es del caso abrumar con la enorme cantidad de semanarios, folletos, libros o revistas que se emprendieron a los largo y ancho del citado país, con la respectiva creciente movilidad de cursos que ello importó tanto en el plano estrictamente financiero como en el de las innovaciones técnicas de la impresión, la papelería, las ilustraciones y el color. A modo de resumen, valga eso sí señalar que su expedición significó la aparición de ediciones tanto elitistas o de especialidad, como las más abundantes de corte propagandístico y de masas, debidas al clero diocesano y regular. Por su futuro impacto de referencia y recepción en las tareas editoriales que luego se harán efectivas en nuestro Cono Sur, debemos consignar la fundación de revistas como *La Ciencia Cristiana*, dirigida

por el filósofo seglar Ortí y Lara (1877); la catalana *La Hormiga de Oro* (1884); *La Ciudad de Dios* y *Ciencia Tomista* (agustiniana y dominica, respectivamente, ambas de 1890) o, *Razón y Fe* (jesuita, 1901). Por los mismos años, y con temáticas de tipo "social", aparecieron otras ediciones encaminadas al público de los incipientes círculos obrero-católicos.

A diferencia de las publicaciones sectoriales o periódicas, los productos de la prensa diaria con pretensiones de vocería católica general, fueron difíciles de alcanzar. Dispuestos, por su naturaleza, como medios de amplio espectro, sus posibilidades se vieron siempre limitadas por la enconada rivalidad entre grupos militantes que reclamaban para sí la autenticidad exclusiva de las posiciones católico-eclesiales. Los recurrentes desencuentros entre los partidarios de la *tesis* (integristas antiliberales) y de la *hipótesis* (pro modernidad), impidió dar con una fórmula editorial de concordia, y ni aún las mediaciones de la jerarquía y hasta de Roma, consiguió modificar el separatismo y el fuego cruzado.

Con la fundación de *El Universo*, en 1899, pareció que por fin se había llegado a una tregua, sin embargo, a poco andar, el rotativo vio frustrar sus expectativas. Como siempre ocurre, sólo la amenaza común externa al catolicismo español y que sobrevendría a partir de la segunda década del siglo XX, tras el asesinato del notable político liberal José Canalejas, uniría editorialmente a este catolicismo.

La proliferación de impresos y la configuración del entramado gestionario-cultural –verdadera "industria editorial", con sus respectivos productores, mediadores y consumidores– de la publicística católica de fines del XIX, no hubiese sido posible si, aparte de las condiciones de contexto restauracionista, no hubiese también bebido de los afluentes doctrinarios –pastorales y hasta eclesiológicos– que en Francia, Italia o Bélgica

animaron la idea de la Buena Prensa en su calidad de proyecto cristiano regenerador. Ya en 1871, en Barcelona, su inspiración se plasmaba en la creación del *Apostolado por medio de la Prensa*, cuyos fines eran los de proporcionar al pueblo "sanas lecturas". Las cuotas de los socios del Apostolado se destinarían a la adquisición de folletos edificantes, los que, a su vez, se venderían a muy bajo precio o repartirían gratuitamente entre las masas obreras y campesinas. Con no menos empeño, estos socios cooperadores debían también impedir la circulación de las lecturas "malas", sea por medio de su compra en cantidades, sea por medio de la requisa directa desde imprentas y despachos. Dos décadas más tarde, una obra parecida, aunque evitando las incautaciones forzosas, se verificaría en Madrid, con el aditivo de financiar bibliotecas (colecciones) de opúsculos de "lecturas convenientes" para los trabajadores. Impulsos orientadores y coordinadores acaecidos coetáneamente en Pamplona, Valencia, Logroño, Zaragoza, Bilbao o Pontevedra, por citar algunas localidades, llevaría a ciertos metropolitanos a urdir acuerdos de distribución y otros apoyos en zonas aún más amplias, aspirándose incluso a cubrir toda la Península.

Las intenciones no tardaron en cristalizar en torno a Sevilla, obispado que, en los inicios del XX, desempeñaba el liderazgo más dinámico en asuntos editoriales bajo la égida de la Buena Prensa. Con los auspicios de su *Asociación Diocesana para las Buenas Lecturas,* creada en 1898, se organizaría la Primera Asamblea Nacional de la Buena Prensa, en 1904, evento del que emanaría una Asociación Nacional. La reunión tuvo su continuidad en las asambleas realizadas en Zaragoza (1908) y en Toledo (1924). También por iniciativa andaluza (Centro Ora et Labora), en 1916 se estableció el 29 de junio (fecha de muerte del jesuita Sardá y Salvany) como el Día Nacional de la Prensa Católica, ocasión en que el conjunto de diócesis del país debían volcarse a la

oración, la propaganda y la colecta pública a favor de la Buena Prensa[4].

En su conjunto, si bien la Buena Prensa española estuvo lejos de jaquear a sus oponentes liberales –siempre más atractivos, diversos y dinámicos-, no es en el ámbito de esta contienda ideológica y social que debemos valorar su existencia. Al igual como apreciaremos su rol para el caso de Chile, lo que llama la atención fue el denuedo demostrado por ella en un contexto donde todo parecía ser adverso a los intereses temporales y trascendentes de la Iglesia, al punto que, en proporciones nada irrelevantes, los resultados de su empeño, es decir, la múltiple producción literaria, periodística, formativa, lectoral, técnica, artística, organizacional y asociativa que concitó, no puede sino ser observada hoy como "testimonio vivo" de todo aquello.

La Buena Prensa en Chile

Las circunstancias y hechos que entre fines del Siglo XIX y comienzos del XX propiciaron la modernización del campo de la recepción, producción y consumo culturales en nuestro país –terreno donde a la función editorial y sus productos les cupo un rol destacado– fueron objeto de diferentes posiciones e incitativas imbricadas en un doble movimiento: las referidas a los supuestos mismos del quehacer creativo y su divulgación, y las señaladas por las consecuencias de contexto –sociales y políticas– que tal renovación conceptual conllevaba.

Y no podía ser de otra forma en la medida que la configuración señalada, al asumir las tareas que se le

[4] Miguel Ángel Gil, *Literatura espiritual en España, 1901-1930,* Tesis Doctoral Facultad de Teología, Universidad de Navarra, Pamplona, 2006

presentaban como propias, requirió, a la vez, enfrentar los alcances políticos que ellas implicaban, teniendo así que abordar una problemática que la excedía: la de la transformación del ordenamiento oligárquico decimonónico, esencialmente elitista en lo político, y tradicionalista, en lo cultural.

Ello habría de suscitar organización social, movimientos de protestas, críticas a las racionalidades dominantes y a los poderes tradicionales, desasosiegos diversos, vanguardias de diferente tipo, autonomización de las voluntades, nuevos diseños de orden social y político. En síntesis, un contexto que, desde los particularismos diversos de la inconformidad de la mayoría, supuso expresiones reales o potenciales de una vida otra presididas por lo que podemos denominar "la lectura matinal del tiempo histórico", esto es, la visión de que se estaba dejando atrás una determinada época prescrita como tradicional, accediéndose a otra, nueva y expectante. Eso era lo que fomentaba el modernismo en el arte y la literatura, en los liderazgos y voces emergentes, en el desplazamiento hacia posturas subjetivistas y esencialistas en el pensamiento. Por lo demás y, sin ir más lejos, la irrupción en la vida cotidiana de ingentes innovaciones tecnológicas devenidas productos y artefactos del progreso –si bien, claro está, de consumo social limitado–, no hacía sino reforzar las nuevas facetas discursivas favorables al cambio, con la consiguiente perplejidad de los grupos conservadores. Los dispositivos de control y sujeción conocidos ya no lograban la misma eficiencia de antaño, cundiendo la sensación de crisis. Parecía que, una vez más, los "hijos de las tinieblas" del modernismo pujaban por salirse con la suya, trastocando las bases mismas de la verdad y del orden dados al hombre por Dios y sus auténticos portavoces eclesiásticos.

Ahora bien, en tal situación, la Iglesia Católica hubo de enfrentar los diversos "signos" de la "debacle" en curso,

buscando, a la luz de su misión trascendente, poder incidir en la orientación de los cambios en desarrollo, los mismos que, como ya lo señaláramos, ponían en duda su auto-asignado rol de "madre y maestra" de la cultura secular. Obviamente, su empeño no le resultaría fácil en la medida que su autoimagen de exclusivo canal salvífico se mostraba, en muchos aspectos, inerme desde el punto de vista nocional y operativo ante la "amenaza de los impíos", monstruo de mil cabezas que no solo pervertía por doquier a la humanidad, especialmente a los niños, la juventud, las mujeres y las fuerzas del trabajo, sino que incluso bregaba desde adentro de las propias filas eclesiásticas por liquidar o, a lo menos, debilitar los fundamentos de la fe, con la consecuente catástrofe para el conjunto de la vida social.

Su tarea de conducir a los hombres hacia su redención extraterrenal por vía de la demarcación moral de su conducta cotidiana, hubo de tener en cuenta no únicamente su normal sospecha respecto de una sociedad acechada por el mal y el pecado, sino también, los embates y emplazamientos a su autoridad expuestos por quienes pregonaban la renovación y salvación humanas desde otras perspectivas y confianzas –pensemos, por ejemplo, en toda estirpe de liberales, socialistas y anarquistas, así como de esotéricos, masones y protestantes, todos "hijos de Satán", según los dichos de la época– , sin olvidarnos, por cierto, de aquellos que, sin proponerse ninguna fórmula societal alternativa –librepensadores, racionalistas y "sensualistas"-, coincidían con los detentores de los nuevos "credos de la soberbia" en sus posiciones de rechazo y crítica del catolicismo clerical.

No obstante, como ya lo anunciáramos, y pesar de los temores que las circunstancias les imprimían, las jerarquías de ambos cleros, acompañadas por variados grupos del laicado católico conservador, tenderán rápidamente a batirse en el área pública contra sus

objetores. Ciertamente, los cambios que hacia fines del siglo XIX se expresan en las prácticas de la espiritualidad popular (que dan cabida a formas de devoción de masas, como fue el culto a María Auxiliadora o la Virgen del Carmen), así como el reforzamiento del vínculo ultramontano con Roma a nivel de las distintas instancias jerárquicas, darán más respaldo y aliento a las iniciativas de articulación discursiva en el plano social, acerando los ánimos de cruzada. En efecto, si de un lado, las nuevas prácticas devocionales (de masas) brindaban a los clérigos la oportunidad de cerciorarse de que su adhesión pública se mantenía vigorosa, de otro, el estrechamiento de vínculos con la Santa Sede los alzaba a un plano de destacamento de causa mundial, mejorando la organización y formación del Episcopado chileno.

Empero, lo anterior no habría tenido los resultados de afiatamiento alcanzados si no hubiese existido, coetáneamente, otro factor tanto o más decisivo: el de la asunción, a su manera, del propio espíritu liberal en curso. Lejos de proclamar como método único de salvación el puro recogimiento en la subjetividad piadosa, en sus actuaciones de defensa y de consecución de propósitos públicos, el sacerdocio nacional echó mano, en proporciones ascendentes, de los mismos argumentos y mecanismos de objetivación y delimitación de prerrogativas empleados por las tendencias liberales en su afán por sacudirse de la tutela religiosa en función de asentar el campo del espacio político que estimaban imprescindible para la consolidación de su poder y del "progreso de la nación". Así, a pesar de que no cejarían en llamar la atención sobre lo perjudicial que sería que el Estado chileno declarara su neutralidad o prescindencia en materias de fe –asunto que, contradictoriamente, trasuntaba la rémora de un regalismo que, en los hechos, resultaba ya incómodo para ambas partes-, la articulación discursiva católica tuvo como centro dinamizador el cuidado y

reclamo para sí de diversas libertades y autonomías en los campos de la educación, la asociación y la opinión pública.

Este desplazamiento prerrogativista fue dictándole a la jerarquía que su quehacer pastoral debía, de algún modo, valorar tanto o más lo social que lo estrictamente estatal. A fin de cuentas, si bien la clase política (incluyendo a los conservadores) podía llegar a replantear las bases jurisdiccionales, ello, en ningún caso redundaría en la ruptura de la adhesión a la Iglesia por parte de un pueblo que, en las notas de la publicidad católica, comenzó a ser resignificado como eminentemente respetuoso y fiel a los hombres de iglesia. Es cierto que en la apelación a este público popular seguía prevaleciendo su categorización como gente ignorante y proclive a los vicios y, por tanto, individuos fáciles de embaucar por los enemigos de la fe; sin embargo, sea por genuina piedad o por mero cálculo de influencia, buena parte de la sensibilidad católica debió lidiar con tales desconfianzas propiciando, desde su seno, las acciones e instrumentos comunicacionales que renovaran la cohesión en torno a la visión cristina de la vida. En resumidas cuentas, las palpables muestras de los errores y de la impiedad del modernismo liberal no sólo debían ser denunciados y rechazados por todos los hombres de fe, sino, también, las circunstancias debían ser aprovechadas para reforzar entre ellos el compromiso con la verdad de Cristo protagonizada por los párrocos, los obispos y el Papa.

Pero si la lucha contra “los vástagos de Voltaire”, es decir, contra los corruptores de la familia, la autoridad y la tradición requería emprenderse sin más demora, ¿cómo habría de llevarse a cabo? De entre las diferentes actuaciones de defensa de la Verdad, unas más conocidas que otras, una resultaría especialmente novedosa y desafiante para el clero y órdenes religiosas: la que hoy podemos conceptualizar, no obstante las precauciones

que se deben adoptar, como *prensa eclesial de masas*. Y decimos de masas porque, ateniéndonos al fenómeno que describimos, el "público" que ahora debía ser atendido por la articulación discursiva católica excedía con creces, a lo menos potencialmente, a los habituales círculos receptores y consumidores del habla y prácticas tridentinas: las élites laicales y religiosas, las que, por lo demás, por sus hábitos culturales, disponían de otros recursos como comunidad lectora: los de la "gran prensa" de cobertura, si no nacional, sí de difusión provincial (por ejemplo, diarios e inter-diarios como *El Estandarte Católico, El Porvenir* y *Diario Ilustrado,* de Santiago; *La Unión,* de Valparaíso, Santiago o Concepción; o publicaciones periódicas, como la *Revista Católica,* entre otras), por lo general, emprendimientos sostenidos por ámbitos de la civilidad conservadora que, como ya lo señaláramos, no por devota y obediente, quedaría completamente al margen de las sospechas eclesiales.

La prensa eclesial de masas se definió a sí misma como la *Buena Prensa,* apelación, como se aprecia, eminentemente moral. Sus concepciones ideológicas y operativas las podemos retratar en los siguientes aspectos.

En lo ideológico, la formulación de la Buena Prensa provino del contrapunto de dos valoraciones del hecho publicitario moderno. Siendo los impresos, en tanto invención e industria, un dato histórico y civilizacional aceptable y objeto de loas por parte de la clerecía, le resultaban a la vez absolutamente criticables en lo tocante a sus productos, empleos y fines, situación que redundó en la crítica y negación del conjunto de publicaciones –la gran mayoría– que no hacían sino promover el mal en la sociedad.

Asida, como estaba, de una visión donde ella y la verdad ontológica del ser del mundo se fundían absolutamente, le resultó imposible discernir, de los hechos de la cultura y del desarrollo de la opinión pública de su época, otra

apreciación que no fuera la del avance de la impiedad y la liquidación de Dios. Los instrumentos de propagación de la incredulidad y la anarquía, como lo hemos dicho antes, eran las malas lecturas. Sus influjos, representados por el cúmulo de opiniones disparatadas y las imágenes "pornográficas" que en ellas campeaban, habían traído el desorden laboral, la pérdida de autoridad de los padres frente a los hijos, el aumento de las enfermedades nerviosas, de la prostitución, el alcoholismo, la destrucción del santuario del hogar, y la creciente falta de obediencia –contumacia mediante– entre las mujeres.

Pero a la par con su rechazo a cualquier libelo que fuese tenido por la Iglesia como parte de la prensa liberal e impía, también encontramos en estos emprendimientos, como ya se mencionó, una valoración positiva de la prensa y de los impresos como invención y vehículo formidable de la humanidad que, bien pensados y practicados desde la fe, harían un aporte inconmensurable a la causa de la renovación en Cristo. De ahí la *Buena Prensa*, la prensa de lecturas sanas, morales y edificantes que todo creyente honesto debía no solo leer, sino también llevar a su hogar, al taller, a los fundos y chacras, a los dispensarios, cárceles y lugares de beneficencia, apoyando materialmente a su mantención y difusión convirtiéndose en celadores y celadoras de estas obras de bien, y aún exigirlas en el medio parroquial, los cafés, restaurantes, cines, teatros y demás puntos de reunión humana y de expendio público de periódicos, gacetas y revistas. No hacerlo, sería señal de traición y cobardía, sería hacerse cómplice, como católicos tibios e hipócritas, en los empeños de ruina de la Patria.

Este segundo aspecto de valoración positiva, dispuso, a su vez, de otras nociones tendientes a la mayor compresión y operatividad de la Buena Prensa. Describámoslas:

1. **La fe y la prensa**: La fe y sus verdades, para ser asumidas, debían ser conocidas y expuestas abiertamente. Los

medios tradicionales de difusión, llámense estos escuelas, patronatos o púlpitos, siendo relevantes, ya no eran suficientes en la época moderna. En adelante, la labor de los hombres de fe quedaría incompleta si no se dispusiera de buenos diarios y buenos libros.

2. **Las ideas y la prensa**: Las ideas en la época moderna construían la realidad, y quienes controlaran su divulgación, controlarían el poder, más cuando ahora, por sobre las tribunas y las cátedras, la prensa venía demostrando ser el órgano principal en esta lucha. Por lo demás, el problema se había vuelto aún más grave si se tomaba en cuenta que los influjos de la prensa se habían separado de sus autores o emisores, no importando ya si ella comunicara cosas buenas o malas.

3. **La prensa y la acción política y social**: Considerando el poder social de la prensa contemporánea, ella era la que en buena medida determinaba la elección y actuación de parlamentarios y gobiernos, "…y como hoy el poder público lo es todo, desconocer la importancia decisiva de la prensa, para la Iglesia sería un error gravísimo". Por su parte, ya que el objetivo de la salvación pasaba porque se diera una respuesta católica al problema de la "cuestión social", era primordial que la Iglesia contara con los medios de persuasión suficientes a través de una activa propaganda. "Esas turbas que veis con frecuencia girar por las poblaciones, desmoralizadas, insolentes, incrédulas, revoltosas… son el fruto de los malos periódicos liberales o demócratas que leen…" "Se prepara en el mundo un drama social en cuya comparación la Revolución Francesa fue como un idilio…el porvenir se presenta rojo, sangriento, ateo y amenazador"[5]

[5] Miguel Salcedo Valdivieso, *Breve instrucción al pueblo*, Imp. Esmeralda, Santiago, 1903, p. 8

4. **Las tácticas de los católicos y la prensa**: estando claros los males y sus causas, la actuación de la Buena Prensa debía guiarse más por las tácticas de los católicos alemanes y belgas y no tanto por las de los franceses. Estos últimos, preñados de liberalismo, habían encerrado a la Iglesia en sus conventos y obras pías, como si el asunto de la salvación fuese una cuestión sólo individual y privada. El verbo de Cristo debía cubrirlo todo, lo público y lo privado, para asegurar su reinado. Y si bien las tendencias democráticas del presente podían salvaguardar los bienes y valores de los creyentes, ello no era seguro, de suerte que por vía de la Buena Prensa, "los soldados de Gutenberg" debían defender la ciudad de Dios.

5. **Los católicos y su prensa**: Finalmente, la Buena Prensa convocaba y ordenaba a sus adherentes a cumplir con una serie de tareas. En primer lugar, se les indicaba qué debía y qué no debía ser prensa católica. Esta, tuviera o no ideal político, era católica sólo si: a. Sostenía en su integridad la doctrina de la Iglesia, sin peros ni distingos; b. Inculcaba y practicaba la moral católica en toda su pureza; c. Se sometía a la autoridad de la Iglesia, del Papa y de los obispos, punto que se sintetizaba en la exigencia imperativa de tener que someterse a la censura de la Iglesia (autorizaciones de los superiores, de los ordinarios, obtención del *Imprimatur* y *Nihil Obstat*).

   Luego, a los sectores pudientes se les imponía el deber de aportar generosamente al financiamiento, mantención y distribución de los medios. Crear e integrar centros parroquiales de la Buena Prensa; contratar suscripciones abundantes (de 100 o más ejemplares mensuales por año) para su distribución gratuita en haciendas, empresas, establecimientos comerciales, oficinas. Contribuir, con su óbolo, al sustento de redactores, pagos de servicios de

imprenta, correo, etc.; Enviar artículos, reflexiones, creaciones, ayudar a traducciones. Colocar sus relaciones sociales al servicio de esta causa, por ejemplo, para la contratación de avisaje o para influir para que no se comprara literatura inmoral.

A los párrocos, ayudar con su prédica constante; ofreciendo misas a los benefactores; creando centros, ligas o apostolados de la Buena Prensa; con la creación y distribución de las hojas volantes, boletines, revistas, vigilando su rectitud; organizando bibliotecas parroquiales, haciendo recolección de los buenos libros y diarios y, de los malos, para su destrucción. Haciendo colectas, rifas, veladas artísticas para la obtención de fondos.

Los grupos pobres, con la lecturas sanas; con el traspaso de las buenas lecturas a amigos y conocidos; vigilando las lecturas del hogar (trabajo especialmente encomendado a las madres), llevando las producciones buenas e impías a la parroquia; las buenas para formar bibliotecas o entregarlas a nuevos lectores, las otras, para su desaparición.

Finalmente, todos: seglares, regulares y la diversidad de adherentes laicos, debían leer y lucir orgullosos la Buena Prensa, en particular en lugares públicos, colegios, asociaciones obreras, tranvías, etc.

1.

La Buena Prensa en marcha

Durante la última semana de noviembre de 1904 se realizó en Santiago el Primer Congreso Eucarístico Nacional[1]. Además de sus repercusiones para el ordenamiento de la vida religiosa de las diócesis del país, constituyó un momento relevante en la definición del quehacer institucional en materias de comunicación pública o, en palabras de entonces, para el desarrollo de la buena prensa. Un hecho que conviene adelantar a

[1] *Primer Congreso Eucarístico de Santiago de Chile convocado y presidido por el Iltmo y Rvdmo Señor Arzobispo de Santiago Doctor Don Mariano Casanova,* Imprenta y Encuadernación Chile, Santiago, 1905.
La reunión, por sus alcances, fue considerada como Congreso Católico pues, a la par con ver aspectos del culto y su difusión, abordó ampliamente cuestiones sobre el impulso de las obras católicas a fin de "extender y afianzar el Reinado Social de Jesucristo". En este sentido, se dispuso a debatir y propiciar la organización de todas las fuerzas católicas para la actuación social cristiana. No obstante estimarse que desde hacía algunas décadas la actuación de los fieles venía dando variadas e importantes muestras de auxilio y piedad, el Congreso fue claro en señalar que ellas requerían salir de su dispersión, concurriendo a su coordinación y colaboración en vistas a acrecentar su poder y eficiencia. En este ánimo de reorganización y de incremento de la función apostólica de religiosos y seglares a inicios del siglo XX, se hacían sentir también los acuerdos de la Asamblea Plenaria de Obispos Latinoamericanos que, pocos años antes (1899), se había celebrado en Roma, evento que últimamente ha vuelto a ser objeto de variadas apreciaciones historiográficas.

este respecto, es que a la luz de las opiniones y acuerdos que acerca de la prensa católica consignó el encuentro, un año y medio más tarde, en 1906, la Arquidiócesis de Santiago organizará la Sociedad de la Buena Prensa, teniendo como referente a su homóloga española, fundada en Sevilla en 1904.

El punto, incorporado en el Congreso en la *Sección de obras sociales*, se convertía así –por vez primera en un torneo eclesiástico– en un tópico ineludible de la acción pastoral del clero, circunstancia que, más allá de los resultados que caracterizarán su concreción en el siglo XX, no hacía sino señalar un hito, un instante que, de algún modo, venía a sancionar la ampliación que era menester realizar en el terreno de los usos y prácticas lectorales y divulgativas de los impresos. Lo que queremos decir es que, al ponerse en tabla el "problema de la prensa", lo que el Congreso buscó debatir fue los modos de superación (no la eliminación) del concepto privatista y restringido que mayormente había primado en torno a los productos gráficos, empleos que, por lo general, o habían tenido una función primordialmente formativo-meditativa (particularmente entre frailes, sacerdotes y seglares cultos), o habían significado uno de los varios modos expresivos de la sujeción y obediencia entre los fieles de devoción más espontánea y ritualizada.

En adelante, y sin perder por cierto el tono eminentemente apologético que seguiría determinando el contenido de los mensajes de la edición católica hasta mediados del siglo XX, veremos aparecer un muy nutrido panorama editorial protagonizado de manera sobresaliente por un ámbito hasta ahora escasamente revisado por nuestra historiografía: me refiero al área de las publicaciones seriadas (boletines, revistas) y monográficas (libros, opúsculos o folletos). Junto con ello, se hace también posible conocer la evolución que fue tomando este impulso, irrumpiendo a nuestra vista variados datos que, como tendremos ocasión de abordar, dan cuenta

de la conformación de un campo comunicacional y de gestión difusional nada despreciables.

Sin ser un asunto en que antes de 1904 se gastara mucha tinta y palabras, no podemos decir que la preocupación por lo comunicacional fue un aspecto ausente entre la jerarquía y figuras prominentes del laicado católico[2]. Desde luego, la creación de la *Revista Católica*, en 1843, o su reemplazo temporal por el diario *El Estandarte Católico*, entre 1874 y 1891, nos advierten de los esfuerzos emprendidos por la Diócesis capitalina en aras de contar con mecanismos que contribuyeran a la divulgación de las visiones eclesiásticas o que se dispusieran a su defensa en años de evidente beligerancia con los intereses que bregaban por la supremacía de las premisas laicistas en la organización y dirección de los asuntos públicos y estatales.

A la destacada actuación a favor de los medios de comunicación católicos que cupo a los Presbíteros Joaquín Larraín Gandarillas, Esteban Muñoz Donoso o Rodolfo Vergara Antúnez, se unió la no menos notable disposición de laicos –con mayor o menor apego al conservadorismo– como Zorobabel Rodríguez, Manuel José Irarrázaval, José Clemente Fabres, José Bernardo Lira, entre otros. En este campo, unido a su enorme despliegue dentro del asociacionismo católico, un rol de primera línea fue el desempeñado por Abdón Cifuentes Espinoza. Como gestor o colaborador, deben citarse sus aportes a iniciativas como *El Bien Público* (periódico, 1863-1864), *El Independiente* (diario, 1864-1890), *La Estrella de Chile* (revista literaria y religiosa, 1867-1879),

[2] Indudablemente dejamos fuera de nuestra tarea antecedentes primigenios sobre el particular, como fue lo realizado por fray Camilo Henríquez, notable precursor de la causa independentista en Chile y otros lugares de la región y quien recurriera para ello a las expectativas emancipadoras de la "máquina de la libertad", como llamara a la imprenta.

El Porvenir (1891-1906) y *El Chileno* (1883-1924). Varios de estos rotativos fueron replicados bajo sus oficios en diversos lugares del país, siendo el caso más exitoso la creación, en 1885, de *La Unión*, en Valparaíso.

Lo anterior, no comportando escasez para las necesidades del discurso público católico, no alcanzaba para colmar las expectativas de una Iglesia que insistiría en el objetivo de disponer de voceros que efectivamente y sin asomo de imprevistos, la sirvieran incondicionalmente, eludiendo de esta forma veleidades personales y transacciones doctrinarias que, con frecuencia, acometían no pocos de sus partidarios civiles producto de la negociación política, sus amistades y familiaridades liberales, o por mera adecuación a las circunstancias imperantes. En breve, no obstante la experiencia del periodismo católico y sus adherentes había resultado positiva a los propósitos más preciados de la clerecía, en especial en períodos tan tensos como los vividos con el poder civil hasta la Revolución de 1891 –de suerte que se debía cuidar y perseverar en sus beneficios– ello no impedía que igualmente la Iglesia buscara ampliar las alternativas de presencia pública en el anhelo de que cristalizara un periodismo y una prensa genuinamente católicos ¿Qué podría significar esto y, más todavía, qué contornos podría asumir su realización en la perspectiva ya indicada de superación de las prácticas habituales de edición y lectura en el mundo católico? Veamos.

En 1872, a instancias de la próxima aparición del *Estandarte Católico*, el dominico y futuro Arzobispo de Santiago, Crecente Errázuriz, exponía, a propósito de la urgencia de contar con un periódico católico, que la prensa, puesta al servicio de la verdad, podía esparcir por *do quiera* el conocimiento y la ilustración, transformándose así en el medio más excelso del "lenguaje universal de esa gran familia que se llama humanidad". Pero, si en vez de ello, se abocaba a

diseminar el "error y la pasión", su daño a la sociedad alcanzaba magnitudes cuantiosas.

La solución a tan crucial circunstancia solicitaba entonces la instauración de un periodismo verdaderamente moral, capacitado para proclamar en todo momento "la verdad y sólo la verdad", dispuesto a "enarbolar el estandarte católico" llamando a la lucha "a todos los hombres dignos", mostrándoles la obligación de combatir en todo instante y lugar a favor de la buena causa, evitando dejar los destinos de la sociedad en manos de los menos aptos, los mismos que la habían colocado "en la pendiente de la desgracia y la ruina". En tal demanda, el periodista y el periódico católicos no podían considerarse figuras independientes y cercanas a la vanidad, al contrario, su condición no podía sino ser la de "soldados" cuya máxima gloria radicaba en cumplir constantemente con su deber: "Hijos fieles de la Iglesia, apreciarán en mucho la noble tarea de defenderla contra los continuos ataques de la impiedad". A mayor abundamiento, Errázuriz concluía que el periódico católico debía ser el eco de las ideas del "partido católico", su órgano y representante para con amigos y enemigos. Y si ello debía ser así, la jefatura suprema del periódico debía corresponder al "jefe natural de este partido", esto es, el Obispo "¿Quién sino él –remataba el dominico– ha de mostrar a sus hijos la línea de conducta que deben seguir, los peligros que deben evitar, el fin que es menester dirigir sus esfuerzos". Lo contrario era poner en manos de los legos la dirección de la Iglesia, lo que equivalía a la destrucción de la obra de Dios[3].

Sin duda que la alocución de Errázuriz recogía la alarma de la arremetida laicista liberal que se verifica

[3] Crescente Errázuriz, *El periódico católico*. Discurso hecho con motivo de su incorporación a la Facultad de Teología, 29 agosto 1872, Santiago, Imprenta del Correo.

a partir de los años 70 del siglo antepasado, como bien ha descrito Sol Serrano[4], no obstante, hay en sus dichos un par de elementos que discurrirán frecuentemente en el discurso católico frente a la tematización de la comunicación pública, a saber, que la prensa del sector debía disponer de un apego irrestricto al magisterio jerárquico y que el único modo efectivo de obtener tal garantía pasaba porque la orientación y dirección editorial de este quehacer periodístico, estuviese enteramente regido por la autoridad eclesial. De otra forma, la Verdad, su difusión y defensa, verían afectadas sus posibilidades, con el consecuente debilitamiento de la fe y del orden institucional.

Una década más tarde, el periodista, escritor y presbítero Rodolfo Vergara[5], resumirá los esfuerzos de la publicística católica –que él ha conocido de cerca– enfatizando en aspectos que estima cardinales.

En la eterna lucha entre el bien y el mal, expone, el católico disponía en el momento de un arma poderosa para incorporarse a una contienda donde, a diferencia de las guerras reales, no corría sangre ni lágrimas: el arma de la prensa, cuya "noble y santa misión", lo mismo que de la palabra, consistía en propagar la verdad en tiempos en que, a su juicio, se había declarado la guerra a ella a través de la eliminación de Dios de las instituciones públicas:

> Negar y destruir, he aquí toda la obra y toda la gloria del liberalismo impío. Para salvar a la sociedad y alejarla de los abismos es preciso restablecer el reinado de la verdad católica en las

[4] Sol Serrano, *¿Qué hacer con Dios en la república?*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2002

[5] Vergara Antúnez, además de una variada producción periodística, será autor de una decena de libros y ensayos apologéticos. En 1892, con la reaparición de la Revista Católica, será nombrado director de la misma.

> almas y contener la corriente de lo falso (que) por infiltraciones sucesivas, está envenenando la sangre de las generaciones que llegan a la vida[6]

Cierto era –argumentaba Vergara– que la voz de los pastores se levantaba a diario para condenar el cúmulo mentiras que se propalaban de entre las gentes, sin embargo, ello ya no era suficiente, "los que la escuchan son los convencidos y no los que han perdido la fe o requieren de ella"

> A este terreno –aludiendo el conferencista a la prensa y a la publicación de libros– bajan pertrechados de calumnias los que quieren desacreditar las enseñanzas de la fe; a esa arena bajan armados de la mofa y del escarnio los que pretenden envolver en el ridículo las santas prácticas de la religión: falsean los hechos históricos, generan narraciones inmorales y cuentos lascivos que acechan la inocencia, pues este es el camino más corto para exacerbar las pasiones[7]

Preciso era, por tanto, situar la lucha en el mismo terreno en se situaba el ataque. La defensa de la fe ya no podía reducirse únicamente a una vida religiosa observante y limitada a los templos. A juicio del presbítero, era llegado el momento de tomar la ofensiva, reconquistando lo perdido. Y siendo el principal foco de ataque los principios de la fe, alentaba a su audiencia a organizar un poderoso movimiento propagandístico a favor de las enseñanzas de la Iglesia.

[6] Rodolfo Vergara Antúnez, intervención en la Primera Asamblea General de la Unión Católica de Chile, 1 al 6 de noviembre de 1884, Santiago, Imprenta Victoria, pp.126-127

[7] *Ibídem,* p.128

No desconocía el charlista que el empeño era arduo y que importaba crecidos costos, pero espetaba "¿No hay por ventura en este país católicos bastante desprendidos que tengan voluntad de invertir algunos escudos en la defensa de su fe?¿Sería mucho exigirles que economizacen (sic) algo de lo mucho que se malgasta en satisfacer las exigencias de la vanidad y del lujo?"

Y siendo aún más incisivo en sus emplazamientos, interpelaba a sus oyentes por el apoyo que muchos católicos brindaban a la prensa liberal mediante su lectura y suscripción: "¿Qué nombre merece aquel que en tiempo de guerra presta amparo y auxilio a los enemigos de la Patria?, ese sería un traidor", respondía, reprochando estas conductas. Finalmente, endilgaba una última cuestión: "Cuando la patria amenazada en su hora pidió soldados, los encontró a millares; y cuando la Iglesia, amenazada hoy en sus derechos y libertades pide defensores ¿Se le responderá con el silencio, con la indiferencia, con la inacción?"

Ante tan contundentes palabras, la sesión de la Unión Católica hubo de adoptar una resolución por la cual se llamó a los católicos del país a comprometerse sin más dilaciones en el apoyo de su prensa. En cierta forma, los términos del acuerdo, fijó varios de los aspectos que de común se harán presentes en otras convocatorias que irán apareciendo en aras de recordar a la feligresía sus deberes para con la buena prensa. De manera explícita, la resolución pedía sostener, proteger y difundir los diarios y periódicos y, en general, todos los impresos surgidos de su seno, por medio de subvenciones, suscripciones, contratación de avisos y demás recursos que contribuyeran a acrecentar su importancia. En especial, se debía prestar auxilio a los medios destinados a las "clases más numerosas y menos favorecidas por la fortuna", así como abstenerse de comprar y leer los impresos donde se atentara contra la fe. De igual forma,

se alentaba la creación y protección de bibliotecas populares destinadas a la facilitación de la lectura de los buenos libros.

Como podrá apreciarse, en la última parte del siglo XIX, la problemática comunicacional de orden masiva fue cobrando cada vez mayor notoriedad en las reflexiones y expresiones de componentes destacados del clero y sus apoyos laicales, propiciándose un continuo flujo de alertas y llamados a hacer todo cuanto fuese necesario para neutralizar la ingente impiedad y peligros que entrañaba la propaganda de los enemigos de la fe[8]. Gravitaba en esta intención no solo una cierta interpretación adversa a los hechos de una renovación epocal que indudablemente no se avenía a los fundamentos teológicos y eclesiales que se seguían profesando y que, por lo demás, se buscaba seguir exponiendo –de ahí el manifiesto interés de que la prensa a sostener tuviese un marcado control y contenido doctrinarios–, sino también, la evidencia de que se había llegado tarde al escenario de la disputa de la conciencias. Los otros, es decir, los adversarios partidarios del liberalismo, la masonería, del modernismo, el protestantismo o el socialismo, les llevaban décadas de ventaja, con el consecuente influjo sobre la población, multiplicándose los signos de la impiedad, la soberbia y la alteración de los valores.

[8] Uno de los varios ejemplos que se pueden traer a colación sobre esta insistencia, corresponde a la *Carta Pastoral sobre la propaganda de doctrinas irreligiosas y antisociales*, expedida por el Arzobispo de Santiago (Mariano Casanova) en agosto de 1893, la cual debía ser leída y repartida en todas las iglesias de Santiago. En el libelo, una referencia importante como manifestación "de la creciente perversión de las costumbres" que, de acuerdo a su autor, estaba teniendo lugar en el pueblo, correspondía a "los afanes de descrédito de la religión" que desde algunos años venían realizando los exponentes de la doctrina socialista. Estos, en vistas a hacer triunfar sus "desquiciados propósitos", sabían que, primero que nada, debían erradicar la fe y desafectar el rebaño de sus pastores, "pues el socialismo sólo se propaga ahí donde la religión ha perdido su imperio".

Con los inicios de a *Sociedad de la Buena Prensa* (abril de 1906), la comunicación social católica, en cuanto concepto, recibirá un impulso más sistemático, tanto a través de la fijación de la base nocional de la Buena Prensa, como por la divulgación de ella en notas periodísticas, artículos de revistas y, en especial, la edición de folletos que comenzaron a ser repartidos nutridamente en parroquias, cofradías, asociaciones, patronatos y otras obras sociales. Sobresalieron en estos afanes de redacción de compendios y de difusión, sacerdotes regulares y seculares que por su formación, talento y adhesión a esta causa, se repetirán frecuentemente como los principales adalides de esta misión: Gilberto Fuenzalida, Bernardo Gentilini, Martín Rucker, Carlos Silva Cotapos, Luis Silva Lazaeta, Tomás Véliz, Miguel Miller, Julio Restat, Miguel Claro, Rafael Edwars, Alejandro Vicuña, y diversos superiores religiosos y canónigos cuya actuación se expresó primordialmente como editores y administradores de una cincuentena de revistas y boletines literario-religiosos aparecidos entre fines del XIX y el primer tercio del XX.

No nos detendremos llamando a este lugar la tupida gama de citas y pareceres que en su momento estamparon cada uno de los personajes anotados respecto del sentido y forma que debía tomar la prensa eclesial. En subsidio de ello, disponemos de un par de entradas que sintetizan de buena manera el talante doctrinario por el cual se pretendió conformar la estrategia de la vocería pública institucional durante las décadas en que ella se propuso abordar la opinión pública sin dejar atrás nada de lo que estimaba valioso y, por tanto, plenamente vigente.

En 1908, la Sociedad de la Buena Prensa y la *Revista Católica*, dan a la circulación el texto propedéutico *La Obra Fundamental* –la prensa– de la que harán sucesivas reimpresiones para su distribución en distintos puntos

del país[9]. Compuesta de siete acápites, su elaboración y técnica retórica no se aparta en nada del modelo habitual de adoctrinamiento religioso, esto es, en primer lugar, la señalización de la premisa, para luego inferir de ella las implicancias y consecuencias para la vida cotidiana. Intercalados en cada uno de los parágrafos, se incluyen referencias y voces de personajes relevantes del catolicismo mundial, comenzando por los Papa, mecanismo que tenía por objeto asentar la veracidad de todos y cada uno de los argumentos.

Comienza el folleto con la respuesta a la pregunta por lo que en el presente era la obra fundamental: la prensa, expresión esta que si bien remitía principalmente a la de orden periódica, no dejaba de hacerse extensiva a todo tipo de impresos. Como modo de precisar su relevancia para los hombres de fe, se arguye luego que ella ha de ser conceptuada como el factor de mayor incidencia en los fines de salvación en que debería estar empeñada la Humanidad. El silogismo empleado a este respecto señalaba: 1. Si la finalidad de la vida del hombre consiste en la salvación de su alma, 2. Ha de indicársele a este el modo correcto de hacerlo, por tanto, 3. La prensa debería contribuir a ello, ingresando al plan divino.

Como resultado de las propias luces que el Cielo ha aportado a sus criaturas, la prensa tendría la capacidad de allanar la consecución de la meta redentora, resultando en este sentido un instrumento muchísimo más potente y eficaz que las formas ya conocidas de expresión de la Verdad: la palabra del cura y las buenas obras. Más aún, como la vida moderna facilita la perdida de contacto entre el párroco y sus fieles, el libro bueno,

9 *La Obra Fundamental. Leed estas hojas y dadlas a conocer,* Imprenta de la Revista Católica, Santiago, junio 1908, 66 páginas. La presentación del texto dispone de una firma, Karl. Como mencionaremos luego, este fue el pseudónimo empleado por el sacerdote Bernardo Gentilini, su efectivo autor.

la hoja misionera o el periódico recto, son la forma de acompañar al individuo que, por diversas causas, se ha alejado de su pastor. La tinta de los impresos católicos sería entonces, semilla de cristiandad permanente.

Pero los buenos efectos de la prensa no sólo tocarían a la vida particular de los individuos, sino también a su convivencia social, cuestión aún más decisiva para el aliento de la buena prensa. En efecto, si las ideas –según el folleto en revisión– inspiran y dirigen los actos y de ellos dependen, en definitiva, la calidad del orden moral y social, resultaba igualmente imprescindible contar con impresos que, al moldear ideas y conductas sanas y dignas, abonaran a fortalecer la convivencia, el orden y el respeto, alejándose así los peligros de la anarquía y la desintegración.

Esta confianza en el rol demiúrgico de las lecturas sobrevenía –¡oh, paradoja!– de la constatación de su opuesto: del mal que la prensa (la mala prensa, por cierto) venía produciendo en la historia desde hacía un par de siglos a raíz de haber quedado mayormente secuestrada en manos de temerarios y descreídos. Sea como fuera, lo concreto, de todas formas, era que en la época actual ella era la síntesis de la vida moderna: no sólo formaba la opinión de los pueblos, decidiendo la suerte de los gobiernos y las leyes, sino a la vez, atraía para sí a toda la maquinaria de la moderna producción y su inventiva: los fabricantes, los ferrocarriles, las naves marítimas, el telégrafo, los bancos, los comerciantes, etc., todos debían estar atentos a atender sus demandas y a escrutar en sus tendencias.

La prensa y sus realizaciones, como podemos observar, se imponían, y nada podía ser más lesivo a los intereses de la Iglesia que seguir negando sus hechos o, peor aún, que los católicos la abordaran como cosa natural sin discernir sobre sus malas consecuencias. En pocas palabras, su vigencia no era el problema, sino las

consecuencias inmorales y anticristianas de su actuación. A su mala versión, había que oponer la manera correcta y benéfica de ella que únicamente podía darse a partir de la función de comunicadores de recta fe.

En el apartado cuarto –El diario y la acción política– el texto entra de lleno en la relación prensa-sociedad, en especial en lo determinante que para la obtención del apoyo público y electoral, resulta contar con periodistas e impresos favorables a la causa divina. La experiencia de Europa así lo demuestra: ahí donde, por la abundancia y aceptación de periódicos, revistas y libros morales, se logra captar las simpatías de los ciudadanos –como en Alemania, Bélgica, Inglaterra o España–, la Iglesia ha podido sentirse segura en sus fueros. Lo mismo ha ocurrido incluso en un país con mayoría legislativa anticlerical, como es Francia, pues los triunfos alcanzados últimamente por los candidatos regionales proclives a la tradición, se debió porque en esos lugares han existido, primero que nada, poderosos medios católicos. La conclusión, en consecuencia, era clarísima: la debilidad o fortaleza de la Iglesia se correlacionaba con la ausencia o existencia de variados impresos.

Pero no solo en el ámbito puramente político esta correspondencia estaba reflejando su poder; también, y de manera muy encarecida para los católicos –de acuerdo a lo que se nos expone en el capítulo quinto de *La Obra Fundamental*– este vínculo con los medios de comunicación tenía mucho que ofrecer en el área de la Cuestión Social, problema que a la par con proporcionar un campo de suyo vital para las obras católicas, debía ser cubierto por una intensa evangelización. Nuevamente en esto los hechos hablaban con contundencia: la acción subversiva y disgregadora del socialismo en el norte del país, que se estaba traduciendo en constantes huelgas y desacatos a la autoridad, disponía por base su intensa propaganda en periódicos y folletos, y como ya había

sido dicho por las sabias palabras de los Papa, había que oponer diarios contra diarios. No le había faltado razón al socialista alemán Bebel, cuando había señalado que la fuerza del socialismo alemán descansaba en la multitud de periódicos que cubrían su nación.

Pero el ejemplo de los socialistas europeos –que estaba siendo replicado también en Chile, en mención de *La Obra*– si bien podía tenerse como causal en la promoción de las doctrinas insanas y su corolario de protestas obreras, no debía limitarse a esta sola vertiente de explicación. Siempre de acuerdo al apartado sexto que comentamos, en el desarrollo de una prensa católica que enfilara sus preocupaciones por los temas políticos y sociales, cabía también poner atención a los nacientes mecanismos democráticos, explícitamente, los mecanismos electorales y de ampliación del derecho a voto que estaban cundiendo a nivel mundial. Insertando declaraciones de Gibier, obispo de Versalles, se señalaba que "hemos comenzado a depender del sufragio universal, 9 de cada 10 elecciones consideran hoy al pueblo", y como en los pueblos las nociones políticas y del adecuado ordenamiento social se hallaban falseadas e incompletas ¿cómo no iba a ser urgente ver la necesidad de la prensa, de diarios que enseñen y divulguen en ellos las nociones verdaderas y sanas?[10]

Para contener a los obreros, para ilustrarlos, dirigirlos y salvarlos de los "seductores", bien se podía seguir contando con el ejército y la Iglesia, pero ambos pronto serían impotentes si no se disponía de la prensa y su

[10] En correspondencia a la evolución institucional y democratizante que experimentará Chile hacia los años 30 del siglo XX, la conveniencia de posicionar a la feligresía como un todo en la esfera política (pública) cursará por dos vías principales, aunque no únicas: el impulso orgánico de la Acción Católica, a partir de 1931, y la reiteración del indisimulado apoyo de la jerarquía al Partido Conservador, tendencia que no dejará de suscitar controversias y quiebres entre la militancia política y religiosa.

poder. Las circunstancias de la época impelían mayor acción social católica, pero para que ella fuese completa, ya no eran suficientes las obras de caridad y de educación, por lo demás segmentadas por edad, sexo u oficio. A las tradicionales obras del clero y laicos, se debía sumar, para acompañar, complementar y fortalecer, las obras de los buenos escritos. Estos, por su naturaleza, obviaban la dispersión y llegaban a todos a la vez, mucho más allá de la parroquia, del patronato o el dispensario. De paso, la simultaneidad y amplia cobertura del antídoto de la buena prensa, permitiría subsanar la no poca indiferencia y la tendencia al refugio hogareño de los católicos, en particular de los más pudientes.

Este llamado de atención acerca del modo cómo los sacerdotes y laicos debían comprender la función de la prensa en los tiempos modernos –su crucial impacto para con la política y la sociedad-, entregando, por tanto, su concurso a la buena prensa, lleva a *La Obra* a hacer hincapié (capítulo sexto) en una cuestión de orden eclesiológica, a saber, la definición del rol que debería cumplir la Iglesia, en tanto manifestación orgánica de jerarquía y fieles, respecto de la salvación, la función profética de Cristo y la lectura escatológica de los tiempos. En la práctica, la detención en este punto, importaba dotar al mensaje a favor de la prensa –que podía aparecer extraño a los quehaceres espirituales corrientes del clero– de una dimensión teológica de primer orden, revistiéndola de los blasones necesarios al convencimiento.

Si, a diferencia de las disputas que habían acontecido en Europa, en Chile no cabía la discrepancia entre los partidarios de la *tesis* y la *hipótesis* –la pureza doctrinaria prevista por la *tesis* estaba sólidamente asentada como objetivo primigenio y permanente de la buena prensa–, en materia de *táctica* o forma de actuación, no existía unanimidad. De un lado, estaban quienes preferían que la Iglesia centrara su actuación exclusivamente

en una religiosidad individual y privada, promoviendo el culto y, a lo más, se preocupara de los desvalidos mediante escuelas, sanatorios o círculos de caridad. A falta de acierto humano, la Providencia se encargaría de proveer y ordenar. Los inclinados a esto, a juicio del folleto, eran quienes veían con horror que la Iglesia se inmiscuyera en terrenos y problemas que no le eran propios, de suerte que no era de extrañar que las instituciones del Estado, tal vez si legítimamente, pugnaran por apartarla de los negocios púbicos. A estos los califica de "partidarios de la táctica francesa", en alusión a católicos galos que, traumados por las repercusiones que había generado la Revolución de 1879, proponían una "Iglesia defensiva" y circunscrita a tareas puramente espirituales y contemplativas.

Por doctrina y por los hechos, esta táctica francesa, esgrimía *La Obra*, estaba condenada al fracaso. Y no porque careciera de razones, sino porque era "incompleta", como el propio Presidente de las Conferencias San Vicente de Paul (de origen precisamente francés) podía atestiguar: la caridad sin prensa no serviría de nada, lección nada irrelevante que sí había sido asumida por los católicos alemanes, desde la década de 1870.

En su caso, la *kulturkampf bismarkiana* les había hecho ver que la sola labor espiritual y benéfica no podía bastar a la Iglesia, más cuando tenía que convivir con fuerzas hostiles y transgresoras de sus derechos. No contar con prensa era construir sobre arena: se podían tener magníficas casas de acogida, excelentes hospitales o comedores, buenos colegios, magníficos templos, etc., pero nada de ello podría resguardarse como era debido, si los católicos no comprendieran, a la vez, que su preservación también requería hoy en día de su actuación pública, sea en los puestos del Estado, de los gobiernos regionales, como en su desempeño a través de la pluma y el impreso. La vida de un creyente no

se agotaba en lo puramente privado, sino que también debía exponerse en lo público, es decir, en lo social y en lo político.

Reseñada, con abundancia de argumentos, la importancia de la prensa en el mundo actual y la conveniencia práctica, eclesial y teológica de que los fieles –particularmente los más ilustrados y acaudalados– contribuyeran cuanto antes a cimentar poderosos medios escritos y la difusión de buenas lecturas, el capítulo final de *La Obra* discurre latamente por las innumerables alternativas que podía y debía adquirir este apoyo.

Desde luego, la convocatoria arrancaba por consignar el ideal de producto a producir y en orden al cual se debían disponer los sustentos y colaboraciones. Los impresos católicos debían ser atractivos, bien escritos y los mejor informados. Debían ocasionar deseos de leerlos, de respetarlos y de mejorarlos, evitándose toda crítica pública por eventuales deficiencias. A esta empresa estaban todos los católicos invitados: ricos, pobres, hombres de letras, párrocos, distribuidores, jefes de hogar, madres preocupadas por la formación de sus hijos.

Los hombres de fortuna[11] debían concurrir con generosos aportes, óbolos, cuotas, limosnas, suscribiendo acciones en las sociedades comerciales que habría que crear, concitando la participación de otros acaudalados, movilizando la buena causa entre sus contactos de alto nivel. En caso de que dispusieran de talento literario y cultura, se les pedía también poner su pluma al servicio

[11] La jerarquía social encabezada por las familias ricas del país, fue siempre reconocida por la Iglesia en todos sus llamados a la acción pública, más cuando, por lo común, como en el caso que nos ocupa, la tarea implicaba la presencia de importantes recursos financieros.

de los “sanos propósitos”, colaborando con traducciones o instruyendo al personal menos calificado. No menos oportuno sería que tomaran un buen número de suscripciones, de modo que la buena prensa llegara a lugares que, necesitándola, no disponían de recursos (obras sociales, hospitales, cárceles, colegios, clubes, peluquerías, mutuales de obreros, etc.)

Más allá de la élite, y sin olvidar que todos –ricos y pobres, seglares y religiosos– debían ofrecer constantes preces y oraciones por el éxito de la obra –como toda obra de apostolado católico, la prensa requería también de auxilios sobrenaturales– la labor a emprender ofrecía numerosas acciones a ser cubiertas: la suscripción personal y de otros al diario católico; el reclamo de su oferta en el comercio establecido o ambulante; su lectura en lugares públicos: bares, cafés, oficinas, tranvías, trenes, etc., escenificación que por sí misma daría publicidad y curiosidad por su consulta; contratando avisaje en sus páginas; colaborando con notas e informaciones; obviando piadosamente sus defectos para no dar armas a la prensa impía. En complemento, mucho beneficio se haría también al impreso moral evitándose la lectura y compra de la prensa enemiga, esa “celada tendida a las almas de bien”. En ella no sólo estaban los periódicos y libros abiertamente contrarios a la religión, sino también aquellos que, tras el ropaje de prensa profesional e independiente, eran aún más perversos, por hipócritas, que los impresos irreligiosos.

Pocos años después de aparecida *La Obra Fundamental*, el presbítero salesiano Bernardo Gentilini publicará *La prensa y su apostolado social*[12]. En él se recogen todos

[12] Bernardo Gentilini, *La prensa y su apostolado social,* Centro Apostolado de la Prensa, Santiago, 1912, 158 páginas. Reimpreso en 1917 y 1918, variando el título a *El libro del apóstol de la prensa.* Tiempo después, insistirá en el abordaje de la temática por medio de La Prensa Católica, Centro Apostolado de la Prensa, Santiago, 1924

los tópicos de *La Obra Fundamental,* añadiéndose otros destinados a exaltar la prominencia que en materias de difusión de la fe debían tener los libros. Dada la reiteración de estilo y contenido, damos por muy probable que el autor del libelo que hemos reseñado, fue, específicamente, este sacerdote.

Habiendo consagrado enteramente su vida religiosa al objetivo de crear y sostener un espacio para la edición y publicación de libros y folletos de apologética católica –el Apostolado de la Prensa–, la personalidad de Gentilini brilló con luces propias en el terreno editorial eclesiástico chileno de las primeras tres décadas del siglo XX.

En su acepción, el libro era el *non plus ultra* de la cultura humana. Al residir en ellos la lumbre del intelecto y la creación de siglos, serían la guía de la humanidad. "Todo germen, bueno o malo, está ahí –exponía–, esperando que las brisas del tiempo le lleven a fecundar alguna inteligencia humana. Los libros han conquistado más que todos los conquistadores; han asolado más que todos los Atilas, han sembrado más que todos los apóstoles". Su capacidad para "mover al mundo entero", como lo había dicho el "impío Voltaire", no tiene parangón, sobrepasando con creces a la prensa diaria. Como la flor, el periódico vivía un día, para luego perecer, lo que lo obligaba a tener que "renacer cada día", con gran esfuerzo y trabajo. Sus huellas, por tanto, no podían sino ser superficiales y efímeras. No obstante, en su "rapidez", eran irremplazables. Los libros, en cambio, "como los cedros centenarios", eran de muy longeva vida, resistiéndose a desaparecer, y de los profundos surcos que habrían en el alma de los hombres, podían brotar espléndidos frutos. Terminada su faena, podían permanecer largas estancias en anaqueles de bibliotecas, hasta que les fuese nuevamente demandada su fecunda labor.

Dicho así, claramente para Gentilini la vida del libro era prácticamente inmortal, más cuando, bien pensado y mejor escrito, permanecería por largo tiempo entre los intereses de los hombres. Su valoración, "aún por los malos", era alta, siendo muy bien recibido como regalo o recuerdo. Es cierto que no pocas veces su presencia podía pasar inadvertida, cubriéndose por gruesas capas de polvo, pero al llegar las horas de la soledad, de la angustia o de la imperiosa necesidad de contar con luces que rescataran al individuo de su orfandad, su ser, cual Lázaro resucitado, vendría a socorrernos vivamente. No de otro modo lo demostraban las admirables páginas de San Ignacio; San Agustín, l'Ermite o de un Aquino, sin dejar de lado a los más recientes, como Bazin, Coloma, Balmes, de Maistre, Lacondaire o Veuillot.

En directa relación con la conceptuación excelsa que Gentilini hacía del libro y sus autores –diríamos, aristocratizante–, estuvo también la ponderación igualmente selectiva de la lectura de ellos. No cualquier impreso acusaba la misma calidad, habiéndolos buenos y malos, distinción que, como ya observamos en el campo periodístico, tenía que ver básicamente por lo que estimó eran lecturas morales y edificantes, en contraste con los textos disolventes y "pornográficos", tan al gusto del modernismo en boga. Esta última, correspondía a una literatura ruin y peligrosa, en especial para las frágiles mentes de niños, mujeres y jóvenes[13].

Para graficar sus apreciaciones, recurre a analogías fisiológicas y de la naturaleza. Habiendo alimentos nutritivos y fortalecedores del organismo, así, a la vez,

[13] Este aspecto deriva a la sistemática labor de censura de libros en que incurría la jerarquía católica, tema al que dedicamos algunas páginas más adelante: "Policía Intelectual"

los había dañinos y venenosos. Y así como había flores de néctares y aromas saludables en jardines y campos, no faltaban tampoco floraciones y malezas perjudiciales para el ambiente y los hogares. "Muchas veces –señalaba– un libro tuerce el curso entero de nuestra vida y tantos hombres hubieran sido muy otros de los que fueron, si diversas hubieran sido sus lecturas"[14].

Al mal de la lectura diversa o extensiva, se agregaba el de la lectura intensiva, producto de la obsesión y ensimismamiento por determinados temas en que, con frecuencia, caían los hombres. Esto, por ejemplo, le había ocurrido al joven Renán[15]: su enfrascamiento de largas horas en lecturas de filósofos alemanes, lo había hecho beber a sorbos "el tósigo fatal que habría de envenenarle el alma y conducirlo a la apostasía sin retorno"[16] La "mala literatura" era, pues, el "púlpito de Satanás", una maldición que se esparcía por toda la tierra, y sus funestos efectos no podían sino alcanzar a todos cuantos hubiesen tomado contacto con ella, desde el autor al lector, del impresor al vendedor, del comentarista hasta quien, pudiendo haber hecho algo para evitar su circulación, no lo hizo.

Había en esta forma de caracterizar los libros y las consecuencias de su consulta, una clara manifestación del discurso médico-siquiátrico que, hacia mediados del siglo XVIII, había surgido en Europa occidental como estrategia de comprensión etiológica de los distintos trastornos conductuales y del ánimo. A este respecto, como lo informa R. Chartier, fue abundante la

[14] Bernardo Gentilini, *La Misión de los buenos libros,* Centro Apostolado de la Prensa, Santiago, 1933, p. 13

[15] Se alude a J. E. Renán, filólogo e historiador francés que fuera catalogado de "blasfemo europeo" por Pío IX luego de publicar su obra *La vida de Jesús,* buscando historizar al personaje.

[16] *Op. Cit.,* p.13

intención de vincular los estados mentales de personas "alucinadas" con el tipo y frecuencia de las lecturas que pudieran haber hecho, en un tiempo en que, de acuerdo a los variados testimonios de contemporáneos que revela este historiador, se habría experimentado una "fiebre de leer" o una "rabia lectora"[17].

El paso de prácticas lectoras tradicionales –en voz alta y preferentemente realizadas en ámbitos eclesiásticos– a otras de modalidad individual y solitarias –desplazamiento que habría tenido al siglo XVIII como el tiempo de inflexión a este respecto– hizo suponer a la medicina de entonces la existencia de nexos entre fenómenos anímicos (efecto) y lectura (causa). ¿No era acaso la afición de sumirse en solitario y calladamente en un conjunto de páginas cosidas la razón más plausible de los síntomas del desvarío? ¿Acaso no era cierto que las tendencias latentes del organismo y la mente podían desatarse producto de la impresión de lo consultado? ¿Acaso no estaba probado que numerosos suicidios tenían por causa el libro malo? ¿Por qué desestimar que el onanismo y otras desviaciones de la pasión erótica podían tener su base en los influjos de lecturas fantasiosas cuando no notoriamente indecentes?[18]

Obviamente, extrapolar esta visión patogénica de los escritos a las explicaciones en torno a las actuaciones colectivas de los individuos, no demoraría nada. Ahí estaban, para probarlo, las lascivas imágenes de toda

[17] Roger Chartier, "Las revoluciones de la lectura: siglos XV-XX", *Revista de Humanidades*, 7, Instituto Tecnológico de Monterrey, Monterrey, México, 1999, pp. 91-110

[18] "Un ilustrado tratadista de enfermedades mentales –escribe Gentilini– fulmina desde el punto de vista médico terribles acusaciones contra la insaciable voracidad novelesca de nuestros días, atribuyéndole las dos cuartas partes del desequilibrio del sistema nervioso que padece hoy nuestra juventud, especialmente las mujeres (…) ellos (los novelistas) han ido poco a poco falseando el sentimiento, han adulterado las dotes propias y espontáneas del criterio, y abren una ancha puerta a la excitación cerebral que conducirá luego a la neurastenia, un camino breve y seguro a la locura".

laya de sensualistas y pornógrafos, como Pierre Loti o George Sand; el regocijo de la podredumbre descrita por Balzac o Víctor Hugo, atractivos por sus formas, pero viles por sus contenidos[19]. Y para qué decir de Prokopkin, Bakunin, Marx o Malatesta, instigadores consumados de la maldad y la violencia. A ellos se sumarían otros tantos –los voceros de las doctrinas equivocadas y pervertidoras– no menos abominables por la cizaña que esparcían con sus arengas verbales y escritas: la masonería, los protestantes, las sufragistas, las feministas ("zarraguistas"[20])

En contrapartida, la vida de los Santos, los libros de piedad, de teología popular, de catecismos explicados, de historias amenas y moralizadoras, de buena apología, así como de "pensadores católicos ilustres" (Balmes, Sardá y Salvany, López Peláez, Villariño) resultaban ser las lecturas adecuadas por producir el efecto contrario de los libros perniciosos: serenidad, temple, integridad moral, respeto por las tradiciones y costumbres, y una inteligente aceptación de Dios y su creación.

A la consigna general de ¡Leed buenos libros!, seguían los consejos, propuestas e instrucciones respectivas. En lugares de descanso –"las playas de mar son cada día más visitadas", consignaba nuestro salesiano– donde las horas desocupadas y "el tedio corruptor" así lo imponía, bien se podían habilitar espacios de lectura con selectas colecciones. Muy bueno también sería llevar las lecturas cristianas a talleres y fábricas para que los obreros leyeran en el lugar, o pudieran llevárselas a sus casas. La lectura en lugares de trabajo –con autorización de los

[19] La novela, según Gentilini, exaltaba la imaginación, pervertía la inteligencia, corrompía los corazones, y el menor daño que ellas podían causar, era que "hacían perder el tiempo desmotivando la lectura de obras más sustanciosas"

[20] Por Belén de Zárraga, feminista y activista anticlerical española que visitara Chile en 1913 dando numerosas conferencias que irritaron al clero nacional

patronos– podría hacerse en voz alta en los momentos de descanso, y ya verían los administradores de los establecimientos cuan provechoso para el ambiente y para los propios resultados de las faenas, conllevaría esta magnífica obra. Los dueños de los lugares no tendrían nada que temer, pues los libros serían primeramente visados por un "discreto censor eclesiástico".

Las bibliotecas parroquiales, a cuyo surtido debían acudir las señoras y caballeros católicos de la ciudad, no eran menos urgentes. A cargo de un "bibliotecario apóstol"[21], la experiencia estaba teniendo excelentes resultados en Francia y España. Las jornadas de "amena lectura" podían culminar con obsequios a la concurrencia de "hojitas volante" y otros impresos que, junto con estimular el ánimo de las personas, seguirían irradiando sus piadosos resultados en sus hogares.

Este sistema de lectura controlada, podía también multiplicarse en diversos otros lugares, en particular en aquellos donde el dolor y la desesperanza, o la reunión diaria de juventud, hacían más proclive la adopción de los buenos libros: hospitales, cárceles, orfanatos, escuelas, círculos obreros, chacras y fundos. En más de alguno de estos sitios (incluyendo en primer lugar los templos y parroquias), sería posible, simultáneamente, crear "Buzones de la buena prensa", es decir, puntos de acopio donde los creyentes podían llevar todo tipo de impresos. El párroco u otra persona encargada, haría la selección de ellos, bien para repartirlos a distintos lugares –las lecturas sanas-, bien para destruirlos –las impías o pornográficas.

[21] La función de este bibliotecario sería primordial. Bien instruido en autores y en modos de atraer "a los inquietos", debía tener la capacidad de apartarlos de "curiosidades lectoras extravagantes", dándoles a conocer "el alimento espiritual que necesitan".

La permanente atención que Gentilini tuvo sobre los "buenos libros" y su difusión, se retrató, por sobre todo, en el encomiable esfuerzo que prestara a la creación del Apostolado de la Prensa, instancia por la cual no sólo quiso poner en práctica sus conceptos acerca del rol del libro y la lectura como los canales más adecuados y poderosos en vistas a la recristianización de la sociedad chilena en tiempos de evidente presencia en ella de fuerzas transformadoras, sino, a la vez, mostrar a sus pares de la clerecía, la manera cómo aquello debía ser llevado a cabo, tanto en el terreno de la actuación personal de los sacerdotes, como en las dimensiones organizacionales que la tarea editorial exigía del catolicismo.

2.

Edición y producción monográfica

En el capítulo precedente fijamos los aspectos ideológicos generales de la Buena Prensa y las iniciativas de impulso en la Arquidiócesis Santiaguina a inicios del siglo XX. Describamos ahora varios de los hechos concretos que la animaron, tanto en sus productos monográficos (Capítulo 2) como en sus expresiones periódicas (capítulo 3).

Libros, opúsculos y folletos

Congregación Salesiana: *Lecturas Católicas*

Hacia fines de 1903, la Congregación Salesiana inicia la publicación de *Lecturas Católicas* replicando la colección que, con igual nombre, impulsara Don Bosco en Turín, en 1853, como instrumento de combate contra la impiedad, especialmente la identificada con el protestantismo. El cincuentenario de "la obra turinesa", fue motivo más que suficiente para que la Casa Inspectorial chilena encomendara a su taller tipográfico

la impresión de obras "recreativas y morales" dirigidas particularmente a la juventud.

De extensión variable de entre 100 y 200 páginas impresas a un color (negro) en papel corriente, la serie se mantuvo por más de dos décadas (hasta 1926), totalizando más de un centenar de títulos. Desconociendo de nuestra parte la cantidad de ejemplares por edición, su financiamiento provino del apoyo directo de la Congregación, más algunos ingresos por "venta de acciones" o cantidades de ejemplares que realizaban párrocos y particulares para su entrega gratuita a la feligresía. También se ofrecía en venta directa a 25 centavos el ejemplar, así como en algunas librerías.

Del total de "entregas", hemos logrado identificar 110 títulos. Con los membretes de "lectura recreativa", "moral" o "amena", nos encontramos con textos que, por lo usual, ponen en juego moralejas y lecciones que, o deducen el o los protagonistas, o son señaladas por el narrador al lector. La técnica es siempre la misma: personajes jóvenes (hombres o mujeres) propuestos como comunes y corrientes, es decir, sin gran inserción en la fe, pero de naturaleza bondadosa. Ambientados en parajes históricos generalmente remotos y a veces distintos a las patrias de los personajes (en India, países árabes), deben enfrentar amistades y enemistades que los llevan a descubrir lo bueno y lo cierto en la actuación y palabra de los referentes cristianos que siempre protagonizan las tramas desde un segundo plano que lo comprende todo (hombres sabios pero humildes; mujeres mortificadas cuando no martirizadas; hazañas bélicas a favor de la cruz, etc.) Con pocos casos de personajes irredentos –al margen de los que deben ser condenados por exigencias del argumento por malos e infieles– las historias terminan en reencuentros, promesas, esperanzas, amores dóciles y escenas bucólicas que propician las conclusiones y enseñanzas.

La mayor parte de los relatos correspondieron a narraciones europeas, tanto francesas, italianas como españolas[22]. En distintas ocasiones, los trabajos en francés o italiano fueron traducidos expresamente para la Colección por Bernardo Gentilini, o bien fueron tomadas de las que se realizaban en España[23]. Gentilini, a su vez, fue el único autor residente en Chile que colaboró como tal en cuatro ocasiones.

En los años finales de su existencia, *Lecturas Católicas* dará cabida a algunos ensayos de "sociología cristina", anunciándose el arribo editorial a temáticas de apostolado social o de "democracia cristina" previstas en varias cartas vaticanas respecto de un renovado concepto de la acción católica. Las obras sobre este punto fueron *La semana negra de Barcelona* (sin autor); *Domingo Savio, un misionero redentor* (sin autor); *Democracia verdadera y falsa democracia* (editada en España por *El Independiente*) y *Sociología chilena,* de Guillermo Viviani[24].

[22] Cerca de la mitad de los libros vistos no indicaron autor y/o traductor. Tampoco se individualiza a editores o responsables de las publicaciones más allá de la impresora y su dirección de Alameda 2303, templo de la Gratitud Nacional. En todo caso, no sería aventurado indicar que los editores correspondieran a los encargados de la publicación que publicita los libros: "El Mensajero de María Auxiliadora", más la colaboración de los sacerdotes Gentilini, Ortúzar y Juan Zin. Entre los europeos, fueron frecuentes Joseph Spillmann, Francisco de Paula Capella, Antonio Bresciani, Conde Javier de Maistre, Luis Adhémard, Ildefonso Gatell, Adolfo Retté, Paul Desarenés, Fermín Goicochea, Ernesto R. Hull, Carlos D'Espiney

[23] También se utilizaron algunas traducciones hechas años antes por Camilo Ortúzar (1848-1895) sacerdote de la Congregación.

[24] La publicación de esta obra por Lecturas Católicas corresponde a 1926. Simultáneamente, aparece bajo el sello de Editorial Nascimento. Guillermo Viviani Contreras (1893-1964), diocesano, fue párroco en Santiago y Valparaíso. Permanente colaborador de El Mercurio y El Ilustrado, publicó diversos escritos sobre sindicalismo cristiano. Influido por el falangismo español, defenderá posiciones corporativistas como medios para reformar el orden social chileno.

Congregación Salesiana: *El Apostolado de la Prensa*

Con casi 20 años de edad, y recién llegado a nuestro país desde su natal Boloña, Bernardo Gentilini inicia sus estudios de teología en el primer seminario salesiano de Santiago, obteniendo su presbiterado en 1899. Culminado este proceso, comienza una encomiable labor editorial y propagandística que intensificará a lo largo de su vida, al punto de tener que dejar la Congregación, pasando al clero secular de la capital en 1932, como manera de atender a los múltiples trabajos que le demandaba convertir la iniciativa personal del Apostolado de la Prensa, en un nuevo instituto religioso. Fue, precisamente, en medio de estos trajines que le sorprenderá la muerte en septiembre de 1936.

Poseedor de una vasta erudición clásica y doctrinal, descolló también por dominar diversos idiomas que contribuirían a sus finalidades editoriales: al italiano y castellano, agregó un óptimo conocimiento del francés e inglés, lenguas que tuvo ocasión de conocer y practicar en distintos viajes y largas estadías en Estados Unidos y Europa.

La primera mención editorial de nuestro personaje corresponde a la publicación de los quincenarios *La Spiga y la Spiga D'Oro,* entre 1900 y 1904, a los que se habría unido, en igual año, otro título, la *Giornata D'Amore*, del que no hemos podido hallar ningún ejemplar.

Publicados en italiano en la Tipográfica de la Spiga (con sede en el Colegio Salesiano Sagrada Familia, de Macul, Santiago), las ediciones de los primeros mencionados alcanzaban a las 16 páginas en formato pequeño (9x11 cms.) Sus hojas contienen muchos de los aspectos que conformó el acervo literario de nuestro autor-editor hasta los días de su muerte, a saber, el sentido trascendente de la existencia, las verdades cristianas, la aceptación de los designios de Dios, la entrega a una

vida de obediencia y abnegación, la abstinencia del cuerpo, el repudio a los "falsas religiones" y sus voceros, la presencia del mal en los tiempos modernos, etc.

Nutrido de innumerables citas bíblicas y de los Padres de la Iglesia, sus glosas son, de común, comentarios o apostillas a los problemas del bien, la felicidad, el trabajo, la lectura, la sana recreación, la presencia cotidiana de María o de Jesús, o la enseñanza de los santos. Su finalidad es llamar la atención del lector sobre las verdades reveladas y la adaptación de la vida a la simplicidad y alegrías ahí contenidas. De este modo, no estamos frente a la pluma de un teólogo que pretendiera difundir su verbo desde la complejidad de la filosofía tomista con todo su aparato dialéctico o sintáctico, sino frente a un publicista que, confiado plenamente en las armas de la fe que ha abrazado, buscó repartirla más allá de los templos y capillas apelando a una modalidad discursiva axiomática y directa, articulada en torno a enunciados básicos y generales, a los que le seguían abundantes comentarios y argumentaciones a favor o en contra, muy propia de la tarea de catequesis.

Consideramos que haber comenzado su tarea editorial utilizando el italiano y el francés (la primera, como lengua propia, y la segunda, seguramente adquirida en sus años de niñez y juventud) importó, de una parte, hacer sus primeras artes autorales en idiomas mayormente conocidos por él, soslayando, para su apasionada labor, dificultades con un idioma –el español– que, al perecer, no logró asumir a la perfección, al menos desde el ángulo de su escritura[25]. De otra parte, estas ediciones

[25] En los pocos manuscritos que se conservan de Gentilini, podemos percatarnos de las fallas de su escritura, particularmente en el terreno de los tiempos verbales, artículos o pronombres. Al tenor de esto, suponemos que la mayor parte de su despliegue propagandístico y editorial, realizado en idioma español, hubo de contar con la colaboración revisora de diversas personas cuyos nombres, casi en su totalidad, no fueron señalados en las ediciones.

en lenguas latinas favorecieron la pretensión personal de hacer de su trabajo un producto que estuviese conectado con áreas del mundo que eran la cuna y la avanzada de la cultura cristiana. Basta revisar sus relatos de viajes, especialmente a Europa, para darse cuenta de la admiración que tenía por el pasado y las realizaciones del arte, la literatura o el pensamiento desarrollados en esas tierras. Refuerza esta imagen, la escaza atención que pone en el acontecer y culturas de nuestra región, llegando incluso a expresar palabras de desprecio por lo que observa en Río de Janeiro, Montevideo o Buenos Aires, ciudades donde sólo dice encontrar réplicas de mal gusto y de segunda mano de la magnificencia parisina o romana.

Una señal que corrobora el europeísmo editorial de Gentilini, es el hecho de que estas primeras producciones se ofrecieron en venta por su editor en moneda francesa (francos), y no en pesos chilenos. Sin importarnos que efectivamente dispusiera de compradores europeos, mencionemos que el gesto en sí implicaba el supuesto de que sus trabajos podían contar con dos formas de adquisición: por la vía de la distribución directa a Europa a través de una trama de contactos eclesiales, o por venta, también directa, en el país, a un público selecto pero con lazos externos, fueran estos permanentes u ocasionales. Como tendremos ocasión de ver, este interés de Gentilini por dar y darse a conocer en ámbitos lectores católicos bastante más versados, pudientes y extensos que el de Chile, fue una constante que lo acompañó recurrentemente en su vida.

A partir de 1901, *La Spiga y La Spiga D'Amore* tendrán una versión en idioma español por medio de un "periodiquito quincenal" titulado *Espigas de Amor*. Manteniendo el formato pequeño de 9x11 cms. –muy a la usanza de las ediciones devocionales–, contaba de 8 páginas, impresas a un color. Su vigencia, al igual que la edición italiana, se mantendrá hasta 1904. Su propósito

era llevar "a las almas las inspiraciones de Jesús (...) para la santificación y la felicidad de la vida". En cuanto a su título, Gentilini señala haber escogido la expresión Espigas, por constituir "la más bella y rica expresión de la vida y del amor, su maduración que nutre e inicia eternos caminos de vida, es el modo de manifestación del amor Divino en la tierra"[26]

Una indicación relevante al final de cada entrega, era la frase "Consérvese todos los números para formar después un libro", señal de que, lejos de ver satisfecha su labor con 8 o 16 páginas cada quince días, tenía previsto ampliar y hacer perdurar la difusión de sus notas por medio de formatos con más presencia simbólica. Es así como en 1903, con igual pie de imprenta, da a conocer por espacio de 2 meses, un *folletín* de 4 páginas adjunto a la edición regular de la *Espiga*, donde ahonda en mensajes de moralidad religiosa. Más elocuente aún fue la aparición en este mismo año de lo que podríamos calificar como el primer libro de su autoría: *Chistes y Verdades*. En 128 páginas, esta obra reunió un conjunto de fábulas, anécdotas, cuentos, máximas y viñetas –en buena medida provenientes de las publicadas en la folletería periódica– rotuladas como "lecturas de sana entretención".

En estos años de inicio, Gentilini no sólo se aboca a la escritura y edición de textos que podríamos llamar *lato sensu* periódicos. De igual modo se ocupa de la producción de formatos gratuitos de difusión masiva que debían ser repartidos en todas las acciones educacionales y sociales de la Congregación, amen de las parroquias y lugares de oración.

En efecto, en 1902, inicia la impresión de *Hojita de propaganda*, folletos de 8 páginas de 10x16 cms.,

[26] Espigas de Amor, N°1, 10 de agosto de 1901, p.1

impresos a un color (negro) en papel barato o de baja calidad. El contenido de la *Hojita* fue definido por él como "remedios de gotas amargas para muchas de las enfermedades del alma", a saber, la tendencia social al pecado, la lujuria, el ateísmo o la ambición. Lugar preponderante en sus mensajes tenía la "lucha contra el indiferentismo religioso", realidades de su tiempo que identificaba tanto en el ateísmo como en la difusión de las ideas masónicas y del protestantismo. "No cabe ser indiferente en este mundo", manifestaba (…) El indiferentismo religioso delante de Dios es un delito".

Luego de 4 años en tareas educacionales y editoriales en Sagrada Familia de Macul, en 1905 la Congregación lo destina a hacerse cargo del Colegio técnico de Concepción, ciudad donde, por más de un lustro, continuará como editor de *La Espiga* (ahora en singular, y quitándole el complemento "de Amor"). Modifica su periodicidad quincenal a mensual, incrementando también sus páginas a 50. El formato, más ampliado, lo asemeja claramente a la edición de un libro corriente (11x13 cms.) La dirección del colegio de Concepción le permitió tomar en sus manos la imprenta del lugar, a la que en adelante le da el nombre de Tipografía de la Espiga, tal como ocurriera en Macul.

Fue en este lugar donde avisa de la publicación, en francés e italiano, de sus trabajos santiaguinos, conformado una primera colección o biblioteca: se trataba de recopilaciones fundidas en varios volúmenes de 160 a 180 páginas, titulados *librairie des Epis Glanés*[27],

[27] En su anuncio publicitario se puede leer: "Petit periodique intime qui a pour but de porter aux ames les inspirations de Jésus. Anecdotes, pensées et petit conseils"

de la *Spiga d'Oro*[28] y de la *Giornata d'amore*[29], títulos publicados en Santiago por el Colegio Sagrada Familia. La oferta pública de los mismos reitera los precios en francos con su equivalente en pesos nacionales.

En julio de 1908 aparece en La Espiga la publicidad de un nuevo libro de Gentilini: *El diario del alma,* compilación de apuntes comenzados en 1904 que ahora reúne en 6 tópicos, abordando temas sobre las verdades eternas, la paciencia y la mortificación, la castidad y la vida religiosa, la devoción. A finales de este mismo año, *La Espiga* publicita las bendiciones de que ella y sus lectores habían sido objeto por parte del Papa Pío X, a raíz del primero de los viajes que Gentilini hiciera a Europa en 1908[30]. Al reconocimiento papal le seguía otro, del Obispo de la Diócesis. Datos diversos de este viaje serán expuestos por el presbítero en otra publicación suya del año siguiente, *Hojas de un diario de Viaje,* donde expone con detalle el cúmulo de impresiones que le granjeó su salida temporal del país, a partir del propio cruce de Los Andes hacia Buenos Aires, su estadía en el barco que lo trasladó a España, y su periplo por Francia, Alemania e Italia, lugar donde tuvo acceso a una breve entrevista con el Papa.

En el segundo semestre de 1908, y por espacio de casi 5 años, retoma la línea de las impresiones masivas

28 "Periodichino intimo che ha per iscopo di portare alle anime de inspirazioni de Gesú, i palpiti del suo Cuore Eucaristico, y suo consigli per la santificaciones e per la felicitá della vita"

29 "Libriccino intimo che dovre besere la mana giornaliera di tutti coloro che tendono alla perfezione religiosa"

30 Bernardo Gentilini, *Diario de Viaje,* Apostolado de la Prensa, Santiago, 1924, cuarta edición. En Europa recorrió Barcelona, Lourdes, Paris, Reims, Amberes, Londres y Roma. De su encuentro con Pío X, hizo el siguiente relato: "Cuando se acercaba a mí, tuve la ocasión de clavar en él una mirada investigadora y descubrir en sus ojos una inefable dulzura (…) y estampaba en su mano mi ardiente beso: –¿De Concepción, de Chile?– repitió, mirándome con interés (…) en esa mirada leí un rasgo de predilección por Chile (…) Santísimo Padre –le dije en italiano– pídole una bendición especialísima para mi, para mis parientes y amigos, y para los cooperadores de la Obra salesiana de Concepción", p.161

iniciada en 1902, dando a conocer una *Hoja Volante*, "publicación semanal destinada al pueblo". Encabeza los ejemplares con la frase de León XIII "La prensa católica es la gran necesidad de los tiempos modernos". Cada número estaba compuesto de 4 páginas en tamaño estándar de 21,5x31 cms. y su contenido estuvo dedicado principalmente a "combatir las sectas protestantes". De circulación gratuita, su financiamiento dependió de la venta de cantidades por la vía de la suscripción, las erogaciones voluntarias de los creyentes y el uso de parte de los ingresos provenientes de los óbolos por rogativas y gracias a María Auxiliadora.

Un aspecto culminante en su desempeño editorial de este período, estuvo en la creación, en mayo de 1909, de la Sociedad de Buenas Lecturas de Concepción, con asiento en el colegio Salesiano que dirigía. Es a partir de entonces que sus empeños los alude a "la obra de salvación del Apostolado de la Prensa". En lo sucesivo, tanto las producciones ya emprendidas como las venideras que aparecieran en la Diócesis, debían orientarse bajo la línea de gestión de la dicha Asociación, convocándose a los católicos de la zona a hacerse parte de sus esfuerzos haciéndose socios colaboradores de manera parcial o perpetua, calidades que variaban según los aportes en dinero a que se comprometieran de forma regular. También se tenía en mente acudir a un modelo comercial más formal mediante la generación de una sociedad por acciones. El valor de cada título sería de 50 pesos, y los interesados podían tomar más de una[31].

*

[31] No sabemos si esta propuesta prosperó, aunque lo más probable es que ella no haya resultado en virtud del permanente desfinanciamiento que afectó a la mayor parte de los proyectos católicos de la Buena Prensa.

En sus 25 años de vigencia[32], el Apostolado de la Prensa (AP) publicó 234 títulos de obras socio-religiosas. De extensión mediana, ocasionalmente excedieron las 150 páginas en formato vertical de tamaño 12,5x18 cms. Impresos a un color en portada e interior, todos estos opúsculos se debieron a la pluma de Bernardo Gentilini, principal artífice e impulsor de esta empresa[33].

Del total de títulos indicados, un 30% correspondieron a reediciones o reimpresiones de trabajos que el Padre Gentilini compuso entre 1900 y 1917, y que había dado a conocer tanto en Santiago como en Concepción. Según las Memorias de los últimos años del AP, el editor salesiano cuantificaba en casi un millón el número de copias o ejemplares impresos de este fondo, desde aproximadamente 1905 en adelante, cifra que no deja de ser impresionante para la época, y aún para nuestros días[34].

Organizada la producción en 19 bibliotecas o colecciones[35], la cobertura de relaciones comerciales del AP –de acuerdo a lo que expone en sus *Boletines*

[32] Desconocemos la fecha exacta de creación del Apostolado por parte de Gentilini. Lo más probable es que nunca haya tenido un acto claro de fundación como organización. Los alcances que él hace sobre sus orígenes, más parece una construcción *ex post*, al mencionar, hacia el final de su vida, que la obra habría tenido su comienzo en 1905. De nuestra parte, consideramos que la iniciativa tuvo su partida más articulada en 1911, con el comienzo de la serie *El Apóstol de la Prensa*. En este sentido, la obra habría perdurado por espacio de 25 años, acabando con la desaparición física de su mentor, en 1936.

[33] Por lo corriente, la autoría obedece a su nombre real. Sin embargo, en cerca del 15% de los libros, suscribe utilizando seudónimos tales como Glaneur D'Epis, Le Glaneur, o Gabriel de la Paz. Particularmente, este último "nombre" lo empleó en libelos de propaganda antisocialista y antisoviética.

[34] No sabemos, a ciencia cierta, si el dato de un millón de impresiones es correcto o no. Si rebajáramos el número a la mitad, a pesar de no contar con elementos que avalen este ejercicio, la proporción de 500.000 ejemplares sigue siendo considerable. Al dividirla por los 234 títulos, resulta un promedio general de más de 2.000 copias por título. A su vez, al prorratear las 234 obras en 25 años, da un estimado medio de casi 10 títulos por año. Ambos cálculos, siendo absolutamente relevantes para inicios del siglo XX, son todavía importantes para las condiciones actuales de nuestra actividad editorial.

[35] Ver detalle en pág.

Bibliográficos– se expandió más allá de nuestras fronteras, alcanzando a países como Filipinas (Oceanía), El Salvador, Panamá, México, Ecuador, Perú, Argentina y Uruguay, en nuestra región, y España, en el hemisferio norte. No tenemos registros que nos hablen de la frecuencia, destinos, montos y cantidades de publicaciones que el AP habría enviado a esos puntos, de suerte que nos es imposible acercarnos a una exacta apreciación acerca del impacto que estos "mercados" habrían suscitado en la gestión regular de la obra. Lo que sí hemos podido constatar es la presencia de una decena de títulos del AP en antiguas bibliotecas, bases de datos y comercio de libros "raros y antiguos", puestos en portales web de Argentina y España. Obviamente, los vínculos epistolares y viajes de Gentilini al extranjero, permiten dar un nivel de veracidad a las noticias del *Boletín Bibliográfico*[36].

Otra referencia que abona a favor de la internacionalización del AP, es el ofrecimiento en venta de una cincuentena de títulos de publicaciones de edición foránea que la obra ofrece a sus suscriptores y público en general, los cuales podían ser consultados y comprados en las librerías de la organización: la instalada en la Casa Inspectorial salesiana[37], y la abierta en la propia sede que el AP tendrá a partir de fines de 1926, ubicada en Chile-España con Irarrázaval, Ñuñoa. De acuerdo a la prácticas habituales del negocio librero, es probable que estas "importaciones" se hayan cubierto con canjes de ediciones del AP enviadas a editores y librerías del exterior, todas ellas de propiedad o relacionadas con estructuras eclesiásticas de sus respectivos lugares.

36 En su edición de junio de 1924, Gentilini indica haber llevado recientemente al correo "una carretada" de publicaciones del AP. Eran 1.200 ejemplares de títulos varios dirigidos a Riobamba, Guayaquil, Panamá y Buenos Aires; "Boletín del Apostolado de Prensa", Santiago, Año I, 2, 1924, p. 4

37 En 1925, la librería del AP funcionó en la esquina de Bulnes con Romero. Estos espacios de venta no desaparecieron una vez hecho el cambio del AP a Ñuñoa.

En el plano de esta modalidad de pagos por libros enviados o recibidos, cabe de igual modo presumir que las transacciones pudieron haber considerado la entrega de derechos de autor a las casas editoriales de fuera del país. Así al menos podría desprenderse de la presencia en Chile de textos de Gentilini publicados en España (Bruno del Amo), Suiza (Benziger & Co), Herder (Alemania) o Argentina (Colegio Pío IX y Editorial Difusión).

El Apostolado ocupó, una vez llegado Gentilini de los EEUU (1914), dependencias de la Casa Inspectorial Salesiana de Alameda 2303 (esquina de R. Cumming). Luego, a fines de 1926, se trasladó a la comuna de Ñuñoa, Chile-España 85. Pronto, adyacente a esta última dirección, se extendería a otras propiedades (N° 17 y N°101), aspecto que nos habla del rápido desarrollo de la obra.

A comienzos de 1928, su promotor nos refiere que en el N°85, en cumplimiento de su programa, el proyecto ya dispone de oficinas, librería, y espacios para imprenta, encuadernación y bodega[38]. Igualmente, indica que desde el año anterior, en el lugar ha comenzado a funcionar una Escuela Tipográfica para niños y jóvenes, con alumnos internos, externos y medio-pupilos. Anuncia también que se ha puesto en marcha similar alternativa de formación para "damas, niñas y doncellas", a fin de que se habiliten en funciones comerciales y de difusión[39]. Para esto, ha contado con

[38] "Boletín del Apostolado de la Prensa", Año V, II, marzo 1928, pp.3-7 "Se ha escogido esta ubicación –nos expone el redactor de este Boletín– por sus especiales condiciones de salubridad, por la facilidad de locomoción (en poco más de un cuarto de hora se puede llegar al centro de la ciudad por los diversos tranvías y autobuses que recorren sus principales arterias), y para alejar de los peligros y de las distracciones de la gran urbe a los jóvenes que han de formarse en esta Escuela", *Ibíd*., p. 7

[39] La sección femenina se situó originalmente en Irarrázaval 2260. Al año siguiente funcionará en Chile-España 101. Entre los cursos que se les impartirían, estaban dactilografía, encuadernación, costura y economía doméstica.

el respaldo del Arzobispo Crecente Errázuriz, quien dio orientaciones a los institutos y fieles de la Arquidiócesis para que acudieran con su generosidad a la reunión de los recursos necesarios.

La finalidad de la Escuela para hombres, era enseñar el arte de la tipografía en sus diversos ramos de encuadernación, cajas[40], prensa y linotipia[41]. Con cupos limitados, se daría preferencia de matrícula "a aquellos que tengan disposición para ingresar más tarde al Curso Superior del Apostolado de la Prensa, como linógrafos[42], monotipistas[43], correctores de pruebas, redactores, gerentes de imprentas y librerías". A la vez que técnica, la formación se debía hacer en lo espiritual, moral e intelectual (cursos de literatura, filosofía, ciencias sagradas). Luego de un período de 5 años de aprendizaje, el egresado obtendría su *Diploma de competencia*[44].

El Reglamento del Apostolado[45] le indicaba como objeto "la preservación y propagación de la fe por medio de la buena prensa". Para ello, debía volcar sus empeños en la difusión de los buenos libros, de diarios, periódicos y hojas instructivas, con especial atención entre las

[40] Método de composición de tipos ordenados y ajustados a la caja de impresión

[41] Máquina impresora a base de matrices variadas (tela, láminas de madera, metal)

[42] La linografía es la técnica de grabado sobre telas o géneros

[43] Trabajo a base de la fundición individual de moldes o tipos

[44] Las condiciones de acceso, se acuerdo a lo publicitado en 1928, estipulaban requisitos varios para los postulantes: fe de bautismo, certificado de buena conducta dado por un párroco o persona honorable; pagos de matrícula y pensión de acuerdo al régimen del alumno; ajuar, ropa marcada, catre, ropa de cama, guardapolvos y delantales, exigencias especialmente obligatorias para los internos. Finalmente, en el caso de internos, estos tendrían un sistema de visitas de padres y apoderados sólo los domingos, sin otro tipo de contactos a no ser que el Director del establecimiento lo permitiera. Cinco años más tarde (1933), aparecen las condiciones de que los futuros alumnos fuesen "hijos legítimos", debían disponer de certificado de confirmación y su edad no debía ser inferior a los 12 años. Con esto último, creemos, que se buscaba evitar el ingreso de niños pequeños sin instrucción preparatoria, afianzar la formación técnica, y favorecer la selección de potenciales nuevos religiosos. "Boletín del Apostolado de la Prensa", septiembre 1933, año IX, N° 20, p.6

[45] "Reglamento General de la Asociación Apostolado de la Prensa", en Bernardo Gentilini, *El Libro del Apóstol de la Prensa*, Santiago, Apostolado de la Prensa, 1918, pp. 147-152.

personas que estuvieran fuera del alcance sacerdotal. A la base de este "programa", concurría la convicción de que "en estos tiempos", las buenas lecturas eran el medio más efectivo para la defensa y propagación de la fe "en las naciones civilizadas". Además de lo expuesto, el AP debía contribuir al sostenimiento de toda la prensa católica, en especial de los "sanos periódicos locales". Operativamente, el proyecto aprobado debía estructurarse en torno a un núcleo –una Casa de la Buena Prensa– desde el cual se gestaran y mantuvieran una red de centros locales en parroquias, iglesias, colegios y demás obras católicas. El lema de la obra era el de "Instaurar todas las cosas en Cristo".

Su financiamiento debía correr por cuenta de las acciones propias. Desde luego, la venta de publicaciones y suscripciones, pero también la recepción de limosnas y donativos, además de "todos otros medios" que contribuyeran al fondo social. En tanto obra social, el AP promovería la admisión a su seno de todo católico de cualquier condición, edad o sexo, quienes, a cambio, recibirían diversos tipos de compensaciones materiales y espirituales, goces, estos últimos, que dejaba abierta la posibilidad para que hubiesen asociados difuntos, los que, por vía del sufragio (obra buena que se aplica por las almas del purgatorio), serían igualmente beneficiados[46].

Los centros locales –siguiendo el modelo de la obra de "Propagación de la Fe"[47]– se conformarían a partir

[46] Las categorías de socios estaban señaladas de la siguiente manera: *Miembro cooperador contribuyente*, 1 peso al año; *Miembro Anual*, 3 pesos al año; *Miembro por 10 años*, 10 pesos; *Miembro Fundador*, 1.000 pesos de una vez, o 100 pesos anuales por 10 años; *Benemérito Bienhechor*, cualquiera que aportara a la obra por medio de legados o limosnas de alguna consideración.

[47] Obra Misional Pontificia reconocida como tal por Pío XI en 1922. Su origen se remonta a la actuación de María Paulina Jaricot (Lyon, Francia, 1820). Entre sus objetivos, se destacan: Informar, sensibilizar y educar el espíritu misionero, suscitando

de un grupo de celadores y celadoras, quienes, a su vez, tenían que captar adherentes (socios), creándose Coros de al menos 10 personas. El conjunto de centros de una Diócesis dependerían de un Consejo Central o Superior, nivel compuesto por un comité de Caballeros (coadyuvado por otro de Señoras) y presidido por un Director diocesano nombrado por el Obispo de la diócesis. A su vez, en la calidad de instancia ejecutiva (Directorio), el Director diocesano se acompañaría de un equipo de 3 a 4 asesores salidos del Consejo de Caballeros. Estos asesores tomarían responsabilidades de Presidente, Secretario, Tesorero u otras, durando 3 años en sus funciones, pudiendo ser reelegidos. Su desempeño debía ser *ad-honorem*. Finalmente, consignemos que una vez al año el Directorio debía convocar a asamblea plenaria de socios y colaboradores, rindiendo cuenta de la marcha y movimiento anual del Apostolado[48].

Padres Asuncionistas: Colección *Los Santos*

"Obra grata a Dios y sumamente provechosa para la sociedad harán todos los católicos que propaguen esta lectura, porque una de las cosas que mejor forma los caracteres y mantienen las nociones del deber y el espíritu cristiano, es esta clase de libros"[49].

el interés por la evangelización universal en todos los sectores del pueblo de Dios: las familias, las parroquias, los jóvenes, los movimientos apostólicos, las asociaciones, las comunidades, las escuelas, los enfermos y ancianos; y, Promover la ayuda recíproca entre las diferentes iglesias locales, tanto en el campo espiritual como material y el intercambio de personal apostólico entre las mismas.

[48] Las cuentas y balances anuales debían constar por escrito en Memorias periódicas. No hemos encontrado copia de alguna de ellas. Reproducción de diferentes párrafos de las mismas se hallan en lo que fue la publicación oficial de la entidad, el "Boletín del Apostolado de la Prensa", publicación de aparición irregular que comenzó en mayo de 1924 y se extendió hasta mediados de 1935.

[49] *Los Santos,* 23, junio 1909, p.3

Con este llamado, los Padres Agustinos de la Asunción daban a conocer una serie de folletos de aparición regular[50] que tuvieron como principales destinatarios los cientos de peregrinos que semanalmente concurrían a las recién creadas Gruta y Santuario de Nuestra Señora de Lourdes[51].

Diseñados según el modelo original de Massabielle (Francia), la gruta y el templo fueron inaugurados y consagrados en febrero y marzo de 1908. Con ello se consolidaban tendencias eclesiales que desde las últimas décadas del siglo XIX, venían favoreciendo la preeminencia de lo devocional con prácticas de ritualidad de masas, fortalecidas con el arribo al país de nuevas congregaciones extranjeras, hondamente imbuidas de las nuevas formas de piedad desarrolladas en sus naciones de procedencia[52].

De acuerdo a Aliaga y Osorio, la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción por Pío IX, en 1854, además de asumir la sensibilidad católica en su confrontación contra el laicismo liberal, ratificó la antigua lucha doctrinaria contra el protestantismo y la

[50] Hasta 1911 fue de aparición quincenal, cambiando luego a mensual hasta el término de la serie, en 1937. La nómina de los santos publicados es de más de 200, reiterándose sus nombres en el transcurso de los casi 20 años que duró esta serie. Entre otros, San Sebastián, San Francisco de Sales, San Juan de Mata, Santa Josefa de Santa Inés de Beniganim, San José, Santo Toribio de Mogrovejo, San Vicente Ferrer, La Bienaventurada Juana de Arco, Santa Mónica, San Pedro, La Bienaventurada Margarita María Alacoque, San Vicente de Paul, San Ignacio de Loyola, San Roque, San Juan de Cupertino, Beato Juan Eudes, San Rafael, Santa Isabel de Hungría, La Bienaventurada Juana de Lestonac, Santo Tomás Becket, Santa Inés, San José Oriol, San Juan de Dios, Nuestra Señora del Buen Consejo, Santa Catalina de Sena, San Juan Bautista de la Salle, San Antonio de Padua, etc.

[51] La edición de estos folletos estuvo a cargo de los responsables de la revista *El Eco del Santuario de Lourdes*. De tamaño 9 x 16 centímetros, con 32 páginas. Incluían variedad de imágenes de página completa en negro con buen nivel de contraste. Estas ilustraban las portadas e interior. Eran vendidos a 10 centavos el ejemplar. También por suscripción, a un peso anual; podían ser enviados al extranjero.

[52] Los Agustinos Asuncionistas que se hicieron cargo de la gruta y del templo, eran de nacionalidad francesa, encabezados por el Padre José Maubon. Habían llegado a Chile en 1890, por gestiones del Arzobispo Casanova

causa de la infalibilidad pontificia, circunstancia que robusteció la militancia católica y el nuevo concepto de la centralización ultramontana. A su vez, la "aparición" de la Virgen en la gruta francesa, en 1858, constituyó la ratificación milagrosa a favor de la causa católica, transformándose Lourdes en un poderoso centro de peregrinación y devoción marianas y del Sagrado Corazón, originándose variadas cofradías y manifestaciones de piedad[53].

Fue este fervor religioso el que buscó compendiar y promover la publicación de *Los Santos* al ofrecer un amplio registro de vidas ejemplares que tanto por sus defectos, pero más aún, por su constancia y mortificación, bien podían servir de referentes para los hombres y mujeres que llegaban al Santuario a expiar sus culpas, empeñando compromisos y obligaciones.

En efecto, en los santos no solo se podían admirar los dones sobrenaturales de la gracias, sino también, su fortaleza de alma, su constancia en las pruebas, su amor a los hombres, su valor y heroísmo en los peligros, su enorme capacidad para sobreponerse y dar con la Verdad; en una palabra, en ellos se podía ver a personajes extraordinarios que daban ejemplo de todas las virtudes.

> Los santos han tenido los mismos defectos que nosotros y, tal vez, más que nosotros, ha tenido pecados gravísimos; por consiguiente, mi naturaleza ruin, mis flaquezas, mis caídas repetidas, no han de quitarme la esperanza. ¿Acaso no tenemos las mismas gracias, los mismos medios, las mismas facilidades de los santos para corregirnos, levantarnos, expiar, santificarnos? Miremos a los santos, imitemos

[53] Fernando Aliaga y Jorge Osorio, "La religiosidad popular y el Santuario de Lourdes, 1871-1908", en *Anuario de Historia de la Iglesia en Chile,* Vol. I, N° 1, 1983, p. 27

> a los santos, supliquemos a los santos y con seguridad entraremos un día en la sociedad de los santos[54].

No podemos pasar por alto el hecho que la modalidad difusional a que se circunscribieron estos folletos, más allá de las determinantes eclesiológicas más generales de la "pastoral de santuario" concebida por la jerarquía, tuvo bastante de adecuación a las condiciones sociales que disponía la mayoría de los fieles que comenzaron a acudir al lugar[55]. Detentores de una cultura religiosa más cercana al pietismo mistificado de relación "directa" con lo sobrenatural, que a la abstracción teológica o racionalista de lo divino, apelar a la narración sacrificial y heroica a base de protagonistas "de carne y hueso" –muchos de ellos, individuos humildes, al igual que los penitentes– muy probablemente podía brindar resultados más rápidos y eficaces en cuanto recurso de apresto religioso. Además, si tomamos en cuenta que las entregas disponían de formato reducido en tamaño y extensión, elaboradas con una prosa sin quiebres expositivos, y provistas de variadas ilustraciones, no es aventurado suponer la plena funcionalidad de estos productos en, a lo menos, una doble proyección: de un lado, como objeto sagrado y piadoso en sí y, por consiguiente, útil y valioso de ser tenido y transportado y, de otro, como artefacto multilecturable, susceptible de ser recepcionado e internalizado de distintas maneras, sin que se viera perjudicada su finalidad.

54 "Al concluirse el año", *Los Santos y el Purgatorio*, 133, diciembre 1914, p.4

55 Emplazado en el linde norponiente de Santiago, el Santuario acogería a numerosos habitantes pobres relativamente incorporados a la trama urbana de la capital, esto es, a familias campesinas del amplio arco rural que iba desde Colina, por el norte, hasta el Valle del Maipo, por el sur, pasando por las zonas de Maipú, Lo Espejo, Las Barrancas, el Carrascal y Renca, más los núcleos citadinos de Yungay, Barrio Estación Central, Matucana, Chuchunco y la comuna de Quinta Normal.

A inicios de 1913, la serie prolongará su nombre, pasando a denominarse *Los Santos y el Purgatorio* hasta el final de su publicación, en diciembre de 1937. Con este agregado, los folletos adquirirán claras características de boletín o revista, al incluir secciones de preguntas y respuestas, de catequesis y novedades del Santuario, además de informaciones relacionadas con las varias asociaciones de veneración que se fueron conformando con el ingente número de devotos provenientes de todos los puntos de la capital, en especial de los nuevos barrios pobres del norponiente de la ciudad[56].

Sin duda que al adicionar el purgatorio, la serie se hacía cargo de una dimensión más inmediata y sentida de los creyentes, a saber, la de sus deudos y conocidos ya muertos, de aquellos que, al decir de la publicación, conformaban la "Iglesia paciente" que esperaba pronto ser llamada al lado del Creador[57].

Esta mayor y más estable cantidad de prosélitos, a la par con proporcionar abundantes "dieces" al Santuario, importó la necesidad de contar con una diversificación de medios que materializaran e hicieran palpable el vínculo devocional, propiciándose la generación de un nutrido caudal de artículos de ofrenda y acompañamiento para el expendio: velas, escapularios, agua bendita, estampas, velos, réplicas de la gruta en piedra o yeso, medallas, rosarios, y todo tipo de recuerdos. En lo que tocaba a los editores asuncionistas, ellos respondieron no solo ampliando los contenidos lectorales ya señalados, sino también abriendo una

[56] Por ejemplo, la Asociación de Oraciones Cruzados del Purgatorio (Hombres) o la Cofradía de Nuestra Señora de Lourdes (Mujeres)

[57] "Los santos cuya vida hemos contado, son miembros de la *Iglesia triunfante* que han luchado como nosotros en la *Iglesia militante*. Hay una *Iglesia paciente* de la que debemos acordarnos, la Iglesia del Purgatorio donde se purifican las almas, en las llamas, de los últimos rastros del pecado, antes de llegar a las puertas del cielo, por la cual *nada impuro puede pasar", Ibídem*

librería de Ntra. Sra. de Lourdes e imprimiendo formatos ad-hoc al incremento del culto popular, a saber, devocionarios, hojas de oración, biografías de Bernardita Soubirous[58], novenarios, triduos, opúsculos místicos, calendarios litúrgicos, estampas de santos y Papas, órdenes de ayunos, abstinencias y fiestas de guardar, preces y jaculatorias[59].

Obras de Bernardo Gentilini según año de publicación

Total 234	Año de publicación
Spiga d'Oro, 10 volúmenes pequeños, en italiano	1902-1904
Epis Glanés, varias ediciones, francés	1904-1905
Giornata d'amore nei S. Cuore, italiano	1902
Rays of light, 6 opúsculos, en inglés	1902
Manual polígloto	1903
Diario del Alma, 6 volúmenes	1904
Chistes y verdades	1905
Haces de Luz	1910
El apostolado de la prensa. La misión de los buenos libros	1911
El libro del Superior o Superiora	1913
Leyendas y cuentos alegres	1913
El manual del educador, 2 tomos	1914
Hora Santa	1914
La catequesis	1914
El Clergyman norteamericano	1915
La ciencia del bien morir. En el ocaso de la vida	1915
Meditaciones	1915
Meditaciones para el mes	1915

58 Joven campesina francesa de la localidad de Lourdes. Canonizada en 1933

59 En 1913, los redactores de la publicación informan que, tras 5 años de existencia, la publicación disponía de 9.000 suscriptores a nivel nacional, cantidad indudablemente extraordinaria para entonces y también para hoy. Es probable que esta gran aceptación haya permitido la permanencia de la edición hasta 1937.

Charlas sobre modas y otros tópicos del mundo femenino	1916
El libro de la joven, o sea, preparación moral de la joven para la vida	1916
El libro del escolar	1916
El orador sagrado	1916
Estudio psicológico sobre el sectarismo	1916
Ilustres convertidos	1916
La fe y la ciencia	1916
La Masonería y las sociedades secretas	1916
Catecismo en ejemplos	1917
El arte de la alegría y el arte de la felicidad	1917
El libro de la mujer. Como cristiana, esposa, madre, educadora y apóstol	1917
El libro del Apóstol social	1917
El libro del sacerdote	1917
Higiene moral, o sea, la higiene del alma y la higiene de las pasiones	1917
Las grandes víctimas de la ignorancia, de la duda y de la incredulidad	1917
Manual de sabiduría y filigrana religioso-literaria	1917
Castigo a los blasfemos y otros profanadores	1918
El libro del Apóstol de la Prensa	1918
El libro del hombre varonil. Como cristiano y caballero, esposo, padre y educador…	1918
El libro del niño.	1918
Humoradas	1918
La Biblia y la Ciencia	1918
Objeciones modernas contra la fe	1918
Conferencias morales. Sobre la Providencia	1919
Doctrinas sociales	1919
Educación moral del corazón	1919
El arte de la propia ilustración y la higiene intelectual	1919
El Catolicismo y el Pontificado a través de los siglos	1919
El libro del enfermo y el atribulado	1919
La ciencia y el arte de la salud por medio de la medicina natural (Fisioterapia)	1919
La democracia cristiana	1919
La educación del corazón	1919
La instrucción laica	1919
La restauración social y religiosa	1919

Nuevas orientaciones sociales	1919
El alcoholismo	1920
El socialismo y el maximalismo	1920
Filigrana religioso-literaria	1920
La educación del niño, o sea, Paidología	1920
Secretos y consejos para felicidad y la santificación de la vida	1920
¿Es la religión la fuerza social más poderosa del mundo?	1921
Dante Alighieri	1921
De la educación y del sistema preventivo	1921
El concepto de la propiedad y los deberes de la riqueza	1921
El libro del joven, o sea, preparación moral del joven para la vida	1921
La Espiga, 9 volúmenes	1921
La lumbrera del mundo. La Iglesia en la Edad Media	1921
Orientación pastoral y organización parroquial	1921
Al margen del gran fracaso socialista y comunista	1922
Algo sobre indumentaria femenina y otros tópicos curiosos. Una cruzada de modestia cristiana	1922
Bocetos edificantes y charlas amenas	1922
Cartas a los eclesiásticos de América	1922
De la oración	1922
El ateísmo y los ateos	1922
El cine ante la pedagogía y la medicina, ante la moral y la religión	1922
El Diario de un filósofo	1922
El libro del anciano	1922
El Pan Eucarístico	1922
La incredulidad y los incrédulos	1922
La instrucción moral	1922
La sinrazón del protestantismo	1922
Santoral. Vida de los santos	1922
"Ser o no ser"	1923
¡Leed la Biblia!	1923
¿Separación o persecución? Las grandes lecciones de la historia	1923
Chistes y Verdades. Nueva serie	1923
Diario de viaje	1923
El llamamiento divino al apostolado sacerdotal	1923
El Sermón de la Montaña	1923
Episodios edificantes de la Gran Guerra	1923

Florilegio psicológico literario	1923
Hacia Roma. Ilustres protestantes convertidos	1923
Jesucristo. Su divinidad, su Iglesia, su reinado social	1923
La religión y los sabios	1923
La teoría y la práctica de la Santidad	1923
La Virgen María	1923
Novísima serie de chistes y verdades	1923
Purgatorio. La expiación de ultratumba	1923
El Anticristo	1924
El divorcio	1924
El Espiritismo	1924
El ocaso de un ídolo. Renan y su obra	1924
Ensayo sobre indiferentismo	1924
La moral laica	1924
La prensa católica	1924
Las Ordenes religiosas	1924
Manual de Apologética, o sea, Fundamentos de la Fe	1924
Manual de doctrina cristiana, 2 tomos	1924
Risas y lágrimas	1924
Alborada de la Fe. Cartas a Teófilo	1925
Daniel	1925
El baile	1925
El bandolerismo del siglo XX	1925
El católico en la acción social	1925
El católico en la vida pública	1925
El Universo. Conferencias científico-morales	1925
Isaías, si el Profeta resucitara	1925
Job. El poema del dolor humano	1925
Páginas americanas resonancias de viaje (E.U)	1925
Saetas de amor divino	1925
Tolerancia e intolerancia	1925
Una conspiración mundial judío-masónica	1925
De la mística	1926
El Eclesiastés	1926
El Espíritu Santo	1926
El Sagrado Corazón de Jesús	1926
Homilías sobre los Evangelios de los domingos	1926
Ilustres hombres de armas (militares)	1926
La libertad de enseñanza	1926

La modestia cristiana	1926
Los nuevos convertidos. Escritores y poetas	1926
Sanitas. Purificación por la hidroterapia	1926
Verdades de todos los colores	1926
Buzón de Cuestiones. Acerca del Protestantismo y otras sectas	1927
El Eclesiástico	1927
El Libro de la Sabiduría	1927
El Sermón de la Cena	1927
Ilustres creyentes	1927
La gran civilizadora del Mundo	1927
La Providencia. Consideraciones	1927
La vocación de las doncellas	1927
Los conflictos entre la fe y la ignorancia	1927
Manual de historia eclesiástica	1927
Tipos en solfa	1927
¡Plus Ultra!	1928
El huésped eucarístico	1928
Ilustres estadistas creyentes	1928
La hora de Satanás	1928
La medianera universal. La Virgen María	1928
La muerte a la luz de la fe y de la ciencia	1928
Los mártires de México, 2 tomos	1928
Manual de la primera comunión y la confirmación	1928
Mies Evangélica	1928
San Juan	1928
San Pablo, 2 tomos	1928
San Pedro	1928
Tobías. Dedicado a las familias cristianas	1928
Verdades Eternas	1928
Acerca del feminismo	1929
Curso de energética dedicado especialmente a los jóvenes. Educación de la voluntad, formación del carácter, gobierno de la vida	1929
El comunismo juzgado por sus frutos	1929
El libro de los aforismos	1929
El libro del propagandista católico	1929
El Salterio de David	1929
El teosofismo	1929
La indumentaria femenina	1929

La limosna	1929
¿Se acerca el reinado del anticristo?	1930
El arte de saber comer	1930
El gran medio de salvación. La Contrición perfecta	1930
El sigilo sacramental	1930
Homilías sobre las Epístolas de los domingos	1930
La Epístola de Santiago Apóstol	1930
La pasión de N. S. J.C.	1930
La vocación religiosa	1930
La vocación sacerdotal. El llamamiento divino	1930
Lo que hay sobre el Infierno	1930
Los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles	1930
San Judas	1930
Santificar las fiestas	1930
Tesoros espirituales	1930
Trapos al sol	1930
Buzón de preguntas	1931
De la Gracia	1931
El acto de amor perfecto	1931
El libro de las Consultas	1931
El mentalismo	1931
Filosofando desde el mirador de un filósofo	1931
La caridad fraternal. Conferencias	1931
Los Proverbios de Salomón	1931
Otros Convertidos	1931
Profecías. Acerca de los últimos tiempos	1931
Un pensamiento al día	1931
¡Venga a nos el tu Reino!	1932
Algunos famosos masones convertidos	1932
Diario de una peregrinación	1932
El Teatro	1932
Ilustres protestantes convertidos	1932
Los Místicos españoles	1932
Los siete dones del Espíritu Santo	1932
Manual de piedad	1932
San José. Su vida y sus glorias	1932
Tratado de pedagogía moral y cristiana	1932
Biografías de niños célebres	1933
Cartas a los jóvenes	1933

De las pasiones, en general y de la ira y otras pasiones en particular	1933
El Ángel de la Guarda	1933
El Salterio de la Confianza	1933
En la escuela de la experiencia	1933
Estética espiritual	1933
Estética, conferencias	1933
La respuesta de Dios a los blasfemos y profanadores	1933
La respuesta de Dios a los perseguidores de la Iglesia y sus ministros	1933
Los horrores de Rusia	1933
Un nuevo Evangelio de Paz. Predicado en 1925, Novela 2da Ed.	1933
El Diablo a la luz de la fe, de la razón y de la tradición	1934
El libro de la Niña	1934
El libro del aprendiz	1934
Historia de vocaciones célebres	1934
La presencia de Dios	1934
Por la moral en la literatura y arte. Las más palpitantes cuestiones de hoy día	1934
Por la moral social	1934
Porro Unum. La salvación del alma	1934
Un arma de combate: la prensa. Los adalides de la pluma	1934
Educación de la castidad	1935
El apostolado del sufrimiento	1935
El Cantar de los Cantares	1935
El libro de los esposos. Novios y nóveles esposos	1935
El libro doméstico y del obrero (o artesano)	1935
El Padrenuestro	1935
El sacerdote en la misa y en oficio divino	1935
Homilías sobre la liturgia de los domingos	1935
La psicología de los Santos	1935
La Santa Misa	1935
Miel sobre hojuelas	1935
Ensayo sobre la libertad	1936

Federación de Obras Católicas: *Biblioteca Religión y Ciencia*

En 1910 se llevó a cabo el primer Congreso de la Federación de Obras Católicas, FOC, debatiéndose, entre otros puntos, un amplio programa de propaganda. De su ejecución, uno de los aspectos de mayor relevancia fue la publicación de la *Biblioteca de Religión y Ciencia*, colección de 29 volúmenes en tapa dura, encuadernados en tela, con una media de 120 páginas en papel satinado. Comenzada en 1911, y luego de un silencio editorial entre los años 1912 y 1914, el caudal principal de textos se publicaron entre 1915 y 1920 (promedio de 4 libros anules), para decaer luego hasta su desaparición, hacia 1927.

Publicitada como "verdadera Enciclopedia redactada por los mejores autores extranjeros y nacionales", constituyó el conjunto de publicaciones con mayores pretensiones de literatura "científica", destinada a los sectores más instruidos del catolicismo nacional[60]. Un hecho que enfatiza este carácter, es que una docena de estos libros fueron objeto de traducción del francés, tarea cumplida por los sacerdotes Restat, Gentilini y Osvaldo Martínez.

Si bien la apologética, por técnica o por doctrina, está presente en todas estas obras, es necesario advertir que en buena parte de los autores divulgados, ella está dispuesta en función de un habla pública que prefigura la validez de un cristianismo que busca enfrentar y corregir los problemas de la sociedad moderna, en particular los relativos al sentido de lo humano, las condiciones del orden social y económico o la conciliación entre ciencia y fe, sin duda, el área temática más abundante de la colección.

[60] Cada libro se ofrecía a 1,50 pesos, y la colección completa, a 35 pesos.

Sea para denostarlas, omitirlas o interesarse vivamente en ellas, desde mediados del siglo XIX la figura de Darwin y sus ideas evolucionistas había captado la atención de naturalistas, escritores y políticos locales. Sin embargo, sólo para comienzos del XX fue que esta significación adquirió mayor relevancia pública por las implicancias que ellas tenían respecto de los cambios que se propiciaban en los programas educacionales. Si a esto añadimos la difusión de otras tendencias cientificistas ligadas a Comte, Lamark, o Spencer, se configuraba para aquellos años un cuadro de emplazamientos que urgió a los intelectuales católicos a tener que remozar los preceptos tradicionales de la fe y sus posibilidades de explicar el origen de la vida.

Así, por ejemplo, junto a las ediciones de Chateubriand[61], J. Gaume[62], Bougaud[63] o Lenfant[64] –escritos de antropología filosófica de dogmática razonada y subjetivada– hallamos otros de debate cosmogónico (Saint Ellier[65], A. Vicuña[66], J. Restat[67], C.N. Paulesco[68],

[61] Perteneció a la reacción romántica francesa contra el Iluminismo y la Revolución. A su juicio, únicamente el Cristianismo explicaba el progreso de las Letras y el Arte porque era excelente en sí

[62] Presbítero catalán de medidos del siglo XIX, sus principales obras versaron sobre moral fundamental o religiosa

[63] Obispo de Laval, Francia, en 1886. Quiso adaptar las explicaciones de los dogmas y preceptos de la Iglesia a los desafíos intelectuales de su época, pero sin sacrificar la doctrina católica.

[64] Es probable que corresponda a Maur de l'Enfant-Jésus, teólogo y místico francés del siglo XVII, de quien Michel de Certeau hiciera un artículo publicado en *Revue d'ascétique et de mystique*, 139, julio-septiembre, 1959

[65] Apologista francés del siglo XIX; debatió intensamente en contra de las teorías evolucionistas de Darwin y Spencer

[66] Alejandro Vicuña Pérez, presbítero. Fue director de la Biblioteca Nacional entre 1932 y 1935. Sus inquietudes intelectuales le permitieron incluso viajar a la Unión Soviética en 1931, dando una extensa entrevista a su regreso a la *Revista Claridad*

[67] Presbítero, participó activamente en la fundación de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos, ANEC, en 1921

[68] Médico y científico rumano. Hizo importantes avances en el estudio de la diabetes. Falleció en 1931

CDZ[69]) o de teodicea cristiana (Freppel[70], Augier[71], Merino[72], Gentilini). Con preocupaciones de orden social-contemporáneas, aparecieron los trabajos de Juan Enrique Concha[73], P.C. Rutten[74], Abate Canet[75] y Gilberto Fuenzalida[76]. Por último, con Vergara Antúnez, B. Gentilini, Osvaldo Martínez[77] y Ramón Merino, concurrirán el ensayo, la crítica literaria y la creación.

Casa del Pueblo: *Biblioteca Científica Popular*

En el bienio 1918-19, la Casa del Pueblo[78] (calle Salas 208) publicó una serie de 13 folletos dirigidos preferentemente al artesanado y asociaciones obreras de filiación católica. En este sentido, el contenido recurrente de los mismos combinó elementos de análisis de la estructura social chilena, reformas económicas e

[69] Iniciales sin datos

[70] Obispo, lideró en Francia, a fines del XIX, las posiciones del catolicismo social moderado

[71] Sin datos

[72] Presbítero. Su obra más conocida, Voltaire (respuestas a Zapata), obedece a una polémica en torno a los fundamentos divinos del hombre y la naturaleza.

[73] Político e intelectual conservador (1876-1931). Destacado exponente del catolicismo social de comienzos del siglo XX en la línea del sociólogo francés Frédéric Le Play que postulaba el refortalecimiento de las instituciones intermedias de la sociedad como manera de rebatir al liberalismo y al socialismo.

[74] Fray Georges Rutten, (también Ceslao ó Ceslas), dominico y sociólogo, tuvo una destaca participación en el movimiento obrero de Flandes y Bélgica durante la primera mitad del siglo XX

[75] Clérigo francés destacado por sus trabajos sobre la libertad de conciencia en los cristianos a partir de las Encíclicas de León XIII

[76] Sacerdote diocesano y Obispo de Concepción (1918-1938), militó en el sector más conservador de la Iglesia

[77] Presbítero, se abocó especialmente a la creación y difusión de literatura infantil

[78] La Casa del Pueblo se creó en octubre de 1917. Asociada a la Federación de Obras Católicas, su quehacer organizacional pretendió rivalizar y disputar al anarquismo y comunismo la influencia entre los trabajadores urbanos de Santiago, Valparaíso y otros puntos del país. Con relación a esto, impulsó la Gran Confederación Sindical del Trabajo, a fines de 1920. Su domicilio de la calle Salas, era el mismo que, décadas antes, había pertenecido a la Asociación de Obreros Católicos, presidida por Domingo Fernández Cocha, según nos informa Abdón Cifuentes, *Memorias*, Santiago, Nascimento, 1934, Vol. 2

institucionales en el ámbito del trabajo y orientaciones de organización sindical cristiana.

De formato 12x15 centímetros, con un máximo de 60 páginas, esta *Biblioteca Científica Popular* tuvo como autor principal al presbítero Guillermo Viviani, seguido de Miguel Claro y de Eloy Rosales, directivo de la Casa.

La Biblioteca y sus contenidos apuntaron a dar a conocer las doctrinas sociales de la Iglesia, materia que, según Viviani, no se daba a conocer adecuadamente ni siquiera por la prensa propia: "creen algunos que los obreros las entenderán mal y serán socialistas (…) mientras, los obreros católicos permanecen con los ojos vendados, sin ideales, como hipócritas aduladores de la clase alta (…) La verdad no debe ser jamás privilegio de castas. Conviene enseñarla toda entera y a todos, patrones y obreros"[79].

De las tres tendencias que cohabitaban entre las filas católicas del mundo –liberal, reformadora y demócrata cristiana– este autor se aparta de las dos primeras por estimar que los cambios sociales deberían considerar, de manera prioritaria, la actuación de los trabajadores y su organización sindical, debiendo el Estado entrar a cumplir un rol activo para "colaborar con los pobres y sujetar a los ricos". A exponer ampliamente sus puntos vista –extraídos, según él, del movimiento demócrata cristiano belga–, dedicará todos sus folletos.

Título Folleto	Autor
Nuestras clases sociales	G. Viviani
La Cuestión Social en Chile	G. Viviani
La Democracia	G. Viviani

[79] Guillermo Viviani, *Las Escuelas Sociales Católicas*, folleto n°4, Biblioteca científica popular, Santiago, 1919, p. 3

Las Escuelas Sociales Católicas	G. Viviani
La evolución social en Chile	G. Viviani
El Sindicalismo	G. Viviani
¿Cómo se organiza un sindicato?	G. Viviani
El concepto de la propiedad y la Doctrina Pontificia	G. Viviani
Nuestras Clases Obreras	Eloy Rosales
La Educación Sindical, 1	Miguel Claro
La Educación Sindical, 2	Miguel Claro
Lo que debe saber un sindicalista	G. Viviani
La propaganda social	G. Viviani

Pero 1918 no sólo vio aparecer esta Serie. A la par –como demostración de la energía y dedicación que Viviani y sus seguidores de la Casa del Pueblo entregarían a la causa del sindicalismo confesional– se pondría en circulación *El Sindicalista* (vocero mensual donde se reprodujeron varios de los folletos señalados), y comenzaría sus cursos la *Academia Científica*, espacio instructivo semanal articulado sobre tres materias: Derecho Público; Sociología o Ciencias Sociales, y Filosofía "realista".

Esta actividad, más la difusión editorial, fue la forma por la cual se buscaría diferenciar y construir la imagen del obrero y sindicalista cristianos: ciudadanos que, en contraste con la "verborrea e irresponsabilidad de los líderes anarquistas y maximalistas" –el otro a desacreditar–, eran "obreros intelectuales", esto era, personas preparadas, conocedoras de la realidad del país, de sus instituciones políticas y legales y, por tanto, mejor habilitadas para producir y dirigir la organización de los trabajadores[80].

80 "El socialismo sólo enseña a destruir: destruye la fe, destruye la familia, destruye la propiedad, destruye la libertad humana (…) Construir, edificar sobre la base de lo ya obtenido, he ahí lo difícil, he ahí la misión futurista del sindicalismo católico (…) La misión del sindicalismo es procurar un mayor bienestar limitado, porque otro no

La funcionalidad de este discurso, sin embargo, no hizo del grupo de la Casa del Pueblo un sector políticamente conservador. Al contrario, compartió con las organizaciones socialistas visiones y propuestas en torno al rol de los trabajadores en la sociedad moderna y las reformas económicas y políticas que era necesario emprender. Celosos, por cierto, de su base doctrinal –como toda la prensa católica de la época– ello no fue óbice para que emprendieran una interpretación del Verbo desde la sensibilidad de un "Cristo obrero" que, a su juicio, llamaba a los trabajadores a labrar su propio bienestar[81].

Viviani, Rosales y los dirigentes de la Confederación sindical del Trabajo –entidad en la que pronto haría sus primeras armas el joven católico Clotario Blest[82]– al hacerse eco de la enseña socialista: "la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos", defenderían el corporativismo sindical como la estrategia que los trabajadores debían desarrollar en aras de incidir en el reordenamiento de la vida pública, en un horizonte que guardaba mucha relación con lo que, poco tiempo antes, había expuesto Luis Emilio Recabarren en su Proyecto de Constitución Federal para Chile.

es posible en la tierra"; G. Viviani, *El Sindicalismo,* Biblioteca Científica Popular, Casa del Pueblo, Santiago 1919, p. 3

81 Esta postura estuvo a la base del conflicto que hasta el advenimiento del primer gobierno de Ibáñez, sostuvo el núcleo de la Casa del Pueblo en contra de la Confederación de Sindicatos Blancos, instancia que tildaron de patronal y proclive al Partido Conservador

82 Apoyado por los sacerdotes Viviani y Vives, el catolicismo obrero-popular tuvo en el grupo *Germen* (y su periódico de igual nombre) una de las más nítidas expresiones en la década de los años 30. C. Blest fue el principal animador de esta organización.

Sociedad de Cultura Católica: Editorial *Splendor* (Jesuitas)

La Sociedad de Cultura Católica (SCC)[83], obra seglar de las Congregaciones Marianas nucleadas en el Colegio San Ignacio (calle Alonso Ovalle)[84], dio inicio, en agosto de 1932, al sello Editorial Splendor.

La decisión obedeció a la necesidad de dar sustento al giro comercial de librería que poseía desde 1924[85]. Los problemas de liquidez suscitados por la crisis internacional de los años 1929-31, habían afectado la principal vía de provisión de los libros que ofertaba, nos referimos a las importaciones desde España y Francia, volviéndose imperioso, en consecuencia, contar con ediciones de factura propia, si bien la autoría siguió siendo mayoritariamente externa.

Tener que incurrir en esta "sustitución de importaciones", condujo a los participantes de la SCC a un plano de exposición pública que, tal vez bajo otras circunstancias, habrían preferido evitar. Con esto quiero decir que revisar hoy la producción editorial de Splendor, en buena medida nos remite al tipo de inquietudes e intereses político-ideológicos que se dieron cita entre los componentes de la dicha Sociedad, instancia que reunió a un conjunto altamente notable de creyentes del tradicionalismo católico chileno[86].

83 Creada en octubre de 1929 como sociedad comercial de libros e impresos

84 Las Congregaciones Marianas correspondieron a una asociación laical de inspiración ignaciana. Su origen se remonta a la propia fundación de la Compañía de Jesús por parte de San Ignacio de Loyola. Supervivientes a la supresión de la Compañía en el siglo XVIII, tendrán una existencia con variadas alternativas como obra apostólica hasta su completa refundación –en calidad de Centros de Vida Cristiana– a mediados del siglo XX.

85 Librería Efemérides Marianas hasta 1929; luego, Librería de Cultura Católica. Con la creación de la Editorial, en 1932, su nombre será Librería y Editorial Splendor. Su domicilio fue Alameda 1626, lugar ocupado hoy por Ediciones San Pablo.

86 El primer Directorio de la Sociedad de Cultura Católica, estuvo compuesto por, Presidente: Javier Eyzaguirre E.; Vicepresidente: Eduardo Covarrubias Valdés; Censor Eclesiástico: R.P. José Francisco Correa; Tesorero: Luis Bascuñán Valdés; Secretario:

Sea como fuere, lo concreto es que impelidos por la situación financiera, pero también alarmados por los hechos sociales y políticos de inicios de los años 30, acometieron la tarea de colaborar con la obra de salvación de la fe y la de Iglesia –y, con ello, del orden social que apreciaban– a través de la propagación de lecturas que estimaron imprescindibles como forma de combatir "los estragos de tanta literatura destructiva e impía".

Su visión de mundo, así como el rol social que se auto asignaban como hombres de fe, quedaba de manifiesto en las palabras de uno de los congregantes.

Para Alfredo Barros Errázuriz, la renovación cristiana de la sociedad chilena debía comenzar por la constitución en cada parroquia de una "élite", de un grupo de católicos escogidos que, con plena sujeción a la jerarquía eclesiástica, debían colaborar en la tarea que consideraban "la más urgente de la hora presente": el resurgimiento de la vida cristiana, forjando en cada pueblo del país, ciudadanos morales y religiosos. Las Congregaciones Marianas y sus realizaciones, siendo expresiones de tal élite, estaban llamadas a aportar a este fin, coadyuvando, en consecuencia, a la realización de los designios del Creador. Citando al Obispo de Versalles (Monseñor Gibier), concluía:

> Del seno de la masa inerte, y en apariencia muerta, se suscita un hombre y, más a menudo, una Elite,

Roberto del Río S.A.; Consejeros: Manuel Correa V. y Arturo Anthony
La nómina de socios fundadores –entre los cuales hubo varios presbíteros– incluyó a Ventura Blanco Viel, Javier Eyzaguirre E., Joaquín Echenique, Manuel A. Covarrubias, Manuel Foster Recabarren, Vicente Valdés Bascuñán, Eduardo Covarrubias Valdés, Alfredo Barros Errázuriz, Luis Eguiguren Valero, Arturo Ureta, Horacio Valdés Ortúzar, Luis Lira Luco, Arturo Anthony, Roberto del Río, Pero Lira Urquieta. Señoras Juana Ossa de Valdés, Elena Roberts de Correa, Juana Solar de Domínguez, Adela Edwards Salas, Luisa Hoffmann de Wightman, Sara Campino de Morandé, Teresa Valdés de Salas, Elena Montt de Correa, Sara Ortúzar de Vicuña, Rosa Prats de Ortúzar, Rosa Errázuriz de Larraín, y Señoritas Adriana Echeverría Reyes, María Zegers Baeza, Sara Covarrubias Valdés, Elisa Errázuriz, Emilia Sánchez Santa María, Emilia Grez Cerda. "Sociedad de Cultura Católica", *Efemérides Marianas*, 127, Santiago, octubre 1929, pp.289-291

> es decir, un grupo de hombres que obrando poco a poco, penetra, persuade, arrastra y vivifica a la muchedumbre. La salvación por medio de la Elite: tal es el orden general de las cosas y la ley providencial de la historia del mundo[87]

En lo que había sido una de sus acciones más distintivas –la difusión de las buenas lecturas como modo de cristianización de la sociedad– esta élite marianista emprendió la gestión de dar a conocer "aquellas voces autorizadas" que se alzaban en defensa de la religión, la familia y el Estado, entregando a "todos los que habían tomado en sus manos el revolver suicida del libro romántico, liberal o bolchevique", la oportunidad de conocer "a los escritores modelo", es decir, a aquellas plumas que nada tenían que ver con "los funestos estragos que los malos libros han provocado entre los individuos y las naciones"[88].

De manera más implícita que explícita –pues no hubo entre las declaraciones de la Sociedad y su Editorial indicaciones más amplias sobre qué se debía entender por "escritores modelo"– este emprendimiento construyó un catálogo de obras altamente homogéneo en su temática y público destinatario. Existiendo, respecto de esto último, la intención de diversificarlo, su apertura editorial quedó siempre circunscrita a una línea doctrinal conservadora, como queda de manifiesto al publicar generalmente obras de pietistas europeos de la segunda mitad del siglo XIX. También, su asomo al catolicismo social, no logró sobrepasar la línea de la preocupación moral por la cuestión social, apreciación que, con el transcurso de los años 30, fue volviéndose

87 Alfredo Barros E., *La Salvación por la Elite,* artículo publicado en julio de 1928 por la Revista Efemérides Marianas, p.4.

88 "Las malas lecturas", *Boletín bibliográfico de la librería y editorial "Splendor"*, 4, Santiago, septiembre-octubre 1935, p.1

más política y propositiva por parte de otras expresiones del catolicismo[89].

La *Serie Social* y la *Serie Moscovita,* además de *Hojas de propaganda* fueron los productos inaugurales de Splendor. Según propia mención, estos folletos pretendían "orientar a sus lectores, en estos días de tan honda perturbación ideológica y social, dentro de la Doctrina Católica y las normas pontificias". De modo especial, la *Serie Moscovita* estaba destinada a "estudiar e ilustrar sobre la revolución rusa y el bolcheviquismo en sus diferentes expresiones"[90], en tanto que las *Hojas,* se anunciaba como una propaganda "totalmente popular" para que "derramarse en la clase obrera, contrarreste la propaganda antirreligiosa y comunista que con tanta intensidad se hace en nuestro país"[91]

El despliegue de esta actividad con sus respectivos retornos económicos, sumada a la ampliación de capital que acordara la Sociedad en 1933, fortaleció a Splendor, propiciándose la circulación de nuevas series y colecciones. Hasta 1937, hemos identificado las siguientes: *Novela Splendor*; *Libros de piedad*; las series infanto-juveniles *Vida de Santos, Cuentos que enseñan* y *Narraciones bíblicas* y la colección de lecturas para obreros: *Cuadros proletarios,* reedición en tres volúmenes de las *Hojas de Propaganda*

Fuera de colección, se editaron numerosas monografías que mezclaron obras apologéticas con otras de carácter histórico, sociológico y político. Finalmente, para 1938,

[89] Queremos enfatizar que nuestras opiniones se refieren expresamente a la función editora o de publicaciones de la Sociedad y Splendor, y no así a su área de librería, espacio donde, por el carácter comercial de su gestión, encontramos una apertura autoral y temática superiores al catálogo estrictamente editorial. Al final de este apartado damos a conocer un listado diverso de las publicaciones de Splendor.

[90] "La Editorial "Splendor". Un paso de avance de la Sociedad Cultura Católica", *Efemérides Marianas*, 158, agosto 1932, p. 298

[91] Ibídem

la Editorial anunciaba la aparición de dos nuevas colecciones: *Documentos Pontificios* y *Folletos de la Acción Católica*.

Series y colecciones *Splendor*

Desde un punto de vista global[92], con una guerra mundial ya concluida y otra en vísperas de iniciarse, la causa de los conflictos sociales que caracterizaban la época radicaba en el odio de clases inoculado por el modernismo individualista. Si bien la separación entre ricos y pobres era un hecho indesmentible a través de la historia, su recrudecimiento y ninguna solución, derivaba del olvido de Dios. Hasta el siglo XVIII, empleados y patrones habían sabido convivir a base de la aceptación de sus lugares en la sociedad y de las responsabilidades que a cada uno le correspondían en beneficio mutuo, conformando verdaderas familias. Pero el aumento de la riqueza y el arribo de las sociedades accionarias y de capitales, rompió aquella armonía desatándose las rivalidades. Desapareció el contacto directo entre capital y trabajo, ya nadie conocía a nadie, factor que gatilló los prejuicios y arbitrariedades. La industria moderna había quebrado las antiguas solidaridades de gremios y cofradías. Los mayores perjudicados habían sido los obreros, acumulándose en ellos la desconfianza. Abierto el abismo social, los trabajadores debían de todos modos comprender que por medio de huelgas y protestas sólo obtendrían más daño.

Descartadas por impías y erróneas las fórmulas que les ofrecían el liberalismo y el socialismo, sólo la "escuela

[92] Aludimos aquí a varios de los folletos de la Serie Social, en particular, E E, *La Escuela Social Católica*; R. V. Ugarte, *La lucha de clases y su verdadera solución*; C.G. Rutten, *La Doctrina Social de la Iglesia*; P. Laburu, *Deberes sociales de los católicos*. Por su talante magisterial, la colección de estos folletos estuvo destinada por sobre todo al público comprometido con la acción social católica

del catolicismo social" podía brindarles las orientaciones necesarias a sus intereses por estar basada en el amor, la moral y la sana doctrina de Cristo. La opinión de escritores, obispos y dignatarios de la Iglesia Católica europea, además de la profusa citación de Cartas, mensajes y Encíclicas papales, abundan en los textos de la *Serie Social* de Splendor[93]. A fin de cuentas, como lo indica en sus conclusiones el sacerdote Huneeus, "como naturalísima consecuencia" de la divulgación de estos escritos, se buscaba "convencer a esos miles de obreros, hoy apartados de nosotros y en lucha abierta contra la Iglesia, de que nadie como el catolicismo proclama, defiende y tutela los derechos de todos, de manera especialísima, los de las clases más infortunadas"[94]

En mismo plano de objetivos, la *Serie Moscovita* estuvo dirigida a la crítica de la URSS y la actuación internacional del comunismo. Nutrida de autores europeos que inicialmente habrían sido simpatizantes o partidarios de la Revolución Rusa, el cuestionamiento pone su acento en un ámbito particularmente llamativo a los fines de la contienda ideológica: el de los resultados y consecuencias sociales del experimento bolchevique, signado por la ineficiencia, el burocratismo, el hambre y la condena al trabajo forzado de millones de soviéticos. Al tenor de tales efectos –descritos por conocedores de la cultura eslava o por ingenieros que habían visitado recientemente Rusia– la intención editorial cursaba por la necesidad de desalentar –a riesgo de caer en males mayores– las expectativas que se habían generado entre los sectores obreros e intelectuales del país con motivo de la Revolución de Octubre[95].

93 Entre otros, Le Play, Conde Alberto de Mun, Monseñor Ketteler

94 Alejandro Huneeus Cox, *Sociología cristiana*, Serie Social 2, Splendor, Santiago, 1932, p. 6

95 Sobre esta finalidad desalentadora, resulta muy decidor que la serie dispusiera de ilustración de portada para todos sus fascículos consistente en una familia (padre,

Con una intensidad un poco menor a los retratos de pobreza y atrasos que predominan en esta Serie, los atropellos a la vida cultural y religiosa del pueblo ruso también tuvieron su espacio en estos folletos. Las referencias –especialmente claras en *Las fuerzas espirituales de Rusia*– tenían por finalidad no sólo caracterizar la persecución a las ideas y creencias que realizaba el "ateísmo bolchevique", sino, por sobre todo, colocar a la religión y sus ministros como la única fuerza capaz de enfrentar "a la canalla roja".

A base de situaciones pretendidamente habituales o cotidianas en la vida del trabajador urbano, *Hojas de propaganda* constituyó un conjunto de viñetas que giraron en torno a fisonomías fuertemente caricaturizadas y maniqueas: el sacerdote o la monja, comprensivos pero incomprendidos; el obrero católico, justo y obediente; el obrero comunista, vicioso y fanático; el dirigente comunista, perverso y aprovechador; y, en general, el trabajador sin filiación religiosa o política, resultaban ser personajes ingenuos, carne de cañón de los pervertidos.

Las escenas se ambientan en conventillos, lugares donde "las sagradas funciones de los religiosos" eran objeto de mofa y ridículo, cuando no de amenazas de agresión física. A la piedad y asistencia de los curas para con huérfanos y moribundos, se responde con la malicia y el robo por parte de muchachos comunistas que no vacilan en desvalijar la casa de su madre recién muerta con tal de satisfacer sus vicios y aportar al partido[96].

madre, hijo) de rostros enjutos y miradas resignadas, abrigados por escuálidas telas que se levantan por lo que aparenta ser el frio viento de la estepa. La ilustración, que tiene de fondo la clásica cúpula de una iglesia ortodoxa, es de color rojo.

96 "Todavía no tenía treinta años cuando mi esposo me abandonó, se fue al norte… me quedaron dos hijos de muy corta edad…se reunían con malas compañías: han estado presos, el mayor se ha hecho comunista…y hoy me encuentro sola, enferma… sin tener a quien volver mi vista, sino a Dios y a la Virgen del Carmen", "Tres Palomillas", en *Cuadros Proletarios*,1, vol.1, Splendor, Santiago, 1937, p.4

Otras historias transcurren en reuniones de sindicatos rojos –las que se realizan siempre en bares y billares– donde vociferantes dirigentes llaman a la expropiación de los ricos y, una vez concluidos los *meetings*, se encierran en reservados a comer los mejores platos con los mejores vinos. En ocasiones, en medio de declamaciones revolucionarias, estos líderes son desenmascarados por valientes obreros católicos o por desconocidos familiares del dirigente, quienes les enrostran haber abandonado el hogar, dejando a su madre (o esposa) e hijos (o hermanos) en la miseria y el hambre[97].

La publicación de cartas, entrevistas y crónicas de "chilenos recién llegados de la Unión Soviética", componen otros cuadros de "amena lectura", con las conclusiones esperadas: los retornados –entre los que se encuentra un militante comunista chileno– dan a conocer su desencanto, hastío y arrepentimiento de haber creído ciegamente en las bondades del bolcheviquismo[98].

97 "-Ya lo veis –decía el camarada– en cuanto llega el día de la "fiesta del trabajo" los burgueses se meten en sus casas, que pronto serán nuestras, y escuchan temblando nuestros pasos…¡Qué se harán el día de las definitivas reivindicaciones y de las venganzas!...Arremetió luego el orador contra la aristocracia, contra el Clero, contra la burguesía, contra la propiedad, contra Dios, contra los ricos…-Cuando llegue el día de nuestro triunfo, ellos no podrán gustar ni una migaja, pálidos, extenuados, sufrirán las peor de todas la muertes…¡Morirán de hambre!...
-¡Como murió tu madre después de haberla abandonado!-…Estas palabras estallaron en medio de la platea…sí, tú, que debiste ser el sostén de nuestra madre y cinco hermanos, vendiste cuanto había en la casa al morir nuestro padre y desapareciste para gastarlo en vicios, mientras tus hermanos imploraban la caridad pública y tu madre moría de hambre…¡Miserable!, ahora que te he encontrado, puedo decírtelo delante de este pueblo al que seguramente explotarás para vivir y gozar como viviste de la sangre de tus hermanos…mírame bien, yo soy tu hermano Enrique!" "El 1° de Mayo", en *Cuadros Proletarios*,7, Splendor, Santiago, 1937, p.47

98 "En las ciudades en que he residido reina la miseria más espantosa. Todo aquel que por algún motivo no puede trabajar, se muere de hambre…la ley del trabajo forzado impera de forma tiránica y el que la infringe se expone al castigo de los funcionarios del Gobierno" "Lo que cuenta un comunista chileno que vuelve de Rusia, en *Cuadros Proletarios*,5, Santiago, Splendor, 1937, p. 31

Por su parte, los obreros católicos, reunidos en sus casas o locales del gremio, extraen "estupendos" programas de acción una vez leídas las Encíclicas papales[99]. Debaten con partidarios del divorcio y los convencen de los males que ello implica (ruina de los hogares, niños delincuentes, alcoholismo, suicidio entre los separados). Organizan veladas, celebran Pascua, leen Historia Sagrada. Con su palabra y gestos, realizan la conversión de no pocos "comecuras"

Las nuevas generaciones, niños y adolescentes, también fueron un público previsto por Splendor. En una época de variados impresos dirigidos a ellos, con mensajes y sugerencias imaginarias que despertaban las sospechas del tradicionalismo católico, las series puestas en marcha por la Sociedad de Cultura Católica propusieron un arquetipo de infantes dóciles y piadosos, recogidos en todo instante a los sabios y maternales cariños de "ambas madres", la del cielo –la Virgen María– y la más inmediata del hogar.

> Había un condesito bueno como un ángel, y noble como un rey, que era el orgullo y la esperanza de sus padres. Una educación brillante había perfeccionado los sentimientos de su corazón y las ideas de su mente (...) Habíale inculcado su piadosa madre una profunda devoción a la Virgen Santísima, cuyo escapulario traía siempre consigo. Llevábale, cuando niño, ante un altar de la Purísima, y le enseñaba a invocarla con el dulce nombre de Madre. Así fue que el amor de esta madre del cielo y el de su madre de la tierra crecieron juntos en el corazón del niño (...)[100]

99 "Redactando un programa de Doctrina Social", *Cuadros Proletarios*, 1, Vol. 2, Santiago, 1937, pp. 3-9

100 Padre Luis Coloma, *Las dos madres*, Cuentos que enseñan, 13, Santiago, Editorial Splendor, 1936, p.14

Los niños y niñas de estos relatos siempre debían enfrentar los desafíos de su crecimiento, ocasión en que, por perder la pureza de su corazón, desobedecer a sus padres o dejarse llevar por amistades inconvenientes, padecían sufrimientos y soledades que únicamente podían superar volviendo la vista al cielo y al seno hogareño. El desenlace no era distinto cuando la causa de las penas juveniles tenía que ver con la soberbia y engreimiento en que caían los adolescentes producto de llenar sus mentes con fantásticas suposiciones mundanas[101].

Se trataba, como vemos, de narraciones "que enseñaban", aleccionadoras y ejemplarizadoras, destinadas a pedagogizar cristianamente la vida: ya otros niños y jóvenes, similares a los de nuestro tiempo, habían transitado por "las espinas de la existencia" dejándose seducir por las muchas tentaciones de la pasión. Pero en el apogeo de la congoja y la aflicción a que habían arribado por ese camino, tuvieron la oportunidad de reivindicar su alma y "acercarse a Dios con humildad, a pesar de la grandeza de sus culpas" (Serie *Vida de Santos*).

Con un cariz más alegórico, aunque no sin situaciones dramáticas que permitían el acceso a la luz, los escritos de Berthé –*narraciones bíblicas*– o la colección *Novela Splendor* perseguían el "despertar vocacional y apostólico" entre la juventud, en particular de los alumnos de los colegios católicos, por medio de la apelación a historias de heroicidad y abnegación protagonizadas por cristianos antiguos o recientes, "verdaderos modelos de vida y de

[101] Los hechos acontecidos a los niños y jóvenes eran siempre situaciones límite o traumáticas: orfandad, hambre, pobreza, cárcel, maltratos por parte de adultos. No menos extremas, a la vez, resultaban las experiencias de su conversión o vuelta a la fe: apariciones de santos o vírgenes, realización de milagros por medio de mortificaciones y oraciones, etc.

virtud" (folleto *Las clases populares en la Roma imperial*; novelas *Vicentinho, Vida íntima y muerte admirable de Arturo de la Taille*).

Por su parte, obras como *Bienvenidas a Jesús, Las memorias de Mamá Blanca, La Cruz Azul*, o *Mi Conversión* fueron ofrecidas a la juventud –y al público general– como manera de contrarrestar la disposición secularizadora y anticlerical de un mundo moderno que -según estos editores– "había roto los lazos de la tradición, los mismos que hubieran garantizado un gradual acceso de las masas incultas hacia estadios superiores de racionalidad, espiritualidad y progreso moral"[102].

Serie Social

Título	Autor	Año
La Escuela Social Católica	E. E.	1932
Sociología Cristiana	Pbro. Alejandro Huneeus	1932
La lucha de clases y su verdadera solución	R V Ugarte	1933

102 Otros títulos publicados por Splendor hasta 1935, fueron:
- Sobre nuestras crisis política y moral, Agustín Zegers
- La Constitución de 1833. Ensayo sobre nuestra historia constitucional de un siglo, Antonio Huneeus Gana
- El silabario del cristianismo, Mons. Francisco Olgiati
- Jesucristo. Puntos sociales de su doctrina, P. José A. de Laburu
- Jesucristo es Dios, P. José A. Laburu
- Bienvenidas de Jesús, Madre Loyola
- Piedad y Liturgia, Pbro. Manuel Larraín
- Homilías sobre los Evangelios, Luis M. Acuña
- Elementos de pedagogía y metodología de la enseñanza de la religión, A. Uribe
- Para reconstruir la sociedad, A. Bessières
- Jesucristo y el matrimonio, P. Laburu
- Etiopía y la guerra ítalo-etíope, Antonio Bermúdez
- Un programa social cristiano, Joaquín Azpiazú
- El divino impaciente, José María Pemán
- Cristo ante los gobiernos de Argentina y Brasil, Cardenal Pacelli
- La crisis de la pubertad, Alberto Hurtado, s.j.
- México Mártir, Rioja

La propiedad y el salario	C G Rutten OP	1933
La Doctrina Social de la Iglesia	P G – C. Rutten	1933
El cristiano, hombre de acción	Alberto Mahaut	1934
Balmaceda y el parlamentarismo en Chile 2. Vols	Ricardo Salas E.	1934
El divorcio, cáncer de la sociedad	Arturo M. Bas	1934
El visitador del pobre	Concepción Arenal	1934
Las clases populares en la Roma imperial	Paul Allard	1934
Sobre la educación cristiana y la enseñanza en Chile	Agustín Zegers	1934
La responsabilidad del cristiano		1935
Deberes sociales de los católicos	P. Laburu	1935
Doctrina de la castidad	P. Alberto Hurtado	1936
Jesucristo en su obra		1936

Serie Moscovita

Título	Autor	Año
Las fuerzas espirituales de Rusia	Maurice Paleologue	1932
Así es Rusia	Johann Philipp	1932
En el Kremlin rojo	S. Dmistrievsky, J. Jacoby, L Douillet	1933
Las maravillas del plan quinquenal	J. Rossaketvitch	1934

Series Infantiles y Juveniles.
Vida de Santos

Título	Autor	Año
San Luis Gonzaga	s.a.	1933
San Juan Bosco	P. Gheon	1933
San Estanislao de Kotska	Vicente Carrera, s.j.	1934
San Juan Berchsman	Luis Ramírez s.j.	1934
Ntro. Señor Jesucristo	P. Carbonel	1934
Vida de Santa Teresita del Niño Jesús	C. Benoville	1935

Colección Narraciones Bíblicas del Redentorista P. Berthé

Título	Año
Saúl	1933
Adán y Noé	1933
David	1934
Salomón	1934

Serie Cuentos que enseñan de A. Hublet s.j.

Título	Año
Su sangre sobre nuestros hijos	1933
Por un Reino	1933
Reloj de acero	1933
Nunca lo olvidaré	1934
El primer salvaje	1934
En el bosque	1934
El Yate Malva	1934
La victoria de la campana	1934
En el fondo de la mina	1934
El solitario	1934
Prisionero en la Torre de Yedra	1935
Martita vio los Reyes Magos	1936
La conversión del lobo de Gubio	1936
Tafilete	1936
Chispita, campanero	1936
En el bosque del conde	1936
Los dos náufragos	1936
La tórtola y el bárbaro	1937

Hojas de Propaganda

Título	Año
¡Abajo los curas, mueran los frailes!	1932
La Carmelita	1932
El 1° de Mayo	1932

La venganza de los frailes	1932
¡Esas Monjas!	1933
En el salón comunista y en el bar	1933
Lo que cuenta un comunista chileno que vuelve de Rusia	1933
La religión no da de comer	1933
¡Divorcio!	1934
Lo que dice un sacerdote ruso	1934
¿Existe Dios?	1934
Monjas y obreros	1935
¡Eso me gusta!	1935
Cristo obrero	1935
Cristo y los obreros	1935
Pueblo, te engañan	1936
Pueblo, te embaucan	1936
La cuestión Social	1936

Novela Splendor

Título	Autor	Año
Una corrida de toros en Madrid	E. Sienckiewicz	1932
Las memorias de Mamá Blanca	Teresa de la Parra	1932
La Cruz Azul	G K. Chesterton	
Vicentinho	M E Celso	1933
Vida íntima y muerte admirable de Arturo de la Taille	s.a.	1933
Mi conversión	Eva Lavalliere	1933
Un divorcio	Paul Bourget	1934
Fabiola o la Iglesia de las catacumbas	Wiseman	1934
Ángela	Conrado Bolanden	1934
Calvario y Corona	Isabel Rodríguez de Linares	1935
Chrestos	H. Dupuy Mazuel	1935

Libros de piedad

Devocionario para todos	P J Francisco Correa	1933
Misa dialogada		1934

Novena de Cristo Rey	Sacerdote s.j.	1932
Oficio Parvo de la S. Virgen		1935

Colección Documentación Pontificia (comenzaba en enero de 1938)

Diuturnum illud, sobre el origen del poder, León XIII
Inmortale Dei, sobre la constitución cristiana de los Estados, León XIII
Libertas, Encíclica, sobre la libertad humana y el liberalismo radical
Documentos de la condenación de la *L'Action Francaise*
Rerum Novarum, Encíclica, León XIII
Quod Apostoloci, Encíclica, contra las sectas socialistas, León XIII
Graves de Communi, Encíclica, León XIII, sobre la Democracia Cristiana
Carta condenatoria de *Le Sillon*, Pio X
Normas de la Santa Sede sobre Sindicación Católica
Quadragessimo Anno, Encíclica Pío XI, sobre la restauración del orden social conforme a la ley evangélica, 1931
Arcanum Divinae Sapietiae, Encíclica León XIII sobre el matrimonio cristiano
Casti Connubi, Encíclica Pío XI, acerca del matrimonio cristiano
Divinis Illius Magistri, Encíclica, Pío XI, sobre la educación cristiana de la Juventud

3.

Publicaciones Periódicas: Revistas y Boletines

Los medios principales de la Buena Prensa

Las publicaciones periódicas –revistas y boletines de frecuencia semanal a mensual– fueron el área de medios de comunicación más relevantes de la Buena Prensa católica durante el primer tercio del siglo XX.

En nuestra investigación nos atuvimos a aquellas publicaciones que, por su línea editorial, apuntaron a un público masivo, si bien por este no puede sino tenerse en cuenta los círculos más o menos acotados de los religiosos, adherentes y simpatizantes de la causa católica –*lato sensu*, la opinión pública católica– a quienes se dirigieron estas ediciones por parte del clero regular, diocesano o asociaciones laico-religiosas de tipo apostólicas y devocionales. Otro conjunto de publicaciones periódicas, por lo común boletines y hojas informativas, producidas en o para instancias de orientación religiosa más puntuales –especialmente de

o para colegios católicos– están recogidas de nuestra parte de manera parcial, tanto porque no cumplían cabalmente con el requisito de cobertura social amplia ya señalado, como porque, de alguna manera, ya han sido objeto de estudio[103].

Diversas son las motivaciones que concurrieron para hacer de este tipo de edición periódica la alternativa más frecuente del impreso católico. En primer lugar, el deseo o interés de perfilamiento propio por parte de congregaciones, órdenes o asociaciones, siempre se sobrepuso a cualquier posibilidad concentradora. Dada la enorme importancia que en el discurso eclesial tenía el combate contra las impiedades modernas, habría resultado esperable una acción menos dispersa o con opciones de fortalecimiento de alguno de estos medios, cosa que no ocurrió.

A pesar de que tanto laicos como ordenados coincidieran completamente en la necesidad de terciar en el debate cultural, social y político de inicios del siglo –aspecto donde imperó una clara homogeneidad doctrinaria– las inquietudes y necesidades específicas fueron más potentes, revelándose así identidades y propósitos que, seguramente, no con poco celo, serían preservados por los superiores y jefes que encabezaron la tarea editorial. En la práctica, a comienzos del XX, este quehacer fue una especie de novedad altamente valorada por los distintos agentes pastorales, de suerte que cada cual quiso proyectar su carisma y prestigio, emprendiendo la colocación en el escenario público, de sus respectivas voces impresas. No en vano la mayor parte de estas

[103] Un buen levantamiento de fuentes hemerográficas dirigidas a niño/as y escolares católicos para este período se halla en Jorge Rojas F., *Moral y prácticas cívicas en los niños chilenos, 1880-1950,* Ariadna Ediciones, Santiago, 2004 El número de las publicaciones católicas netamente "infantiles" fue, de todos modos, reducido, y cualquier intención de profundizar en ellas debería ampliar su búsqueda a las editadas a nivel nacional.

publicaciones, al tener por título los referentes de devoción propios de la organización confesional editora, estaban reflejando el abierto interés por mostrase y ser vistos a partir de señales inequívocas de identidad, con todo lo que ello comportaba en simbolismo, historia y tradición.

Desde luego, diversos protagonistas de estas empresas estaban al tanto, por vía personal o lectoral, de los esfuerzos similares que se venían produciendo en Europa desde hacía casi un siglo, continente donde si bien había expresiones de trabajos editoriales aunados entre la jerarquía y los fieles –especialmente en Francia, Italia o Alemania– los mismos no inhibían la locución particular. Por lo demás, el hecho de que la organización eclesiástica en toda su extensión experimentara, desde la segunda mitad del XIX, desafíos de adecuación a las transformaciones culturales y societales a raíz de la irrupción de las sociedades de masas, importó que sus componentes –tanto los más antiguos como las nuevos institutos y asociaciones devocionales– se vieran igualmente impelidos a ajustar sus estructuras y a renovar sus fundamentos, sin desatender, en un cruce seguramente no exento de tensiones, los desplazamientos que, en el mismo sentido de adecuación, llevaba a cabo la curia vaticana a fin de rearticular una autoridad universal.

En un plano más concreto, la preponderancia de la edición periódica entre los productos de la Buena Prensa católica, también obedeció al hecho de que el talante más versátil o variado de este tipo de formato, facilitaba la consecución de dos objetivos. De una parte, el impulso del brillo editorial y, de otro, la construcción de un público lector amplificado como corolario de lo anterior.

Teniendo una base doctrinal inevitable, el anhelo de todas estas publicaciones fue contar con receptores

numerosos, circunstancia que, al menos en términos relativos, instaba a que la oferta de contenidos tendiera a alguna variedad y amenidad. Conseguir un buen resultado en este sentido no sólo daría sustentabilidad financiera a la publicación –desafío constante para cualquier edición-, sino además, le granjearía prestigio entre sus similares alzándose como "la mejor revista católica en su género". Es decir, no obstante existía la preocupación por dar cabida a plumas de calidad, en muchos casos, en la meta de alcanzar reconocimiento en el medio católico –y, en lo posible, fuera de él también– implicaba arropar a la organización o sociedad de tal posición, con la consecuente adhesión entre más lectores.

A este respecto, los desarrollos de orden más sostenidos propendieron a la formulación de una estrategia autoral y temática por medio de un encadenamiento que involucró tanto la promoción de talentos literarios endógenos, como los vínculos con publicaciones extranjeras apreciadas y con trayectoria. Esto es, la habilitación de academias literarias entre los allegados a una revista, con sus respectivos torneos y certámenes, permitía dar tiraje a nuevos y nuevas plumas que pronto accederían a la publicación de la institución, acrecentándose la capacidad mediática "para mayor gloria de Dios". Por su parte, incluir artículos que previamente habían aparecido en mensuarios como las españolas *Razón y Fe*, *La Hormiga de Oro*, o el diario francés *La Croix*, resultaba no menos relevante para alentar el interés por la consulta o atreverse a escribir.

En virtud de lo dicho, no fue tampoco menos evidente que en la experiencia editorial católica, aprisionada, como estaba, por el corsé doctrinal de la Buena Prensa, la mayor cantidad de ediciones periódicas estuviera facilitada por los cuidados que había que tener en el pensar y el decir, máxime cuando el impreso, por su trascendencia pública, debía pasar por las revisiones y

licencias de rigor. Con esto no aludimos a fenómenos de autocensura –nada indica que ello fuese siquiera una latencia– sino a inhibiciones bastante más dables en estructuras de obediencia y resignación, como son las eclesiales. Y si bien hubo intentos –como ya lo observamos– por suscitar la expresión escrita, lo corriente fue que no hubiese cambios o rotaciones importantes entre colaboradores, editores y redactores. De ahí que, en la mayor parte de los casos, las revistas dependieran de muy pocas personas, con la consiguiente rutinización de funciones y contenidos, realidades altamente perceptibles en las publicaciones de parroquias, sociedades pías y laicales.

En síntesis, si la Buena Prensa tuvo en las revistas y boletines el número de medios más abundante en cuanto a iniciativas de edición, en alta proporción, ello da cuenta de las condiciones de contexto que la presidió. Al afán de posicionamiento específico de cada una de las organizaciones eclesiales que abordó esta función comunicacional –empeño que se materializó principalmente en el tesón puesto para que varias de estas revistas perduraran incluso por décadas-, se sumó la frecuente precariedad material y editorial que las acechó, perjudicando las posibilidades de continuidad de otras tantas.

El acervo: volumen y vigencia

El acervo de publicaciones periódicas consultadas por nuestra parte es de 56 (Ver). Una clasificación de ellas según el origen de su edición, nos señala que las vinculadas al clero regular (Órdenes y Congregaciones) fueron las más numerosas (42,8% del total), seguidas, casi en igualdad de ediciones, de las emanadas de las asociaciones apostólico-laicales (25%) y de parroquias capitalinas (23,2%). Los lugares cuarto y quinto, están

ocupadas por las publicaciones de la Sociedad de la Buena Prensa (5,4%) y las asociaciones devocionales (3,6%), respectivamente[104].

Revistas de Órdenes y Congregaciones

Revista	Editores	Años
El Mensajero del Rosario	Orden Tercera de Santo Domingo (Cofradía del Rosario)	1886-1928
La Voz de San Antonio	Orden Franciscana	1895-1902
La Hojita Volante	Congregación Salesiana	1900-1905
Los Hijos de María	Orden de los Mercedarios	1904-1913
La Estrella de Andacollo	Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, Claretianos (Cofradía de Ntra. Sra. de Andacollo)	1905-1911
El Eco del Santuario de N. S de Lourdes	Orden Agustinos de la Asunción	1901-Vigente
El Mensajero de María Auxiliadora	Congregación Salesiana	1907-1927
Revista Seráfica de Chile, continuación de La Voz de San Antonio	Padres Franciscanos	1908-1918
El Primer Viernes	Padres Sagrados Corazones	1910-1960
El Faro del Hogar	Padres Agustinos de la Asunción	1911-1915
El Inmaculado Corazón de María, continuación de La Estrella de Andacollo	Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, Claretianos (Cofradía de Ntra. Sra. de Andacollo)	1911-1930

104 Existen dos publicaciones que no hemos ingresado en nuestro cómputo: *El Buen Consejo*, de la Iglesia de los Agustinos del centro de Santiago, publicación que, de acuerdo a las referencias consultadas, se editó entre 1907 y 1914. Sin embargo, no logramos acceder a su revisión al no existir registros de ella en la citada Iglesia, en el Archivo del Arzobispado ni en las Bibliotecas Nacional ni del Congreso. La otra es *La Hoja Popular*, de 1921. De ella, si bien disponemos de copia fotográfica, no señala ningún antecedente de edición o procedencia.

La Campana de la Gruta	Padres Agustinos de la Asunción	1912
Revista Mercedaria	Orden de los Mercedarios	1913-1918
El Mensajero del Santísimo Sacramento	Congregación del Santísimo Sacramento	1915-1937
El Carmelo y Praga	Padres Carmelitas	1917-1935
Verdad y Bien, continuación de Revista Seráfica de Chile	Padres Franciscanos	1919-1933
Excelsior	Padres Agustinos de la Asunción, Santuario Ntra. Sra. de Lourdes	1919-1921
Mensajero de la Archicofradía del Santísimo Niño Jesús	Hermanos de las Escuelas Cristianas, La Salle	1919-1928
Las Brisas	Juventud Antoniana, Padres Franciscanos	1921-1924
La Paloma Mensajera	Orden Tercera Recoleta Franciscana	1926
Toma y Lee	Padres Agustinos de la Asunción, Gruta de Lourdes	1928-1929
El Perpetuo Socorro	Padres Redentoristas	1931-1959
Revista Franciscana, continuación de Verdad y Bien	Padres Franciscanos	1934-1937
La Campana de Lourdes	Padres Agustinos de la Asunción, Santuario Lourdes	1934
Total: 24		

Revistas de Sociedades Apostólico-laicales

Revista	Editores	Años
La Estrella de Chile	Sociedad Santa Filomena	1904-1912
El Eco de la Liga de las Damas Chilenas	Liga de las Damas Chilenas	1912-1915
Revista Patria	Federación Obras Católicas	1913-1915
La Cruzada, continuación del Eco de las Damas chilenas	Liga de las Damas Chilenas	1915-1917
La Unión Católica	Unión Católica de Chile	1916-1921

Filia Luminis, continuación del Mensajero de Santa Filomena	Sociedad Santa Filomena	1917-1937
Roma	Sociedad del Óbolo de San Pedro, Arquidiócesis de Santiago, Ligas de las Damas chilenas, Asociación Católica de la Juventud Femenina; Sociedad de la Buena Prensa; Cruzada Eucarística Nacional	1918-1927
Efemérides Marianas	Congregaciones Marianas	1918-1937
La Acción, continuación de la Unión Católica	Unión Católica de Chile	1921-1923
Hacia el Ideal	Asociación Católica de la Juventud Femenina	1923-1933
Los Cruzados de la Eucaristía	Círculo Social del Santísimo Sacramento	1924
Alerta	Federación de Obras Católicas	1924-1928
Amaos los unos a los otros	Congregaciones Marianas	1931
El Heraldo de Recoleta	Asociación Católica Juvenil Masculina	1933-1934
Total: 14		

Revistas de Parroquias

Revista	Editores	Años
La Hojita Parroquial	Parroquia de la Santísima Trinidad	1916-1918
La Voz de Andacollo	Parroquia Ntra. Sra. de Andacollo	1919-1929
La Parroquia San Lázaro	Unión Social	1922-1929
El Paje del Santísimo Sacramento	Parroquia de la Asunción	1923-1930
La Voz de la Parroquia de Andacollo	Parroquia Ntra. Sra. de Andacollo	1926-1927
El Santuario del Sagrado Corazón de Jesús y María	Santuario de la Visitación	1927
Hoja Mensual	Parroquia de Ntra. Señora de Andacollo	1927
La Hojita Parroquial	Parroquias San Rafael, Santísima Trinidad, San Antonio de Padua, Santa Lucrecia	1928-1930

Parroquia Ntra. Sra. del Carmen de la Estampa Volada	Parroquia Ntra. Sra. de la E. Volada	1929
La Voz de San Pablo	Parroquia San Pablo	1930
Boletín Noticioso	Parroquia El Salvador	1930
Luz	Parroquia San Miguel Arcángel	1931-1932
La Marcha	Parroquias Santísima Trinidad, Santa Lucrecia, San Rafael, Santa Sofía, Antonio, San Nicolás (Acción Católica)	1934-1936
Total: 13		

Revistas de la Sociedad de la Buena Prensa

Revista	Editores	Años
Lecturas Dominicales	Sociedad de la Buena Prensa	1904-1912
Boletín de la Buena Prensa	Sociedad de la Buena Prensa	1915-1924
El Amigo del Hogar	Sociedad de la Buena Prensa, Arquidiócesis de Santiago	1917-1930
Total: 3		

Revistas de Sociedades Pías o Devocionales

Revista	Editores	Años
El Apóstol Milagroso	Sociedad devoción de San Judas Tadeo, (Basílica Corazón de María, Claretianos)	1931-1934
El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús	Asociación Apostolado de la Oración	1932-1950
Total: 2		

A excepción de cuatro publicaciones que sobrepasaron el año 1940 (*El Eco del Santuario de Ntra. Sra. de Lourdes; El Primer Viernes; El Perpetuo Socorro* y *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*), más del 90% de ellas tuvieron como período de existencia las últimas décadas del siglo XIX hasta las primeras del siglo XX.

La tendencia a su aparición fue creciente en las décadas aludidas, decayendo su edición a medida que transcurren los años 30 del siglo pasado. Así, mientras las editadas a partir de las postrimerías del XIX alcanzaron el 5,3% de nuestro total, las acometidas en el primer decenio del siglo XX, ascendieron al 14,3%; las del segundo, al 33,9%, las del tercero, al 30,4% y las del cuarto, al 16,1%. Como se observa, fue en el período 1911 a 1930 donde se estableció la mayor parte -más de dos tercios– de la edición periódica católica; en tanto que, con un desplazamiento progresivo de cerca de 10 años –a partir de la década del 20 en adelante– sobrevendrá la paulatina desaparición de las mismas.

Un aspecto interesante de apuntar en este análisis, es que las publicaciones que no fueron afectadas por indicada mayoritaria desaparición de los años 20 y 30, pudieron hacerlo a raíz de dos circunstancias precisas, a saber, porque fueron objeto de la decisión institucional en vistas a su mantención (como fue el caso de *El Primer Viernes*, de la Congregación de los Sagrados Corazones), como porque se vieron beneficiadas pecuniariamente por el fervor popular de las nuevas piedades de masas. Tales fueron los casos de *El Eco del Santuario de Ntra. Sra. de Lourdes* y *El Perpetuo Socorro,* de los Padres Asuncionistas, y de *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús,* del Apostolado de la Oración.

Desde el punto de vista de la duración o permanencia en el tiempo de estas publicaciones, las fechas de comienzo y término de estos proyectos nos arrojan una información obviamente variada, que va desde una vigencia efímera, de pocas semanas o meses, hasta otra de vida muy prolongada, excediendo incluso el siglo de vigencia, como es el caso de la revista *El Eco del Santuario de Lourdes*.

Como el sustento y continuidad de una publicación depende de distintos factores, entre los cuales podemos

citar como primordiales los de índole financiera, el mayor o menor atractivo del objetivo difusional perseguido, o el acierto en la organización y oferta de los contenidos, una más adecuada apreciación acerca de las características de duración de estas revistas nos lleva a contrastar este tema con la procedencia editorial de las ediciones.

Ubicadas en un medio social e institucional heterogéneo, las publicaciones parroquiales son las de menor duración. En promedio no superaron los 4 años de vigencia y más de la mitad (7 de 13), no alcanzó a los 2 años. De estas últimas, la mayoría ni siquiera completó un año de vida. Concentrado en pocos títulos, la parte más consistente de esta área de edición (de siete a diez años) recayó en sólo tres publicaciones: *La Voz de Andacollo, La Parroquia San Lázaro* y *El paje del Stmo. Sacramento*

Les siguen las publicaciones de las sociedades apostólicas, con siete años vida, como media general. Por su parte, algo más de un tercio del total tuvo una vigencia mayor al promedio, no obstante, como ocurrió en las parroquiales, también fueron pocos los títulos que sustentaron esta mayor duración y el propio incremento de la media (*Filia Luminis/Mensajero de Santa Filomena* y *Efemérides Marianas*). Por lo general, períodos variables entre uno a tres años, fue lo habitual en los años de existencia de las revistas apostólico-laicales.

Con una media de 10 años, las ediciones adscritas a la Sociedad de la Buena Prensa y las de orientación devocional, aparecen como un grupo destacado por su permanencia. Claro es que en cantidad, son menos numerosas que las anteriores, lo cual habría favorecido su longevidad, pero, como razón más decisiva respecto de esto, no podemos dejar de advertir que ellas fueron el fruto de editores con mayor gravitación pública e institucional, como fue, en particular, la participación

directa del gobierno la Arquidiócesis en la Sociedad de la Buena Prensa. De hecho, las tres publicaciones auspiciadas por la SBP registraron una vigencia homogénea en el tiempo, no ocurriendo lo mismo con las devocionales, de conducta temporal claramente dispar.

Finalmente, tanto por la cantidad como por lo prolongado de sus ediciones, fue en el ámbito del clero regular donde se constató la actuación más sobresaliente en la producción de revistas. Con casi dos décadas de vigencia promedio para el conjunto de las 24 publicaciones de esta área, resalta que siete de ellas (29%) arrojaran una existencia de casi el doble del referido promedio. Otras cuatro se mantuvieron entre los 10 y los 19 años, temporalidad de por sí muy notable. A su vez, tomando en cuenta que sólo dos publicaciones no superaron el año de vida, tenemos que el segmento de ediciones con menor duración, no conoció –en promedio– revistas con menos de un lustro de vigencia.

4.

La distribución de la buenas lecturas: gratuidad, suscripción y librerías

La publicística católica de comienzos del siglo XX (aunque no sólo ella, obviamente), no desconocía que sus lectores y receptores no era ni podía ser un público demasiado extenso. Al analfabetismo de una porción considerable de la población (entre el 40y el 50%, en 1907), se unía la disparidad relativa en el consumo de productos impresos, o el desinterés (también relativo) por consultar este tipo específico de mensajes (religiosos). No obstante, y pesar de todo ello, la generación y oferta de estos formatos experimentó en la época una abundancia desconocida hasta entonces.

Es cierto que las prácticas de la fe católica (y cristianas, en general), tenían en el impreso un recurso de sustentación bastante extendido desde mucho antes, sólo que, hasta fines del XIX, su empleo se remitía a materiales expresamente elaborados para estos fines, como eran la infinidad de láminas pías de santos, vírgenes o del lacerado corazón de Jesús, o de otras tantas hojitas con las intenciones del mes, con las

normas del calendario litúrgico, de fiestas de guardar, ayunos, rezos o abstinencias. Es decir, hasta entonces, el impreso era un medio estrictamente funcional a prácticas devocionarias, no teniendo, desde un punto de vista masivo, otras formas de aplicación o uso.

La asunción en Chile de la Buena Prensa hubo de romper, precisamente, este reduccionismo del impreso tradicional, proporcionando alternativas diversificadas de emisión y lectura, si bien todas habrían de regirse por las orientaciones de la dogmática tradicionalista en boga. ¿Cómo sostener y fructificar en el empeño, más cuándo se buscaba ensanchar el círculo de los destinatarios para beneficio de su propia salvación? ¿Cómo proporcionar "buenas lecturas" a sectores que, a pesar de que supieran leer, no estaban habituados a adquirir diarios, libros o revistas? La respuesta no podía ser otra que la gratuidad como eje de la circulación de impresos entre los más, y la cooperación, entre los menos, para hacer viable el esfuerzo.

En general, el conjunto de publicaciones de la Buena Prensa eclesial dispusieron de precios, sea para sus ejemplares "sueltos" (individuales) o por cantidades. Estos precios resultaron ser siempre más bajos –del orden del 50% o más– que los previstos para otras ediciones civiles o no religiosas contemporáneas[105]. Que así fuera, se debió a que en sus costos primaba por sobre todo el mecanismo de la transferencia o subsidio derivado de diversos aportes que nada tenían que ver con la venta real. Me refiero a la obtención de donativos en efectivo o en especies materiales de valor, la realización de bazares, veladas y rifas, pago de mandas y gracias, compromisos de limosnas, recolección de

[105] En 1910, un kilo de harina flor o un kilo de carbón espino –dos productos de alto consumo popular entonces– costaban 25 centavos. Los sueltos de cualquier boletín o folleto de cuño católico, tenían valores nominales que no sobrepasaba los 10 centavos.

dinero en misas. Ciertamente, el hecho de que la mayor parte de los oficios y gestiones que demanda la producción y circulación de impresos fuesen ejecutadas como trabajos inherentes a las funciones sacerdotales cotidianas, también reportaba ahorros considerables, a lo que se agregaban los servicios gratuitos de muchos creyentes y cercanos a la Iglesia.

En estos términos, la distribución cursaba eminentemente por la gratuidad de los productos a los potenciales destinatarios –el pueblo devoto y trabajador–, reservándose lo propiamente comercial de los mismos –a valores muy bajos, como ya hemos observado– a acuerdos de suscripción por parte de las personas e instancias que sí tenían las posibilidades para ello, revistiéndose tal procedimiento de las debidas señales públicas de reconocimiento de estos compromisos para con la fe, los pastores y sus obras de salvación. De hecho, fue frecuente que en las páginas de estos impresos se dieran las gracias a quienes tomaban o renovaban "las acciones" suscriptoras, ofreciéndoseles homenajes y misas, en especial cuando fallecían.

La suscripción, además de su temporalidad semestral, anual o a perpetuidad, se practicaba por cantidades de ejemplares[106] y no por números únicos, en la medida que estaba implícita su entrega (gratis) a grupos relativamente estables de personas, como eran las que se ubicaban en cárceles, fundos, parroquias, colegios, dispensarios, círculos obreros, obras sociales San Vicente de Paul, hospitales.

106 Se exceptuaron del mecanismo de la suscripción por volumen –aunque no de la temporalidad– las publicaciones de índole periódicas, como eran las revistas o libros. Las ediciones de estos podían ir de mensuales a trimestrales. En lo que toca a las ediciones de difusión masivas (hojas de propaganda, boletines, folletos), cuya periodicidad era por lo común semanal o quincenal, las cantidades iban de 10 hasta los 1.000 ejemplares

Una práctica relevante de este mecanismo fue el uso de las estampillas de correos como medios de pago. La concentración de la labor impresora en pocas ciudades (desde luego, Santiago, seguida de Concepción y Valparaíso), la carencia de servicios de flete y traslado de carga, los distintos lugares de residencia de los suscriptores o la destinación de los ejemplares a sitios que no eran el domicilio del contratante, llevaron a los centros editores a sugerir que los pagos se hicieran por medio del envío, junto a la hoja de suscripción, del equivalente en sellos. Desde luego, se descartaba por inseguro el despacho de dinero en efectivo. Por su parte, los giros y letras, siendo utilizados, imponían trámites que era preferible evitar. En cambio, las estampillas agilizaban totalmente la operación, sin necesidad de tener que disponer de recursos frescos para los despachos postales[107].

Esta modalidad de financiamiento y de distribución de base corporativa, se mantendría en paralelo al desarrollo mercantil de la edición en Chile, incluyendo la católica. Su desaparición irá en consonancia –amen de otras variables modernizadoras– con la aparición de un campo editorial más profesionalizado, hacia los años 30 del siglo XX. Pero tampoco en esto podríamos decir que el cambio sorprendió sin respuesta al área editorial eclesiástica. Al contrario. Ya en el propio Gentilini, y en otros religiosos que simultáneamente con él animaban la multiplicación de iniciativas editoriales a comienzos del XX, encontramos el empeño por abrir y publicitar puntos de venta a la calle, cuyo efecto inmediato

[107] Todo nos hace suponer que el valor de las suscripciones consideraba a la vez el costo de los envíos. Como parte del cometido ordinario, es probable que las encomiendas de suscripciones religiosas hayan estado subsumidas en las condiciones favorables (no necesariamente de gratuidad) que disponían las entidades católicas en sus relaciones con sus contrapartes públicas. Esto, al menos hasta 1925, año en que oficialmente se sanciona la separación Iglesia/Estado.

permitía fortalecer la vocería institucional en el terreno público, sin dejar de lado el ganancial que el gesto reportaba a la propia arista editora.

¿De qué modo se gestó esta disposición?, pues aprovechando lo existente. En parroquias, templos, imprentas, colegios, locales de reunión de la asociatividad católica, oficinas y lugares de trabajo de laicos militantes, se comienza a dar paso a la conformación de expendios o librerías y, un poco más tarde, de bibliotecas, con lectura fija o circulante (es decir, sin o con préstamos a domicilio).

La indicación de los lugares de consulta y venta, obligaba a la caracterización, aunque fuese mínima, con detalles básicos e imprescindibles a la oferta: ubicación física, casillas de correo, precios, títulos, tipo de encuadernación, descuentos, personas a cargo. Más tarde, a medida que los contactos entre productores se ampliaba y los productos se expandían, encontraremos en los anuncios nuevos artículos "del negocio": escapularios, estampas sagradas ("en papel de calidad"), figuras de yeso y bronce, rosarios, entronizaciones, novenarios, recuerdos de primera comunión, confirmación o matrimonio, "letrillas" de diversión, lecturas infantiles, saetillas… no faltando, en el caso de los sitios más consolidados, el ofrecimiento de suscripciones a revistas y libros extranjeros, prevenientes de Buenos Aires, Madrid, Barcelona o Paris.

*

La moderna mecánica de distribución de impresos de consumo masivo, se verifica por canales propios y externos. Estos últimos aluden a puntos de exhibición y venta (librerías) que sustentados por la dinámica de objetivación de intercambios a base del dinero, conforman un cierto circuito mercantil que bregará con otros por el control o influencia en el mercado editorial. Por lo común, esta experiencia se realiza

en paralelo a la mantención de los canales propios (mercado secundario o cautivo[108]) los que, en primera o última instancia, deciden la suerte de los proyectos de difusión. Es decir, sin dispositivos particulares de distribución (y financiamiento[109]), difícilmente podría supervivir una determinada actividad editorial[110].

En alta proporción, la estrategia comunicacional de la Buena Prensa dispuso de ambos canales en una trama de connotaciones que atravesó todo el arco de posibilidades: desde las actuaciones que se atuvieron –por decisión o imposibilidad– exclusivamente a los retornos financieros que les brindaban su público lector directo, hasta otras que hicieron de las alternativas de mercado (nacional e internacional) el recurso principal de viabilidad, pasando por otras varias situaciones más eclécticas.

De un modo aproximado, pero con altos visos de justeza, diremos que las realidades distributivas que sólo se atuvieron a canales propios, prevalecieron entre las publicaciones sectoriales (organizaciones católicas de orientación obrera, femenina, juvenil e infantil) y las de la prensa parroquial. Fue este un terreno publicístico que escasamente accedió a modalidades de circulación y consulta ajenas al círculo de destinatarios inmediatos. De dependencia habitualmente diocesana materializada en la función carismática de sacerdotes activistas de causas sociales o devocionales, la inserción pública de estos productos estuvo determinada por la posibilidad de hacer de esas causas un foco de atención social. En

[108] Nos referimos a modalidades por suscripción, clientela por créditos y descuentos y, en general, distribución sin intermediarios.

[109] Nos referimos a la contratación de auspicios vía avisaje publicitario

[110] Este esquema sólo toma en cuenta el perfil de un emprendimiento editorial independiente, es decir, que no es, como ocurre muy frecuentemente en la actualidad, dispositivo funcional de una empresa u holding mayor que es de donde se digita su desempeño y existencia.

este sentido, este impreso no fue concebido como un producto independiente del centro discursivo de la obra social o de piedad, de suerte que sus eventuales consumidores no pudieron sino ser partidarios, previos o posteriores, de tales topos discursivos. Una prensa de este orden, rebosante de identitarismo pero desconocedora de las particularidades sociales de su público militante, así como de las exigencias de la masividad de mercado, estaba condenada al rápido fracaso, como efectivamente aconteció, en especial en las ediciones parroquiales y algunas de obras apostólicas y sociales. No obstante, la fatalidad del pronóstico no se cumpliría para la mayor parte de las publicaciones, situación que nos coloca delante de interrogantes que apelan al contexto en que tuvieron lugar los hechos.

Que en algunos casos ello no ocurriera, o que sucediera de manera más bien lenta, se explica tanto por el éxito devocional que las respaldó –el vigor mostrado por la adhesión pública a Lourdes, por ejemplo, fue sobresaliente para la actuación editorial de los Asuncionistas– como por el apoyo financiero brindado por los adherentes laicos y las jefaturas religiosas –en especial, del clero regular– a sus impresos.

Sabedores con antelación de que sus libros o revistas arrojarían pérdidas pecuniarias, en la decisión de su impulso y subsidio yacían otras necesidades tanto o más urgentes que lo puramente financiero: la visibilidad institucional al interior de un panorama religioso en debate, y la necesidad de posicionamiento –vía propaganda de sus obras y nombres– en un medio social y político en disputa y transformación. A ello, debemos añadir otro aspecto antes puntualizado: el del perfilamiento, con signos carismáticos propios, de entidades que buscaban replantear su rol y sentido -demanda particularmente acuciante al clero regular– en una época de creciente sospecha respecto de fueros y hermetismos que insistían en mantenerse al

margen del escrutinio público, pero sin renunciar a su constante pretensión de querer ordenarlo. Finalmente, en la continuidad de diversos proyectos, no debemos despreciar un asunto que era muy importante, entre otros, para jesuitas, franciscanos o salesianos, a saber, buscar hacerse parte desde aquí de la reconocida tradición intelectual y editorial de sus casas matrices europeas, circunstancia de suyo relevante si observamos el nutrido arribo al país de publicaciones católicas procedentes de España o Francia, así como de la ansiada publicación en Europa de obras de religiosos chilenos o residentes en Chile.

Ahora bien, la oportunidad de contar con esos respaldos y decisiones en ningún caso reflejó desidia o ligereza por parte de nuestras ediciones católicas en cuanto a promover su circulación y lectura. A la par con el incesante cultivo de la base suscriptora propia (en varios casos, ascendentes a varios miles), se dieron también a la tarea de producir opciones de difusión crecientemente formales y establecidas en una cadencia que, desde figuras distribuidoras de bajo riesgo, avanzaría o se mezclaría con estructuras comerciales más expuestas a los usos y vaivenes de mercado.

Los nodos del circuito de distribución de la Buena Prensa fueron heterogéneos en su gestación y exposición comercial. Surgieron, generalmente por la fuerza de los hechos, esto es, como resultado de la ingente edición de los productos propagandísticos cuya diseminación muy pronto excedió los mecanismos que habitualmente habían permitido la entrega o venta de artículos religiosos de uso ritual o privado por parte de files (misales, estampas, devocionarios, rosarios, escarapelas, crucifijos, medallas, etc.) y consagrados (libros, indumentaria, casullas, etc.)

Un primer nivel de organización de la distribución (primera década del siglo) se articuló habilitando bazares

y expendios en las dependencias de los templos y colegios católicos[111], o en espacios contiguos a los establecimientos que realizaban los trabajos de impresión (Imprentas Chile, Lourdes, La Ilustración, Claret, Tirso de Molina, San José, Gratitud Nacional, Lagunas&Co, Cisneros, Talleres San Rafael). Esta modalidad, si bien útil y de larga existencia en numerosas iglesias y parroquias de la capital (hasta el día de hoy), no satisfaría la magnitud de una oferta que, sostenidamente, se expandió, a la luz de nuevas publicaciones del medio laical y religioso, así como de la demanda y presencia de producciones externas especializadas en temas y tipos de públicos. Se impondrá, por tanto, el objetivo de disponer de lugares expresamente destinados a las buenas lecturas, tendiéndose a la separación, más funcional que física, entre el comercio de estas y los artículos de piedad, de culto o para primeras comuniones[112].

El problema ciertamente fue visto en el Congreso Católico Social de septiembre de 1910, torneo del cual surgió la iniciativa de conformar la primera librería católica con fondo bibliográfico variado (la Librería de la FOC), aunque dentro de las definiciones generales de las "lecturas morales"[113]. Abierta a comienzos de 1911 en el local de la Federación de Obras Católicas (calle Bandera 651 al 657), su funcionamiento se extendió

[111] Echar mano al recurso inmediato de recintos eclesiales, no se agotaría en esta primera articulación; como indicaremos luego, se mantuvo en varios de los emprendimientos de difusión que se habilitarán en los años siguientes.

[112] Esta diferenciación comercial contaba con un antecedente indirecto: nos referimos a la que se había hecho palpable respecto de los productos para escolares, ámbito donde la Iglesia tenía una participación de primer orden por el control que ostentaba sobre numerosos establecimientos parroquiales y de institutos religiosos.

[113] "En el Congreso se habló mucho del peligro de los malos libros, de los malos diarios, de las malas revistas, de los malos grabados, y se tomó la resolución de luchar contra este peligro estableciendo una Librería Católica, cuyo objeto no sería el comercio, sino únicamente la propaganda de buenos libros y buenos grabados. Han cumplido esta buena resolución estableciéndola en la calle Bandera, frente a las oficinas del Diario La Unión. Encontrarán toda clase de libros y muy baratos…" *El Eco del Santuario*, 118, febrero 1911, p.78

con regularidad por más de una década, hasta su desaparición, en 1924. A sus inicios, contribuyó el haber bibliográfico y de personal de la Librería Teresiana (Santo Domingo 1135), la que desaparece tras un lustro de actividad para fortalecer a este nuevo giro. Años más tarde (1923), como forma de mantener su ejercicio, la antigua Sociedad Bibliográfica del Arzobispado, en funciones desde 1874[114], se asocia con ella, sin llegar a evitar su cierre. Desaparecida la librería de la FOC, la "Librería Bibliográfica" continuará con el giro en dos direcciones: la tradicional, de la calle San Antonio 236, y la nueva, de calle Morandé 759. En algún momento de 1927, la Sociedad Bibliográfica cerrará ambos locales para instalarse en las inmediaciones de la Catedral, Plaza de Armas 438.

El "Palacio Arzobispal" no era un recinto nuevo para albergar a las nacientes librerías. En la dirección de Compañía 1019, a partir de 1911, la "Sucesión de Caperán", avecindada en Santiago, da inicio a una de las más longevas actividades de expendio –pero también editorial– de publicaciones eclesiásticas o con auspicio del Metropolitano, nos referimos a la "Casa y Librería de Zamorano y Caperán". Antes, por un período de cuatro años, el lugar había sido el sitio de la Librería Religiosa Chile.

Otros hitos coetáneos fueron la creación de la "Librería Lourdes", en 1911[115], y la apertura de la "Librería Salesiana", en 1914, en dependencias de la Casa Inspectorial de Alameda 2303, esquina Ricardo

[114] Su ubicación más tradicional fue calle San Antonio 236

[115] Por su lejanía del centro urbano, así como por el tipo de oferta que exhibió –materiales eminentemente piadosos y de culto de la virgen de la Gruta– esta librería, exitosa en su función comercial, no dispuso de variedad editorial, desligándose de los afanes de amplitud difusional que es posible detectar en los demás emprendimientos.

Cumming[116]. Fruto, esta última, del esfuerzo del más destacado de los editores católicos de la Buena Prensa, el presbítero Bernardo Gentilini, este despacho vio favorecida su labor por la demanda cautiva de los colegios propios adyacentes (Preparatoria y de Humanidades, según los dichos de la época) y por el desempeño formativo, pero a la vez comercial, de la Tipografía Salesiana, ubicada igualmente en sus aledaños.

Otras instancias de distribución literaria de esos años, fueron: la "Librería Eucarística", de 1915, obra de los Padres del Santísimo Sacramento (Sacramentinos)[117], la "Librería Carmelo y Praga", de 1917, actividad que los Religiosos Carmelita desarrollaron en su Iglesia de calle Borgoño con Independencia; la "Librería Casa del Pueblo", de 1919, domiciliada en Salas 208.

En la década siguiente, y con un sello más profesional que la mayoría de las acciones precedentes, surgieron nuevas alternativas de distribución de la Buena Prensa: la "Estampería y Librería Claret", de calle Gálvez 767, en 1920[118]; la "Librería Casa de Ejercicios San José", de 1921, ubicada en Moneda con Almirante Barroso; la "Librería Efemérides Marianas" (de la Sociedad de Cultura Católica), en Alonso Ovalle 1565[119], en

116 Dispuso, en su oferta de la Colección Lecturas Católicas, diversos títulos de la Tipográfica Católica Casals, de Barcelona, creada en 1870, de la Editorial Litúrgica Española y de la Tipográfica Salesiana de Buenos Aires (ver Bibliotecas de la Buena Prensa)

117 Calle Arturo Prat 471, Templo de los Sacramentinos

118 Los Misioneros del Inmaculado Corazón de María, Claretianos, inician su función editorial adquiriendo la antigua Imprenta Lourdes, de los Asuncionistas, ubicada en calle Diez de Julio 1140. Su librería la ubican finalmente en calle Gálvez, a partir de 1920

119 Originalmente su dirección fue San Martín 67, local de la tienda del Patronato de la Inmaculada. A finales de los años 20, esta librería se trasladará a su domicilio más conocido: Alameda 1626. Como resultado de la ampliación del giro a la edición de textos llevada a cabo por la Sociedad de Cultura Católica, la librería tomará el nombre de Splendor, el mismo de la editorial. A fines de los años 40, la editorial y librería Splendor serán vendidos a la Orden de los religiosos de San Pablo quienes, hasta el

1923; Librería Cisneros, 1923 (San Francisco 49) y la "Librería y Centro Editor del Apostolado de la Prensa", de Avenida Chile España con Irarrázaval, desde 1926[120]. Simultáneamente, claro que desde una óptica donde seguramente prevaleció más la conveniencia y el cultivo de buenas relaciones con la Iglesia que el cálculo comercial, la edición católica también comenzaría a ocupar espacios en librerías no confesionales o abiertamente comerciales, como lo atestiguan numerosas publicidades de las librerías Universidad, Salvat, sección libros de Gath y Chávez, y Nascimento.

Bajo estas condiciones de visibilidad pública, la masa bibliográfica de la Buena Prensa hubo de atenerse a las posibilidades que tal estructura podía ofrecerle. Siendo más copiosa la abundancia de textos "rectos y morales" en los lugares de difusión propios, en las instancias más comerciales y abiertas su "catálogo" habría de ser filtrado a la luz de otros criterios de "solvencia" que priorizarían más por el atractivo social de temas y autores, que por la pureza doctrinaria. Así, mientras el examen de la oferta prescrita por las librerías de la FOC, Salesiana o Efemérides Marianas –sin duda, las de mayor importancia en la distribución de la edición católica de entonces– nos deja en buen pie respecto de las publicaciones más preciadas por el sentir católico de inicios del siglo XX, la publicidad de las obras consideradas por Zamorano y Caperán, Salvat o Gath y Chávez, sin ser discrepantes, en el fondo, de tal sentir religioso, nos asoman a las

presente, mantienen la labor editorial en el local de la calle Alameda.

[120] Como ratificación de la heterogeneidad que prevaleció en las iniciativas de distribución de la prensa católica del primer tercio del siglo XX, aún podemos agregar la apertura, en 1931, de la "Librería y Bazar San Alfonso", acción empeñada por los Padres Redentoristas en las dependencias de su templo de la calle Blanco Encalada 2920.

tendencias de estilo y consumo que estos difusores buscaban afianzar entre los lectores cultos o de fe, en cuanto estrategias de validación mercantil de esta área de la producción editorial. Reseñemos con algún detalle este aserto.

Los locales de la Buena Prensa organizaron su oferta mediante secciones o bibliotecas que, a la par con gestionar de modo especializado los stocks, buscaron educar y orientar las preferencias de su público. Hubo *secciones de propaganda,* compuestas de libros, folletos y hojas volantes sobre temas religiosos y sociales; *secciones eclesiásticas,* con misales, breviarios, rituales o liturgias; *secciones devocionales,* donde se incluían novenarios, vida de santos y una cantidad muy amplia de artículos de piedad. También, para literatura y novelas morales, hubo *secciones de literatura,* vertiente donde se agregaban libros para premios en colegios, para regalos o de lecturas recreativas, amenas o de verano.

Sus servicios se extendieron, a su vez, a la suscripción de revistas y diarios católico-conservadores del país (*El Ilustrado, El Porvenir*), asumiendo, de igual manera (en calidad de agencias autorizadas), la representación de librerías y editores extranjeros: de Francia, Hnos. Garnier, Flammarion, Pierre Téqui o de la *Societé de la Bonne Presse*; de España, Luis Gili, La Hormiga de Oro, Bruno del Amo, Revista Educación Hispanoamericana, Razón y Fe, Apostolado de la Prensa, Librería Internacional Católica, Ora et Labora, Saturnino Calleja, Editorial Litúrgica, Tipográfica Católica; de Alemania, Herder, y de Italia, Civiltá Cattolica.

Por medio de agentes pastorales, escuelas católicas, sociedades y patronatos, redacciones de periódicos locales, o suscriptores de revistas, entre otros, se contribuyó también a la mejoría en los mecanismos de difusión en provincias, utilizándose el correo y los giros postales como principales recursos para hacer

efectivos los flujos de las "lecturas honradas". Una posición favorecida a este respecto, fue la mostrada por las revistas del clero regular: sus misiones y viajes dentro y fuera del país, además de la paulatina erección de obras, seminarios, capillas o santuarios, aportaron claramente al incremento de sus tiradas, a la captación de suscriptores, benefactores y propagandistas, además de la posible obtención del extranjero, de variados compromisos de distribución desde y para Chile[121].

De los numerosos insertos de propaganda acerca de las "novedades", libros de "pronta aparición" o de "recién llegados" que menudean en las páginas de las revistas, catálogos y boletines de la Buena Prensa, resulta palmaria la difusión de obras de autores y editores de fuera del país. En una relación donde los diversos textos católicos locales no excedieron al tercio del total ofrecido, sobresalen largamente, como ya ha sido advertido, los editados en España y Francia[122].

De las señas que ya dimos sobre las casas editoras, las ediciones de ambos países conformaron un extenso listado de autores[123], donde los de nacionalidad

[121] Sin especificar datos que resultarían más aclaratorios (cantidades, valores, plazos, fechas), son numerosas las menciones que los redactores de las revistas católicas chilenas exponen en cuanto al envío de éstas a distintos países de la región y España. La misma carencia de información detallada acontece respecto de supuestos acuerdos y conversaciones que se habrían realizado a fin de recibir en el país ejemplares o colecciones producidos por "afamados editores vaticanos".

[122] Entre los nombres más asiduos de la edición católica chilena en librerías, se cuentan los de los presbíteros José María Caro, Guillermo Viviani, Bernardo Gentilini, Rodolfo Vergara Antúnez Eliodoro Villafuerte, Jorge Fernández Pradel, Alejandro Vicuña, Mariano Casanova, Raimundo Morales, Gilberto Fuenzalida, Samuel Díaz Ossa, Tomás Véliz. Entre los laicos, José María Cifuentes; Aurelio Díaz Mesa, Ana Luisa Prats Bello; Rafael Luis Gumucio, Juan Enrique Concha, Abdón Cifuentes, Agustín Zegers B., Pedro Nolasco Cruz, Alfredo Barros E., Teresa Ossandón, Alfredo Bowen.

[123] Ramón Ruíz Amado SJ, Alberto Risco SJ, Auber, C Abad, Cepari, Corominas, Croisset, Del Brel, Eguía Ruíz, H. Gruender, E. Leseur, L. Lepin, Montalambert, Abate Lafineur, J. Marx, Gabino Marquez SJ, Meschlers SJ., Pavisich, Gabriel Palau, Carlos Suavé, S. F. de Sales, Seisdedos, Rda. MJE Stewart, Schoup, P. Van Tricht, Papini, Carpendú, Charruau, Bolanden, Ch. Dickens, L. de Aguilaz, P. Feval, V. Gómez, L.

o ascendencia gala prevalen aún entre los textos publicados en la península Ibérica[124]. Por su parte, por la composición elitaria de la mayor parte de los inscritos en la Sociedad de Cultura Católica (Jesuitas), circunstancia que, entre otros signos de distinción, marcaba las preferencias de su consumo literario que practicaban y querían dar a conocer, fue la librería Efemérides Marianas la entidad que sobresalió en la recepción y oferta de impresos en idioma francés. Sólo con los primeros años de la década del 30, es decir, después de casi una década de funcionamiento, y como resultado de las restricciones a las importaciones que sobrevinieron tras la crisis mundial desatada en 1929, se aminorará en su catálogo la difusión de libros en esta lengua, dando cabida a títulos propios a través de la Editorial Splendor.

La hegemonía literaria francesa y española que dominó en las librerías de la Buena Prensa santiaguina, tuvo, sin embargo, una suerte de excepción en castellano, a través de la notable actuación del Centro Editor

Herreros, E. Marlit, J. de Maistre, Mle. Mouniot, Navarro Villoslada, Antonia María Oviedo, Baronesa de Orczy, Sylvio Pellico, R. P. Francisco Finn, SJ., Kempis, Gabriel de Jesús, Dr. Antonelli, Eustaquio Ugarte SJ., P. Rutten, Bartolomé Palacios; Mons. Ignacio Saipel, Raymond de Becker, Henry Beauchau, Francisco Olgiati; José Husslein, André Tardieu, Nicolás Berdaieff; José Napal; Julio T. Ramírez; Federico Grote, Arturo M. Bas, Lucie Felix, Faure Goyau, Mons. Bougaud, Ricardo León, Guillermo Valencia, Dante, Baunard, Ollé Laprune, P. Didon, P. Berthe, Reynes Montaur, La Duchesse de Montmorency, Mme. Craven, Elianne, Anne Severin, Mourret, Juan Jörgensen; Ugarte de Ercilla; Barret, Noble, Montalambert, Cepari, Debout, Van Loo, Sauvé, Aubert, Elisabeth Leseur; Faber, Concepción Arenal, Padre Coloma SJ, P. Laburú SJ, Cardenal Mercier.

124 Si bien objeto de opinión y contraposiciones entre especialistas, es claro que, al menos en su dinamismo difusional, la literatura religiosa francesa (y belga) de fines del XIX llevó por delante al accionar español. En esto cupo un rol muy destacado a la industria editorial gala que, tanto en Paris como en Barcelona, en lo que toca a esta área temática, ganó la partida de los mercados latinoamericanos desde mediados del citado siglo. Sólo con las primeras décadas del XX, la edición peninsular se abrirá camino en nuestras tierras, especialmente por medio de ediciones técnicas y de narrativa general provenientes de los editores Gili, Sopena o Salvat. En el caso de Chile, preeminencia francesa se favoreció, por lo demás, por el atractivo y adhesión que las clases pudientes tenían por la cultura y lengua francesas.

del Apostolado de la Prensa, animado por salesiano Bernardo Gentilini.

Como lo señalara más arriba, a medida que los libros, folletos y opúsculos de la Buena Prensa accedieron a canales de distribución del comercio no confesional, su oferta debió someterse a los requerimientos de apertura editorial no estrictamente militante, si bien tampoco de liberalidad adversa a los preceptos doctrinales. De la transacción que ello importaría, derivó el hecho de que en los anaqueles de exhibición quedarían postergados no sólo lo que era de esperar que así ocurriera: novenarios, triduos u oraciones, sino también los títulos del tradicionalismo más acérrimo, como los de los apologistas G. Fuenzalida, Gentilini, Bas, Costamagna, Bonald, Olgiati, De Maistre, Balmes, Donoso Cortes o Sardá y Salvany; las proezas de Santos y demiurgos (Alacoque, Sales, Arenal), o de otros tantos beatos martirizados en México, África o en Oriente, y en camino a los altares (Chapdelaine, Alcober, Pinazo, Bolta, Ruíz). Incluso, salvo solicitud o novedad, ni siquiera las cartas papales habrían de tener mejor suerte.

La mención de colecciones o bibliotecas de lecturas amenas para niños, jóvenes y mujeres, recreativas o de verano, o de libros de "la más reciente sociología cristiana" –según los anuncios publicitarios de las librerías Salvat, Zamorano y Caperán o Nascimento– refieren a la segmentación temática y de públicos en una perspectiva que, si bien acogía las modulaciones inherentes al mercadeo más moderno, no perdía de vista el imperativo de pastorear la edición y sus lectores a favor de los buenos libros.

Tales fueron los casos de las bibliotecas Calleja, Hogar, La Novela Rosa, Natura, Letras Inmortales, Vacaciones, Mis mejores cuentos, Mariposa, Iris de Paz o Salgari que, a juzgar por las nutridas láminas, dibujos y grabados que contenían, muy probablemente, de acuerdo a los

slogans de la publicidad, hicieron las delicias de los noveles lectores[125].

Dejaremos para la sexta parte de este trabajo, agregar algo más sobre el influjo ideológico que comportaron estas series, tópico que es dable advertir aún desde los propios nombres que se les otorgó. Por ahora, cerraremos esta relación de la Buena Prensa en las librerías católicas y no confesionales, echando un vistazo a lo que fue la presencia en ellas del libro de "sociología católica".

La denominación encerró un conjunto de textos que se propusieron forjar el territorio discursivo de un "catolicismo social" todavía disperso y confuso en sus posibilidades más operativas. En una época de franco deterioro de los supuestos doctrinales del ordenamiento social conocido –conservadores y liberales– y de irrupción de nuevas teodiceas seculares en la política, la filosofía y el arte, los enunciados del Magisterio de un León XIII o Pío XI –los extremos papales del período en estudio– siempre admonitorios de la modernidad, darían la ocasión a numerosos epígonos para dar a conocer puntos de vista variados que iban desde la reiteración de la función social caritativa y

[125] Todas de origen español impresas por Saturnino Calleja, Apostolado Católico de Madrid, Gili Editores, Biblioteca de la Mujer Cristiana, Bruno del Amo, entre las prensas de mayor aparición. De acuerdo a la literatura consultada, es muy probablemente que estas ediciones contemplaran una importante participación francesa por vía de los derechos de autor y traducción. Fue frecuente –y las casas editoriales católicas no escaparon a ello– que a partir de la segunda mitad del XIX las traducciones del francés al español se realizaran por literatos e intelectuales catalanes o castellanos avecindados en Paris o Marsella por motivos políticos. Ahí fueron contratados por editores locales a fin de que tradujeran textos que podían ser impresos en España o Francia, según la conveniencia, para su distribución en la Península y Latinoamérica. En no pocas ocasiones, a estos amanuenses incluso se les solicitaba inventar varias otras historias a partir de los textos originales, diversificándose las alternativas de productos, conformándose así series o colecciones, en especial en el ámbito de los cuentos para niños. También se les encargaba la traducción de obras del inglés al español con los mismos fines y procedimientos. De los autores o editores consignados en estas colecciones, cabe mencionar a Ch. Dickens, W. Scott, J. Spillmann, C.H. Fenn, P. Spalding, Condesa de Ségur, P. l'Ermite, Renato Bazin, P. Luis Coloma S.J., Florence Barclay, Matilde Alanic, F. Muñoz Pavón, Guy Chantepleure, E. Salgari, J. de Coulomb.

rectora de los sectores dirigentes (tradicionalistas), hasta invocaciones veterocatólicas, pasando por las disposiciones neotomistas, fundantes del corporativismo y el socialcristianismo.

La producción nacional se hizo presente principalmente desde locuciones tradicionalistas: Teresa Ossandón, Pbro. Gilberto Fuenzalida, Alfredo Barros Errázuriz, Aurelio Díaz Mesa, Ana Prats, Agustín Zegers, Guillermo de la Cuadra Gormáz, Pbro. Samuel Díaz Ossa, Carlos Silva Vildósola, Pbro. B. Gentilini o Pedro N. Cruz quienes, desde la prosa memorialística, el comentario de Encíclicas, la nota periodística, la crítica literaria, el ensayo histórico, la genealogía o la exhortación a los fieles, optarían por una intervención en lo social afincados más en modelos y valoraciones del pasado, que de visones reformadoras en consonancia con las nuevas situaciones. La preocupación, pero por sobre todo, la espera de las indicaciones que surgieran de la jerarquía eclesiástica, en lo posible, vaticana, acaparó las páginas de esta autoría. Lo mismo ocurriría –y con mayor razón, por cierto– en el sinfín de artículos sobre la cuestión social, el maximalismo, la Revolución Rusa, el sindicalismo, la beneficencia católica, el evolucionismo, el arte, los bailes modernos, el cine o la literatura, presentes en las revistas y boletines de ambos cleros. Una apelación predilecta de este ámbito literario, graficada en citas de texto o en pie de páginas, pero también por la constante reproducción de folletos y artículos por parte de la edición católica criolla (en especial de sus revistas), fue la figura del publicista francés del siglo XIX, Louis Veuillot, elevado por el ultramontanismo como modelo de periodista católico[126]. En un registro similar, para comienzos de los

[126] Los títulos difundidos corresponden a *La ilusión liberal, Cà et Là, La Vie de Notre Seigneur Jésus-Christ*

años 30, el biólogo y médico jesuita José de Laburú, será incluido con profusión entre las novedades en venta, tanto con *Jesucristo ¿Es Dios?*, como con *Origen y evolución de la vida*, texto de marcada oposición al evolucionismo darwiniano. Finalmente, señalemos que la *Revista Razón y Fe*, editada en Madrid desde 1901, dará a conocer a otros escritores moralistas de quienes también se harán llegar obras monográficas de base apologética, bajo el mismo sello editorial (Jaime Balmes, Luis Coloma y Eustaquio Ugarte)

Pero la impronta conservadora no sería exclusiva de la vertiente tradicionalista. Con pretensiones de cientificidad conciliada con temporalidad teológica, textos como *Conferencias sobre economía social*, de Juan Enrique Concha; *Los fundamentos de la Ciencia Social* y *Sociología Chilena*, del Pbro. Guillermo Viviani; *Sociología Popular*, de J.M. Caro, *La verdad sobre Rusia*, de J. Fernández Pradel; o *Conferencias populares*, de Martín Rücker, por citar a los autores y las obras "sociológicas" publicitadas por la librería de la Sociedad Bibliográfica como "recientes contribuciones del pensamiento católico"[127], el inmanentismo de la Verdad, como era de esperar, variaba sólo en sus formas, en particular en la modalidad más socorrida de describir taxonomías de principios, escuelas o autores aceptados o rechazados por la Iglesia y su *Index* en relación a las ciencias o el poder político. De ellas, corrientemente tomaban partido, sea de los preceptos de la organización económica (interesante en este sentido es el rescate que Concha hace del liberalismo de Le Play), de la eventual inclusión del Estado en temas de reforma social, o del impulso de las asociaciones intermedias (sindicalismo) según cierta mirada del orden gremial pre moderno. Hacia el final

127 Revista *El Perpetuo Socorro*, Santiago, 2, 1931, p

de los años que consulta esta investigación, la *Revista Estudios* y diversas contribuciones sobre pedagogía y educación, de un joven Alberto Hurtado, en *Efemérides Marianas,* ampliarían un poco la oferta lectora del y para medio católico más proclive, sino a dialogar con, al menos a conocer las nuevas tendencias.

Nuevamente, sea en los referentes intelectuales en que se basaron estos opúsculos, como en la diversidad de los catálogos de la Buena Prensa, fue la bibliografía general en lengua francesa la más abundante. Las versiones en español comenzarán a hacerse más visibles a partir del segundo lustro de la década del 20. A los documentos papales, que por el interés en su difusión dispusieron de circulación en castellano desde fines del XIX, se unieron ediciones cuya traducción ya señalaba cierto consenso en el "criterio católico" de tratamiento de los problemas sociales. Nos referimos, en particular, a la amplia oferta, desde comienzos de los años 30, del "Código de Malinas", cuya creciente refrendación en la opinión pública católica, dará paso a la publicación de la serie "Documentos de Malinas", folletos que daban cuenta del amplio prolegómeno de reuniones y posturas que había protagonizado la intelectualidad católica europea desde la segunda mitad del siglo XIX[128].

[128] Teniendo como antecedentes diversos encuentros que desde 1863 se venían registrando en Malinas (Bélgica) a fin de unir fuerzas ante las embestidas laicizadoras de los Estados europeos, de ellos surgirán variadas opciones de *aggiornamento* del catolicismo en áreas tanto eclesiológicas (apostolados laicos) como incluso relativas al ritual eucarísitco. Ello, unido "al despertar de la conciencia social de la fe" (Encíclica *Rerum novarum* de León XIII) se alentó entre los creyentes gran interés por los temas que, genéricamente, serían conocidos como la doctrina social de la Iglesia. En este contexto, en 1920, liderada por el Cardenal Mercier, se creó Unión Internacional de Estudios Sociales, con sede en la dicha ciudad. La Unión se propuso estudiar los problemas sociales a la luz de la moral católica; comunicar a los católicos sus conclusiones para que ellos las pusiesen en práctica, desarrollando, en consecuencia, un órgano consultivo para responder a los problemas concretos que se les planteasen. El resultado más acabo de su actividad, nos dice Revuelta, fue la elaboración de un "Código Social" publicado en 1927. Consta de una introducción y siete capítulos: familia, vida cívica, profesión, vida económica, asociaciones privadas, vida internacional

El "progresismo católico" en las librerías, sin ser la oferta preponderante del libro sociológico, tuvo otros autores europeos que la surtieron. Desde luego, ciertos "clásicos", como Chateubriand, Lemmanais, Lacordaire o Montalambert, sin ser del gusto de la ortodoxia, dispusieron de variadas menciones, al igual que el inglés J.H. Newman, sospechoso de "jansenismo"[129] a pesar de su conversión al catolicismo. Un comentarista de amplia divulgación por Splendor, fue el dominico G.C Rutten, autor de diversos folletos sobre las orientaciones sociales de las Encíclicas papales. En el plano filosófico, el neotomismo[130] se haría presente en la difusión de los distribuidores de la Buena Prensa principalmente a través de dos autores, el italiano Francisco Olgiati (*La cuestión social*), y el francés A. G. Sertillanges (*La filosofía de Santo Tomás de Aquino, Catecismo de los incrédulos*).

y, finalmente, vida sobrenatural como coronación de la vida terrena. Redactado en francés, fue traducido a numerosos idiomas (castellano, italiano, alemán, inglés, portugués, holandés, polaco y chino) y su influencia entre los estudiosos de los temas sociales fue considerable desde el momento de su aparición. Como complemento y bajo el título *La Hiérarchie catholique et la probléme social* (París 1931), se publicó una colección de cerca de l.500 documentos pontificios y episcopales a partir de 189l. Más adelante se publicaron nuevos códigos que vinieron a ampliar algunos aspectos ya contenidos en el primero: Código de moral internacional (1937); Código de la familia (1951); Código de moral y política (1957). La traducción castellana de todos ellos fue realizada por el jesuita Ireneo González (Santander 1959). José María Revuelta, Gran Enciclopedia RIALP, 1991, en www.canalsocial.net

129 La alusión, bastante anacrónica por cierto, no hacía sino retratar el ánimo de cautela y temor que persistía en buena parte del medio católico nacional respecto de asomos modernizantes al interior de sus filas. Digamos de paso que, con este adjetivo, vinculado a la figura del teólogo Cornelio Jansen (Holanda, siglo XVII), se enfatizaba la total obediencia a Roma y sus vicarios, rechazándose cualquier noción deliberativa, tal cual habría pretendido el citado Jansen.

130 Desde fines del siglo XIX, el neotomismo o neoescolasticismo se hará fuerte como factor de renovación de la teología católica. Apuntando a un fortalecimiento de la metafísica como modo de pensar (filosófico) auténtico, su valor reside en el esfuerzo de reconceptualización ontológica de los hechos y fenómenos de la realidad humana (histórica y social). De su matriz devendrán posturas variadas, siendo las más trascendentes para el pensamiento social católico de la primera mitad del XX, los tratamientos que llevará a cabo J. Maritain en su idea de "nueva cristiandad".

5.

Bibliotecas de la Buena Prensa[131]

Las rutinas de la gestión editorial de la Buena Prensa –inclusión, exclusión y jerarquización de lo publicable– adquirieron, en el ámbito de lo legible, una muy nítida expresión.

Si bien una parte considerable de los impresos que patrocinó en su difusión fueron de origen externo al medio nacional y, en no pocos casos, escritos en épocas anteriores al período aquí consultado (primeras décadas del siglo XX), fue el semblante de expresa defensa del tradicionalismo doctrinario como factor de incidencia social, lo que aunó la variada gama de ediciones que cobijó como oferta lectora, tanto de la elaborada por autores y autoridades pretéritas y veneradas, como de la surgida de plumas más recientes y, por lo mismo,

131 Las informaciones que aquí entregaremos hacen mención únicamente a las bibliotecas de consulta pública, en consonancia con los fines publicísticos de masas de la Buena Prensa. Por tal motivo, quedan fuera de esta descripción todos los fondos bibliográficos católicos privados o de usos institucionales, como los de Seminarios, Colegios, Conventos, Universidad Católica, Órdenes y Congregaciones.

bastante más dispuestas a colaborar con las buenas lecturas por medio de productos más afines a los públicos y gustos del momento.

Como hemos visto hasta aquí, el proyecto de la Buena Prensa, en sus afanes por incidir en las tendencias y prácticas lectorales de las sociedad santiaguina de comienzos del siglo XX, buscó ejecutar una gama de acciones en los ámbitos de la producción y circulación de productos definidos como morales, sanos o instructivos, cuya consulta por creyentes y no creyentes debía, de algún modo, reducir o poner coto a los males de impiedad y confusión social inherentes a toda laya de impresos inmorales y antirreligiosos. En esta misma dirección, llegar a contar con espacios –bibliotecas– que, de modo más eficaz e intensivo, pudieran contribuir a tales logros[132], no estuvo ajeno a su actuación, si bien con resultados muy limitados.

Uno de los primeros esfuerzos de que hemos obtenido noticias a este respecto, fue la creación de la Biblioteca de la Federación de Obras Católicas, en 1914. Habilitada en su sede de la calle Bandera, las dificultades en la mantención de su funcionamiento y la baja concurrencia de interesados, harán que, al año siguiente, sus servicios se trasladen a un lugar donde se esperaba tener mayor éxito: la Asociación de Estudiantes Católicos, ubicada en calle Rosas 1074. Ahí, por un espacio de tiempo que desconocemos en su extensión, la atención favoreció la

[132] Cualquiera que, por interés o simple curiosidad, se acercara a una biblioteca católica "popular", esto es, abierta al público general, no podía ser visto como simple consultante por parte de los encargados del espacio. De acuerdo a distintas estrategias y recomendaciones, como por ejemplo, las expuestas por el editor salesiano Gentilini, a esta persona había que "rodearla con una buena atención", recomendarle libros e iniciarla en las lecturas correctas. Los resultados de todo ello se reflejarían tanto en su adhesión a la causa católica, como en la difusión que esta misma persona haría, entre amigos y familiares, de la calidad de los libros y la atención brindada.

modalidad "circulante" antes que la lectura en sala[133]. Con horario de 13:30 a 16:30, se ofrecían libros de literatura, apologética, de consulta, novelas y revistas europeas.

Por su parte, entre 1916 y 1917, la Sociedad de la Buena Prensa de la Arquidiócesis de Santiago, realizó constantes llamados para que sus Centros de base organizaran espacios para la lectura en los locales de sus parroquias y templos. Constituidos mayoritariamente por mujeres jóvenes y de mediana edad de los sectores acomodados de la capital[134], a estos Centros se les encomendó la tarea de formar, a base de abnegación y obediencia, lugares donde los necesitados de las buenas lecturas –obreros, jóvenes y mujeres aún no apartados de la fe por la literatura ponzoñosa– pudieran conocer y recibir orientación respecto de los impresos útiles y convenientes. Los resultados de tales encargos, por más que se remarcaran en reuniones, charlas y exhortaciones, no fueron alentadores ni perdurables[135].

[133] La expresión "circulante" se refería al préstamo a domicilio por una o dos semanas. Se podían llevar hasta tres obras dejando en garantía un monto en dinero equivalente al valor de los textos prestados. "Biblioteca Circulante", *La Patria*, 43, abril 1915, p. 24

[134] La cantidad de socias por Centro variaba de 15 a 35 personas. Siendo, como se dijo, en su mayor parte público femenino, la organización también consideró a la participación de hombres. Cuando así ocurría, por lo general se les daba la presidencia del Centro.

[135] "Hoy día –exponía un Editorial del Boletín de la Sociedad de la Buena Prensa– se lee mucho; hoy día se piensa y se habla según lo haga el libro leído (…) La sociedad actual se devora los libros y nada contribuye tanto a levantar o a arrastrar el nivel moral de un pueblo como la elevación o bajeza de las obras que lee. Sin embargo, las publicaciones, o no están al alcance de todas las fortunas o, por su género ligero, no son adquiridas por todos. De aquí han nacido las bibliotecas, instituciones que tiene por objeto principal el hacer llegar los diversos libros que se publican a las manos del pobre, del joven y de toda clase de personas. Desgraciadamente, las obras que se entregan a circulación son generalmente inmorales, antirreligiosas y socialistas, y de aquí resulta que lo que pudo ser fuente inagotable de bienes y adelantos, es foco tenebroso de bajezas y odios. Es necesario, entonces, remediar el mal y el único medio es oponer a una biblioteca popular mala, una buena; es entregar a la circulación el mayor el mayor número de obras cristianas, morales y de enseñanzas sociales. Esto lo pueden hacer poco a poco los Centros de la Buena Prensa".

Concebidos desde su inicio (1906) como colaboradores en la diseminación de la propaganda católica[136] y en la recolección y destrucción de toda publicación tenida como impía y contraria a la religión –atea, masónica, protestante, modernista, blasfema o lasciva– este tipo de funciones consumían el tiempo y los recursos de los quince Centros que se conformaron en la capital[137].

Los Centros de Santa Ana, San Saturnino y Todos los Santos, fueron los únicos que reportaron haber establecido alguna biblioteca con un volumen de textos que no superó los 300 ejemplares. A partir de 1918, el *Boletín* de la Sociedad no recogerá más este tipo de informaciones ni volverá a hacer del tema un tópico de

Entre las tareas que se encargaban a los Centros a fin de organizar sus propias bibliotecas, se encontraban: 1. *Recomendar los buenos libros*: "Actualmente se publica mucho, pero pocos saben de ello, y más aún, son menos los que conocen lo que realmente es bueno leer"; 2. *Aumentar las bibliotecas*: "El trabajo que comenzará, ante todo, buscando y desprendiéndose de buenos libros (…) podremos conseguir libros entre nuestras relaciones, libros ya leídos por ellos y que para muchas personas constituyen novedad. Si cada socia consiguiera diez o quine volúmenes al año, al cabo de un par de ellos tendrán los centros su regular biblioteca de propaganda que ejercería su acción en un barrio entero. Muchas personas no tienen libros y aman grandemente la propaganda escrita. A ellos se le pide dinero, no importa que sea poca cantidad: reuniendo pequeñas limosnas se puede comprar uno, dos, tres libros nuevos"; y 3. *Atender periódicamente al público*: "Como es gravoso disponer de locales y personas que se encarguen de atender las bibliotecas, los Centros estarían en mejores condiciones de hacerlo pues las bibliotecas pueden funcionar en el mismo lugar donde residen los Centros; se deben establecer horarios y días en que se prestarán los libros, los plazos de lectura y los textos a recomendar". "Las Bibliotecas Populares y los Centros", en *Boletín de la Buena Prensa*, 17, año II, junio 1917, p.1-4

[136] Los Centros repartían en misas, comisarías, hospitales, fundos, conventillos, patronatos, fábricas, escuelas, dispensarios, o en actos públicos como procesiones y romerías, catecismos y variadas hojas de propaganda, opúsculos y folletos. Entre los más utilizados estuvieron *El faro del hogar*, *El amigo del hogar, Lecturas dominicales,* el *Boletín de la Buena Prensa, Almanaque parroquial, La Hojita Parroquial, Toma y lee*, los *Tracts (de la Gruta de Lourdes), Alerta, La Luz, y Los Santos y el Purgatorio.*

[137] Estos fueron: Sagrario, Casas Cunas, San Rafael, Santa Ana, San Lázaro, Asunción, San Ramón, Ñuñoa, Todos los Santos, Santísima Trinidad, San Saturnino, Santiago Apóstol, Lourdes, Viñita y San Isidro. Su quehacer debía darse con estricto apego a las decisiones surgidas del Directorio Central de la Sociedad, así como de lo que resolviera el párroco o religioso local que los supervisaba. Además de su quehacer proselitista en distintos establecimientos públicos, debían conseguir suscripciones para las publicaciones católicas (revistas, diarios, folletos), realizar rifas y veladas literarias para la consecución de fondos y colaborar en oficios religiosos a favor de la buena prensa.

divulgación, con lo que podemos presumir el fracaso de las experiencias citadas.

En similares términos, el impulso bibliotecario de la Asociación Católica de la Juventud Femenina –organización que se preciaba de tener 6.000 socias en 130 Centros a nivel nacional en 1924– no logró dar sustentabilidad a los cuatro locales de lectura pública que informó haber habilitado en Buin, Puerto Montt, Nueva Imperial y Santiago[138].

Obviamente, el conjunto de recursos que la iniciativa demandaba –libros y revistas, espacio físico con luz y sanitarios, amoblado, personal entendido en la administración de existencias y catálogos, útiles de oficina, fondos para compra, reposición y suscripción de títulos, etc.– importaba medios financieros y factores de gestión que muy difícilmente estuvieron al alcance del grueso de los militantes laicos de la Buena Prensa. Los aportes en tiempo y dinero que normalmente erogaron a la causa (recordemos que no se trataba de personas pobres), tuvo sus límites en las actividades propagandísticas habituales que llevaban a cabo, las mismas que, para poder realizarlas, debían financiar completamente, sin expectativas de retornos.[139]

[138] "Muy halagador sería que cada Centro funde cuanto antes una Biblioteca para las socias, donde estas obtengan libros amenos, instructivos, y cuya lectura les proporcione singulares ratos de esparcimiento, a la par que de provecho. Para facilitar la fundación, el Directorio Nacional ha nombrado una comisión de niñas, encabezada por María Aldunate, que se encargará de solicitar libros de las personas que deseen hacernos este obsequio; de invertir el dinero que de los Centros se envíe para libros; en fin, de servir a los Centros en todo lo referente a su Biblioteca. Esta comisión estará bajo las órdenes de Monseñor Rafael Edwards, y dependerá del Directorio Nacional. El día que los ciento treinta Centros de la Asociación cuenten con su Biblioteca, y las seis mil socias lean libros instructivos y buenos, se habrá logrado una inmensa victoria (...) Las madres de mañana tendrán su criterio rectamente formado porque no ha pasado leyendo solamente novelas insulsas cuando no inmorales, que para nada bueno preparan. Sí. La Biblioteca en cada Centro será una realidad porque el Señor nos ayudará a formarlas". "La Biblioteca", en *Hacia el Ideal*, 11, septiembre 1924, pp.1-3

[139] La entrega de los diferentes formatos propagandísticos que ejecutaban los

Delante de tal panorama, no es de extrañar que la única experiencia bibliotecaria viable fue la que corrió por cuenta del selecto grupo de mujeres católicas nucleadas en La Liga de Damas Chilenas[140], organismo que, al hacer confluir en su interior solvencia económica y capital cultural, pudo dar vida a diversos emprendimientos de este tipo que se prolongaron más allá de su propia existencia organizacional[141].

Inaugurada en julio de 1913 en la sede de La Liga (Moneda 1062), un año después, por razones de espacio, trasladará su funcionamiento al local la Federación de Obras Católicas. Su acervo bibliográfico inicial fue de 400 volúmenes, número que ascendería a 1.700 luego de dos años. Dirigida a atender las necesidades de "lectura, propaganda y moralización de la falanges cooperadoras de la Iglesia", según la Memoria de 1916, la Sección contaba con 223 inscritos, en su mayoría mujeres. Las solicitudes de este grupo de abonadas, más la libre consulta en sala, había llevado a que durante el último año de servicio, los prestamos totalizaran 2.890,

Centros, era gratuito para los receptores. Esto obligaba a los asociados a tener que comprarlos a los productores y distribuidores de la Buena Prensa (Imprentas, Asociaciones, Congregaciones, Librerías, Apostolados) mediante ofertas por volumen, apertura de créditos o suscripciones a bajo costo. De ahí que la celebración de rifas, colectas en misas, o conseguir benefactores, se tornara un hecho prioritario en la vida de los Centros.

140 Creada en 1912, prolongará su vigencia hasta mediados de los años 30. Para una visión directa de su discurso y actividad, se debe consultar su órgano *El Eco de la Liga de Damas Chilenas* (1912-15), continuado por *La Cruzada,* 1916-1917. Para distintos acercamientos sobre su quehacer y e importante significado social, religioso y político, ver Erika Maza Valenzuela, "Liberales, Radicales y la Ciudadanía de la mujer en Chile, 1872-1930", *Estudios Públicos,* 69, Santiago, 1998, pp. 319– 356; Ana María Stuven, "El Feminismo en Retirada", *Estudios Públicos*, 90, 2003, pp. 311-334; Erika Kim Verba, *Catholic Feminism and the Social Question in Chile, 1910-1917: The Liga de Damas Chilenas,* Lewiston, Mellen Press, NY, 2003

141 Manteniéndonos en el criterio de examen de las bibliotecas abiertas o públicas, aquí nos ocuparemos sólo de la propiamente institucional o Biblioteca de la Liga de Damas. Con caracteres de uso cerrado, ellas también organizaron tres bibliotecas más: la de la Obra Pio X, organización religiosa juvenil creada en 1924 por el Pbro. Alfredo Silva Santiago y cuya actividad se extendería por más de cuatro décadas; la biblioteca de los Círculos de Estudios Católicos, y la Biblioteca de las Obras sociales y gremiales de la Liga.

cifra que llenaba de satisfacción a sus responsables[142]. Cuatro años más tarde, los volúmenes en circulación ascenderían a 3.759[143].

La oferta, "perfectamente numerada y catalogada por autor y temas", fue organizada teniendo en mente "la adecuada orientación a nuestras adherentes". Así, se disponía de obras "sólo para señoras"; otra general, "para señoras y jóvenes"; otra "para niñas" y, finalmente, "para niñitas".

> Este arreglo –comentaba *La Cruzada*– permite colocar en la general, algunas obras muy recomendables para todas, pero que deben leerse con juicio más formado que el que puede exigirse a los 15 o 17 años. En la sección infantil, las madres podrán encontrar lectura apropiada hasta para niñitas de la más tierna edad. Esto por medio de libros de estampas, o pequeñas narraciones ilustradas que permiten despertar en los niños el gusto por la lectura y el sentimentalismo de lo bello[144].

De otra parte, se comunicaba que, resueltas las dificultades provocadas por la guerra europea, próximamente se anunciarían novedades en literatura y narraciones amenas. También, dado el auge que "han tomado los asuntos sociales", se estaba colocando interés en adquirir libros sobre las "obras sociales": "así, las personas que se ocupan de ellos, ya sea de círculos de estudios, sindicatos obreros, patronatos, escuelas, o catequesis, tienen a su

[142] "Debemos congratularnos de los buenos resultados obtenidos, proporcionando lectura moral e instructiva, según su gusto y exigencia, a tantas personas que hasta ahora habían tropezado con numerosas dificultades para satisfacer sus aficiones literarias", "Memoria de la biblioteca", *La Cruzada,* 102, año V, 15 noviembre 1916, p. 9

[143] "Memoria de la Liga de Damas", *Revista Roma,* 41, Santiago, octubre 1921, p. 360

[144] "La Biblioteca", *La Cruzada,* 80, 15 diciembre de 1915, p.7

disposición las obras de consulta que necesiten”[145]

Las fuentes consultadas nada dicen respecto de las preferencias en el material solicitado, tampoco hay datos acerca de quiénes fueron las abonadas o qué tipo de público no inscrito acudía. El préstamo domiciliario, que necesariamente requería de la formalización del vínculo con el lugar, debió registrar datos personales básicos, sin embargo, los ignoramos. Cabe conjeturar, sin embargo, que los asiduos a la biblioteca no fueron mujeres (u hombres) pobres –se debía pagar o renovar regularmente la incorporación– y debieron contar con instrucción; es más, por la abundancia de libros en francés, esta instrucción debió ser medianamente sistemática hasta niveles superiores de Humanidades[146], de modo que es muy probable que las socias/os de esta biblioteca correspondieran a católicas/os de estratos medios, probablemente adscritos a alguna obra de Iglesia (y de la propia Liga) y con inquietudes de ilustración generales, es decir, un tipo de público muy acorde a la oferta lectora del repositorio, mayormente centrada en obras apologéticas y de buen ejemplo moral.

Su catálogo de 1928, cuando la biblioteca contaba ya con 15 años de vigencia, nos aproxima, estimamos que apropiadamente, al tono de las lecturas y lectores que privilegió. Veamos un resumen de la situación.

[145] Ibídem

[146] Una personalidad dada al estudio y la lectura, como fue la de Luis Emilio Recabarren, hizo su preparatoria y secundaria (Humanidades) en colegios de beneficencia católica -donde la lengua francesa era obligatoria– logrando un buen manejo lector y oral de ella.

Biblioteca Liga de Damas Chilenas, Títulos por Materia e Idiomas, 1928

Materia[1]	N° títulos	% del total	Castellano	Francés	Inglés	Italiano	Otros[2]
Religión	54	2,6	15	39	-	-	-
Piedad	241	11,4	131	104	5	1	-
Vidas Edificantes y de Santos	134	6,4	24	108	1	1	-
Filosofía, Educación Moral	200	9,5	43	157	-	-	-
Acción Social	35	1,5	10	25	-	-	-
Viajes	83	3,9	19	64	-	-	-
Literatura	362	17,1	88	269	1	4	-
Novelas	824	39,2	360	393	69	1	1
Infantil	174	8,3	83	76	15	-	-
Total	2.107[3]	100,0	773	1.235	91	7	1

Fuente: *Catálogo de la Biblioteca de la Liga de Damas Chilenas*, Claret, Santiago, 1928.

1. Las materias y sus títulos son los que designa el Catálogo
2. Corresponde a una obra en portugués
3. En su mayoría, los títulos disponían de un solo ejemplar. Sumando los pocos casos en que el título tenía 2 ó 3 copias, el total de volúmenes era de 2.318. La cantidad base de 2.107 obras, representa el 90,1% del conjunto de existencias señaladas por el Catálogo.

Como se observa, más de la mitad de los registros estaban escritos en francés (58,6%), en tanto que los libros en castellano eran un poco más de un tercio del total (36,7%). El idioma inglés, apenas alcanzaba al 4,3% de la biblioteca. De igual manera, la oferta hemerográfica contemplada en el Catálogo –diez revistas de informaciones bibliográficas, de orientación e ilustradas para damas, jóvenes, caballeros y niños– eran de procedencia francesa[147].

[147] Sus títulos eran: *Les Etudes, Le Correspondant, Revue des Objetions, Le Polybiblion, Revue des Lectures, Veillées de Chaumières, La Maison, Les Fiches du Mois, Le Noel, Livres et Revues*

Ratificándose la relevancia de la producción francesa consignada, 17 de las 20 autoras/es con mayor prevalencia de obras en el Catálogo (ver cuadro), eran literatas/os francófonas/os de origen, destacando M. Maryam (seudónimo de Marie Cadiu, 1847-1927); Jeanne de Coulomb (seudónimo de Marie de Lagrandval); y, el Padre Teófilo Moreux, (astrónomo, 1867-1954). La Baronesa de Orczy, no obstante escribía en francés, era súbdita británica de origen húngaro (fue la autora de la Serie Pimpinela Escarlata, 1865-1947)[148].

Autoras/es con mayor número de títulos

Autoras/es	N° de títulos
M. Maryam	64
Jeanne de Coulomb	46
P. Teófilo Moreux,	25
Baronesa de Orczy	25
M. Delly (seudónimo de Marie Petitjean de la Rosière)	20
Matilde Alanic	18
Paul Bourget	17
Celarié	17
Joaquín Folch y Torre	16
Henry Bordeaux	13
Floran, (seudónimo de Marie Leclercq)	13
Mgr. Tissier	13
Eveline Le Maire	12
Andree Vertiol	12
Henri Ardel (seudónimo de Berte Abraham)	12
Matilde Aigueperse	11
A. Bruyère	10
P. Francis Finn	10
G. Goyau	10
L. Rouzic	10

148 Los otros no franceses, fueron el catalán Folch y Torres, y el inglés Finn

La presencia de Maryam, Coulumb, Orczy, Delly o Alanic, ocupando las primeras posiciones en el cuadro precedente, se correlaciona claramente con las materias más importantes en el Catálogo: literatura y novelas, las que, sumadas, sobrepasaron el 56% de toda la colección.

Buscando datos más precisos sobre sus libros, encontramos que Calmann-Lévy, Lethielleux, y Montsouris Editions, fueron las casas editoriales que promovieron su producción a partir del último cuarto del siglo XIX, en el contexto de una boyante expansión de la industria editorial de masas. Particularmente significativo fue el caso de Montsouris, perteneciente a Charles Huon de Penanster y su esposa, Claire Le Roux. En 1880 iniciaron en Paris la publicación de la revista femenino-familiar *El pequeño eco de la moda* cuyo éxito en Francia –más de 200.000 ejemplares mensuales– se debió especialmente a los insertos de novelas por entregas (folletines). Autoras de estas historias fueron, precisamente, las citadas Alanic, Maryam o Coulumb (entre varias más de nuestra lista). A partir de 1893, los folletines comenzaron a publicarse como libros independientes en la Colección *Stella*. Su popularidad fue tal que hasta 1930, *Stella* contabilizaba más de 600 títulos de obras "para señoras y señoritas". Según su propaganda, estas novelas elevaban el pensamiento "sin evadirse en la imaginación".

Contrastando con la literatura de esparcimiento y la religioso-moral, la de Acción Social fue de proporciones menores (1,5% del total), con obras que mezclaron visiones de corte caritativo-tradicionales (Peláez, Haussonville, Bessieres), con otras que llamaban a una actuación más de avanzada en la evangelización del orden social, como fue el caso de los folletos y documentos de *L'Action Populaire* francesa, creada en 1903 por la Orden Jesuita.

En el campo de la literatura para público infantil, los libros de mayor concurrencia en el Catálogo fueron los de la española Sarah Lorenza, con su serie *Las Aventuras de Hugo*; los de la Condesa de Ségur, noble francesa de origen ruso (Sofía Fiódorovna Rostopchina, 1799-1874); de Evelyn Raymond (1843-1910) y su zaga de *Dorothy*, y Francis J. Finn, escritor de narraciones juveniles. Estos últimos, norteamericanos.

Finalmente, señalemos la notoria carencia de autores nacionales en la Biblioteca de la Liga (15 obras en total). A los ocho títulos apologéticos del Padre. B. Gentilini, se agregaron otros cuantos de Amalia Errázuriz y Teresa Ossandón, ambas, socias de la Liga; relatos históricos de María de la Luz Morales y José Zapiola; novelas y crónicas de Víctor Domingo Silva y Jenaro Prieto; además de un par de obras de defensa teológica de los presbíteros Julio Restat y Gilberto Fuenzalida.

6.

Libros buenos, libros malos: la Buena Prensa católica y la higiene de la lectura a comienzos del siglo XX

¿Quién arrancó del corazón de tantos infelices la religión materna, a la que tanto amaban? ¿Quién no ve que la mala prensa es la más terrible máquina de guerra que ha manejado el infierno?[149]

Con estas y otras advertencias, la Buena Prensa quiso intervenir y orientar las lecturas que podía o debía hacer la población del país, más si la mayor parte de ella se declaraba adscrita a la fe católica. Y lo hizo desde una postura de autoridad moral que no sólo implicó prescribir lo que era lícito o ilícito leer, sino también, para que quedaran completamente claras las razones que justificaban sus dictámenes.

Presidida por la lógica dicotómica –siempre muy eficaz a los fines propagandísticos– y en vistas a pedagogizar

[149] "La mala prensa", *Lecturas Dominicales*, 113, Santiago, 26 agosto 1906, p.3

su discurso y objetivos sociales respecto de la lectura, la opinión confesional confeccionó una clasificación donde los impresos podían ser *buenos*, *malos* o *neutros*. Demás estaría decir que los buenos eran los apegados al magisterio y, los malos, obviamente, los contrarios. Pero esta plantilla, si bien funcional a los efectos de demarcación que se perseguían, por su misma generalidad no dejaba de resultar demasiado simple y hasta inútil cuando se trataba de ser más pulcro o menos al bulto en el señalamiento de las lecturas convenientes al alma de los y las católicas.

En efecto, si ya con sus exageraciones de libro bueno o malo el ámbito literario sufría los rigores del moralismo eclesial, con mayor razón la nomenclatura aparecía problemática al momento de tener que precisarse qué era lo que se entendía por escrito neutro, y ello no sólo porque su eventual identificación proviniera de la negación de sus extremos (lo que no era bueno ni malo), sino, por sobre todo, porque lo tenido por neutro correspondía a la parte más amplia y diversa de los productos editoriales de acceso público, es decir, a la prensa de masas.

Desde luego, al no tomarse en cuenta que, al margen de sus intenciones de control sobre las conciencias, en las principales ciudades del país se estaba llevando a cabo la transformación del campo editorial mediante la aparición de actuaciones empresariales que apostaban por la masificación en el consumo de impresos (particularmente de revistas y novelas, además de los cambios que se operaban en la prensa diaria) la insistencia en el sambenito de lo neutral y la incapacidad de abordarlo contextualmente, redundaría en los evidentes síntomas de fracaso de la pastoral del impreso y la lectura en que se empeñó el proyecto de la Buena Prensa.

Fue recurrente entre los publicistas religiosos de la época, echar mano al *desiderátum* del comportamiento lector católico elaborado a comienzos del siglo XX por el clérigo español Antolín López. Nos referimos a su *Credo del lector cristiano*[150]. En atención a este verdadero frontispicio del deber ser del lector católico, se esgrimirían un conjunto de argumentos acerca de lo que se debía consultar, cuánto se debía consultar y de qué modo había que hacerlo, todo en aras de la perfección de la inteligencia, el cuidado del alma, el alejamiento o represión de las pasiones indebidas, la educación en todas las edades y sexo y, por cierto, la disposición a la obediencia y la salvación. A la base de estas expresiones, como se podrá observar, tanto en su diagnóstico como en sus prescripciones, subyació una analítica del hombre

[150] 1. Creo que la lectura es el alimento moral del alma y que las doctrinas hacen a los hombres según el refrán, en todo tiempo conocido: "dime con quién andas –qué lees– y te diré quién eres"
2. Creo que el temperamento intelectual se forma, como el del cuerpo, según los alimentos que se toman
3. Creo que es imposible al más fuerte carácter, resistir siempre a la misma lectura. Siempre lo que frecuentamos acaba por ganarnos para sí
4. Creo que el mal libro es un amigo corrompido y corrupto
5. Creo que las malas lecturas son tan perniciosas para las almas como el veneno para los cuerpos
6. Creo que la lectura de las novelas despoja de gravedad el carácter, de seriedad la vida, de pureza el corazón, y de fuerza la voluntad
7. Creo que muchos se forjan ilusiones acerca de las lecturas que hacen o permiten
8. Creo que los que permiten, favorecen, imponen, o aconsejan lecturas frívolas, asumen, en presencia de Dios, una tremenda responsabilidad
9. Creo que, en el momento de la muerte, muchas ilusiones se disiparán demasiado tarde, y con detrimento de muchas almas
10. Creo que si todas las almas perdidas por malas lecturas nos aparecieran, quedaríamos atónitos por su grande número
11. Creo que si los libros hablasen, nos revelarían cosas espantosas acerca del apostolado de perversión que han ejercido sobre las almas
12. Creo que un cristiano no debe leer malos libros; que comprándolos malgasta su dinero; que leyéndolos pierde su tiempo, su inteligencia y su alma y que, si tiene alguno, su deber es arrojarlo al fuego
13. Creo todo esto en nombre del buen sentido, de la experiencia y de la fe
Antolín López Peláez, *Nuevo viaje por mis aposentos*, G. Gili, Barcelona, 1905, p.34. Una versión comentada del mismo está en *La Estrella de Andacollo*, 96, Santiago, 16 abril 1910, p.268. El credo también se halla en *El Eco de Lourdes*, 75, Santiago, agosto de 1907, p. 501

y de la época signada por la corruptibilidad del primero y la impiedad de la segunda.

Las relaciones entre el individuo y las lecturas importaban influencias aún más poderosas que las que se podían dar entre las personas: a diferencia de estas, con mayor posibilidad de ser biunívocas, la primera sólo era activa en el caso del escrito, sometiendo a su antojo al lector o lectora si estos no llegaban a ser capaces de contrarrestar sus influjos de imaginación con claros gestos de su voluntad, en los casos que se requiriera. Ciertamente que esta mecánica, siendo válida de modo universal, tenía consecuencias positivas únicamente si lo leído pertenecía a las páginas de la literatura sublime, moral y verdadera asentada en la moral católica. De no ser así –y, en la época moderna, esto no se daba en la inmensa mayoría de las situaciones–, se requería que la ingente masa de lectores –cristianos los más– evitaran todo contacto con textos que podían trastornar su ánimo; y en caso que por gusto, hábito o profesión, aún sin proponérselo, merodearan por aquellos peligros, debían demandar la guía y consejo de algún entendido que los pusiera a salvo de tales riesgos[151].

[151] "Las malas relaciones mucho influjo tiene sobre el alma. Grandes son los atractivos de la música. Los biógrafos y los teatros tienen pésima influencia sobre la imaginación. Todo aquello es indiscutible. Y bien, la novela reúne todos estos atractivos tentadores (…) seductor en su lenguaje, encantadora es su música, sus escenas sensuales seducen, cautivan a las almas, sus historias gustan al espíritu, conmueven el corazón. Varias especies tiene esa invención diabólica. Hay novelas antirreligiosas (al leerlas uno pierde su religión), anti-familiares (hacen padres malos, pésimas madres, los esposos olvidan sus deberes), antisociales (forman a los revolucionarios, a los huelguistas, fomentan rebeliones contra las autoridades), otras son puramente inmorales (predican el vicio, divinizan las pasiones)… En conclusión: no hay que leer malas novelas; no hay que comprar malas novelas; no hay que vender malas novelas; hay que quemar las malas novelas; hay que luchar contra todas las malas novelas". "Las Novelas", *Boletín de la Buena Prensa*, 12, noviembre 1916, p.9 Este mismo Boletín, en páginas posteriores y en tono catequético, señalaba: "¿Qué tribunal es el competente para calificar los escritos de buenos o malos? La Iglesia Católica, única depositaria de la verdad, es la encargada de conservarla y defenderla ¿De dónde tiene estas atribuciones? Su divino fundador la dotó de cuantas necesitaba para proteger la verdad y defenderla. ¿Qué dijo Jesucristo a los Apóstoles y, en ellos, a

Ramiro, "orientador bibliográfico" del Boletín de la Sociedad de la Buena Prensa, recordando a San Agustín, señalaba a sus lectores que el mal libro enseñaba al hombre a ver el mal sin horror, a hablar de él sin pudor, y a cometerlo sin avergonzare. El alma del lector –sancionaba– se va empapando poco a poco en las ideas del autor y, más tarde, las pone en práctica sin ningún reparo ni remordimiento.

Enseguida, trayendo a colación una de las tantas frases satíricas del francés Alfonso Karr, remataba:

¿Sabéis cuántas cabezas ha trastornado la *Nueva Eloysa*? ¿Cuántas necedades ha causado el *Werther* de Goethe? Desde madama Sand las demandas de divorcio, que antes eran escándalos raros, han aumentado en una tercera parte (…) Balmes dice: en las lecturas deben cuidarse dos cosas: escoger bien los libros y leerlos bien, leerlos con atención, para que lo bueno que contengan pueda aprovechar[152]

Los libros, para este comentarista, eran siempre el principio de todo bien, como, así mismo, de todo el mal de que se podía ser víctima. El lector asiduo del buen libro podía "hablar" con todos los grandes hombres que habían honrado al mundo, y esto porque "todos los hombres grandes se han formado leyendo a otros hombres grandes, es decir, empapándose en la lectura de libros escritos por hombres eminentes (…)"[153]

Volviéndose luego a la crítica de su momento, las emprendía contra "la erudición a la moderna", aquella que, a su juicio, se lanzaba a la lectura de toda clase de

sus sucesores? *Id, enseñad – El que os oye, a mí me oye; el que os desprecia, a mí me desprecia.* Y San Pablo encarga que se corrija, se reprenda con toda paciencia y doctrina Escolar". *Ibídem,* p. 16

152 "Las Lecturas", *Boletín de la Sociedad de la Buena Prensa*, 37 y 38, Santiago, Agosto-septiembre 1919, pp. 18-22

153 *Ibídem*

libros creyéndose capaz para discernir entre una lectura buena y otra contraria a ella y que, por fin, "termina por devorar con el mismo gusto lo bueno y lo malo, envenenando así sus almas". "Pero así son las cosas", sostenía con resignación. Este amor a la novedad, concluía, estaba arrastrando al mundo a lamentables extravíos, y "por aquello de probar todos los manjares", no se excluían ni siquiera los que, a ciencia cierta, contenían "gérmenes de muerte". De donde resultaba que, a fuerza de leer cuanto nuevo se escribía, en no pocas almas se estaba produciendo una "mescolanza repugnante" de prácticas católicas con prácticas espiritistas, de ciencias cristianas con inquietudes teosofistas, y esto sin temor ni duda a que, de aquel cúmulo de ideas contradictorias, podían resultar efectos catastróficos[154].

Los desvaríos de la novela

Si había un género que, por antonomasia, encarnaba la mala lectura y sus funestas consecuencias, este no era otro que el de la novela, tanto de la contemporánea (comienzos del XX), como de su predecesora, la del romanticismo decimonónico.

Esta última, por su exaltación del misterio y de los elementos fantasiosos e irracionales del espíritu, y al emparentarse, a la vez, con las posturas revolucionarias

[154] La apreciación sobre los potenciales daños que podía producir la lectura, más si ella era "mala", predominó durante todo el período que contempla esta investigación. Así, por ejemplo, de 1932, podemos leer: "¿Quién puede poner en duda la influencia perniciosa de las novelas en general? Exaltan la imaginación, muchas veces hasta la demencia: y podría afirmarse que la mayor parte de las situaciones dolorosas de la vida, en que naufraga el honor, la razón y la conciencia, llenando de luto los hogares, han tenido su origen en la lectura de esas novelas criminales, de que se hace un comercio oculto e infame, y que los y las jóvenes incautos leen, a hurtadillas, en los hogares y en los colegios" "Sobre la lectura. Su influencia", en *El mensajero del Santísimo Sacramento*, 5, Santiago, mayo 1932, p. 145

y antimonarquistas de la política europea de fines del XVIII y buena parte del XIX, no podían sino provocar el escándalo y el rechazo de su halo estético por parte de los sectores tradicionalistas.

Inmersos, como estaban, en ideas que pretendían hacer del arte la pura manifestación de lo sacro y de su vínculo religioso con los hombres, los publicistas de la Buena Prensa no estuvieron en condiciones de ponderar el subjetivismo plasmado en esta literatura de un modo distinto que no fuera sólo la expresión de horror. Esto, unido al reduccionismo psicologista que emplearon (y del que luego hablaremos) para enfrentar las novedades que acaecían en el campo literario y de la comunicación social de comienzos del XX, los llevó al encierro en tautologías antinómicas como las que hemos descrito.

El libro mal escrito, si bien podía "pervertir el gusto" –por lo cual ya era malo– no excedía de ello en sus efectos; sin embargo, si el libelo contenía "malas ideas", ahí sí se estaba en presencia de lo peor. Entre ambos –y he aquí lo retorcido del argumento– cabía un "mal intermedio", el representado por los productos de una "prensa neutra" que, no conteniendo, necesariamente, malas ideas, potencialmente podía conducir a lo enteramente perjudicial: sus impresos y lecturas, al deteriorar la voluntad y la sensibilidad, colocaban al individuo en el umbral del quiebre de la fe y las buenas costumbres. En esta condición de ser puente hacia el descalabro, se encontraban las novelas: no todas, obviamente, sino muy en particular las hechas bajo el influjo del romanticismo.

El romanticismo había falseado el "verdadero concepto de la vida"[155]. El héroe romántico, llevado

[155] "La lectura. La novela inmoral", en *El Primer Viernes,* Santiago, diciembre 1926, pp. 339-346

por sus impulsos y pasiones, se enfrentaba a la moral y el correcto orden social condenándose, por mano propia, a callejones sin salida: el suicidio o a la muerte por tisis de él o su heroína, consumaban tal impostura. De esta suerte, el escándalo residía en que la novela romántica pretendía hacer girar el mundo en torno al "pequeñito yo" del egoísmo y el descreimiento. Ahora bien, esto, bebido por un/a joven de criterio en gestación, indefectiblemente provocaría en ellos el deseo de organizar su vida al estilo de estos personajes, persuadidos de que al corazón no se le debían poner trabas, cuando, en realidad, estas pasiones, o no tenían derecho a existir o, y si las hubiera, debían ser reprimidas, en caso que se opusieran a la ley divina. La contumacia en tales lecturas y sus imaginaciones, haría sobrevenir el desdén por las preocupaciones de la vida normal y cotidiana de cualquier persona, en especial, de sus obligaciones para con Dios, la familia y la patria. En fin, con su lectura sólo se lograría enervar y deprimir las únicas facultades que labraban el destino de cualquiera, esto es, la voluntad y el carácter.Pero el pecado del romanticismo, si bien abominable, no se compararía con el de la novela más reciente, la contemporánea[156]. Al pretender "pintarnos el mundo y la vida tales como son, del modo más concreto posible, llegando hasta la prolijidad del detalle y sin detenerse ante la descripción minuciosa de lo reforme o repulsivo"[157], arrojaba al mundo una "literatura peligrosísima". Constituidos, como estamos, de una sensibilidad que nos llevaba,

[156] De hecho, al revisarse los títulos de novelas y autores que ofrecía o publicitaba la Buena Prensa por medio de sus librerías (Federación de Obras Católicas o Splendor, por ejemplo), se advierte la presencia de producciones románticas y tardo-románticas, en especial en los relatos de W. Scott o la poesía de G. A. Becker. Otro tanto ocurrirá más tarde, con la promoción de literatura de ciencia ficción. Ciertamente que tener que emprender iniciativas comerciales a un público abierto, hacía aflojar las reconvenciones doctrinarias.

[157] *Ibídem*

"naturalmente, a imitar, y a realizar todo aquello que es objeto de nuestro conocimiento y de nuestra visión", mientras más íntimamente afectamos nuestra interioridad, "más vehemente es nuestro impulso instintivo a pretender reproducirlo".

Lectura y subjetividad

Los difusores del mal sabían de ello. Conocían de la precaria subjetividad del hombre moderno, aprovechándose, en consecuencia, de tal estado de cosas para materializar sus pervertidos fines: la ganancia económica, la destrucción del orden, el debilitamiento de la fe y la Iglesia. Así, por ejemplo, en Europa y América, editorializaba el *Boletín de la Buena Prensa*, "en diferentes torneos y congresos, se ha planteado la necesidad de generar literatura para el pueblo. Entre esta, ha cobrado fuerza la revista ilustrada, páginas de fácil digestión que produce buenas ganancias".

Lo grave es que los sectarios, conocedores del partido que puede sacarse de las publicaciones periódicas dedicadas a la niñez y a la adolescencia, las editan en gran número, traficando con la sencillez y la credulidad, obteniendo un gran negocio. Al deseo de perder las almas, se les junta el de ganar dinero, en lo cual les ayuda una nube de propagandistas y de comerciantes[158].

En Francia, afirmaba el editorial, sobre todo las logias, estaban realizando una verdadera corrupción de menores, colocando en mano de los chicos, a precios inverosímiles por lo barato, diversas publicaciones

158 "Las revistas ilustradas", *Boletín de la Buena Prensa*, 16, Santiago, mayo 1917, p. 5

ilustradas que eran verdaderos "lazos tendidos a la fe y a la honestidad". Se trataba, al decir del *Boletín*, "de periódicos de factura elegante y atractiva con los que se busca infiltrar en sus tiernos ánimos, el tósigo de la inmoralidad y del escepticismo". Y concluía, "la literatura infantil no mata menos almas que la escuela sin Dios"[159]

Algunos meses después, el *Boletín* las emprendía otra vez contra las revistas ilustradas dirigidas al público joven. Individualizaba su postura en contra de la revista *Monos y Monadas,* publicada en Valparaíso y conocida también en la capital. Acusándola de "pornográfica", señalaba:

> Circula por allí una revisteja atrevida, *Monos y monadas* que tiene por principal objeto el mantener vivo en nuestra sociedad ese alto ideal de moralidad: la pornografía. Sus editores inventan cada día nuevos medios para que aquello se venda y se propague entre la juventud, amparados bajo la tutela de la mansa y maternal autoridad. Y consiguen su objeto, pues el tal papelucho lo hemos visto en manos de obreros, de estudiantes y, aún, de doncellas, que no se ruborizan de manejar esas armas de corrupción[160]

Así como la prensa impía degeneraba las costumbres, la revista inmoral (gráfica) comerciaba con la "pornografía". Ella tenía una ventaja sobre otras: los grabados atraían más los sentidos, fijaban por más tiempo las impresiones y aumentaban en alto grado "el incentivo de la lujuria". Sus mentores eran peores que cualquier criminal. El ladrón u homicida actuaba muchas veces con su razón nublada, en cambio, "el sucio especulador piensa, medita y con diabólica lucidez tiende su asqueroso artículo para

159 *Ibídem*

160 "La Prensa Escolar", *Boletín de la Buena Prensa*, 12, noviembre 1917, pp. 5-6

atrapar inocentes". El delincuente común podía herir el cuerpo, pero este otro destruía el alma, arrojando "el germen corruptor al corazón hasta inficionar todo el ser. Muy pronto los inficionados forman legión y la revista se vende y se propaga que es un contento".

Si bien la curiosidad, el afán de imitación y la tendencia juvenil a desobedecer a sus padres y mayores eran –según los redactores de la Buena Prensa– constantes que habían acompañado a la humanidad desde épocas muy remotas, con la vida moderna -y su prurito de esparcir a los cuatro vientos su malsana burla de toda autoridad-, estas debilidades habían adquirido una fuerza abismante, trastrocando el correcto sentido de las cosas en direcciones igualmente perjudiciales: de una parte, la molicie, los vicios y la falta de carácter se multiplicaban especialmente entre los sectores más eminentes de la sociedad, mientras que, de otra, se inflamaban los enconos y rivalidades de los grupos menos afortunados. De esta suerte, situaciones que hasta no hace mucho eran realidades ajenas a nuestra tierra, resultaban ahora "pan de cada día" entre los chilenos (desórdenes callejeros, atentados contra la propiedad y la vida, suicidios, aumento de la criminalidad, desmoralización o la proclamación de vanguardias irracionalistas en materias de creación y arte), como resultado del arribo y profusa circulación del escrito malo, la mala novela o el pasquín irreverente[161].

[161] "Hace quince años sólo conocíamos el anarquismo por las noticias que nos llegaban de Europa; lo mirábamos como una plaga de países extraños, no nos llenaba de terror. Empezaron a circular en Chile las obras de los defensores del anarquismo y, por primera vez, vimos en esta nación joven que es nuestra patria, hombres que públicamente se proclamaron anarquistas. Es la literatura revolucionaria la que nos ha traído el atentado terrorista. Las declaraciones de Plaza Olmedo son una prueba: él ha dicho que bebió las ideas ácratas en las obras de Kroptokine, de Bakounine, de Nietzsche, etc." "A dónde conduce la mala prensa, en *Lecturas Dominicales*, 412, Santiago, 23 junio 1912, p.2. "Hace algunos años que el criminal Cottin agredió a Clemenceau. Era Cottin, antes, hombre honrado y de buenas costumbres ¿Cómo sufrió tan radical transformación? Ante el capitán Bouchardon, encargado del proceso, respondió que decidió su ataque producto de sus pensamientos y lecturas. En efecto, entre los objetos

Proponiendo una explicación más refinada como causa de los daños que encerraban las "malas lecturas de revistas, libros y otros impresos", el sacerdote Pedro Pérez, ss.cc, recurre a la aplicación del "principio científico del efecto motor de las imágenes, o sea, que toda idea inclina al acto de que es representación". En torno a su versión de tal premisa –manifestación, según él, de la más moderna "piscología católica"[162]– adosará varias implicancias en virtud de las cuales se justificaban plenamente el rechazo a las tendencias subjetivistas en el terreno del arte y del pensamiento, el control y censura sobre tales productos, así como el reforzamiento de los roles sociales tutelares que debían ejercitar los padres, los grupos de la elite, la Iglesia y el Estado.

En el campo lector, el principio del efecto motor de las imágenes y sus perniciosas consecuencias, lo graficaba del siguiente modo:

> Se han visto niños que han sentido vehementes impulsos de asesinar a alguien después de haber leído algún libro de crímenes celebres. Es sabido que la lectura del *Werther* desencadenó, en su tiempo, una verdadera epidemia de

incautados a Cottin había una maleta llena de libros entre los que figuraban obras de Kropotkine, Prudhon, Renan, Mirbeau, Faure, Potthier, Dumas y otros, a cual más escandaloso e inmoral, sin contar la infinidad de periódicos de esta índole. Está, pues, averiguado, por confesión del mismo Cottin, que la lectura de esta clase de libros y periódicos habían hecho de él un criminal", "Las malas lecturas", en *La Acción,* 115, Santiago, 23 julio 1922, p. 1

162 Su aserto es absoluto, pues para Pérez, fuera del catolicismo, no podía haber más ciencia psicológica. No obstante, de nuestra parte, podemos convenir que el horizonte moral previsto por el catolicismo dispone aún de capacidad de incidencia para el campo de la psicología –disciplina en constante entredicho respecto de sus bases teórico-epistémicas– es claro que ello dista bastante del representacionismo conductual que pone en juego aquí este religioso. Por cierto que el mismo, por la época en que es expuesto, está afectado de un mecanicismo en desuso al suponer como válido la existencia de "principios causales", concepto muy propio del positivismo cientificista decimonónico. Pero advirtamos que, no por cuestionado, el recurso no deja todavía de aparecer constantemente entre historiadores y demás científicos sociales.

suicidios, *porque la idea inclina al acto*. ¿Y qué no pasará cuando la sugestión involucra una pasión mucho más cálida, como es la sensualidad? Al leer una escena voluptuosa nuestro organismo entero vibra al diapasón de las impresiones que va almacenando nuestro cerebro. En el temperamento más frio, la sensualidad es, en el mejor de los casos, como una fiera que duerme y, en la conservación de la virtud de la pureza, acaso las tres cuartas partes del trabajo consiste en hacer el silencio alrededor de esa fiera, para que no despierte; cuando vosotros leéis cosas excitantes, no hacéis sino darle pinchazos ¿Y habrá después quien venga a decirnos que para él, semejantes lecturas no le hacen nada, que no hay razón para prohibirlas?

Respecto a los que sostienen que al artista debe atender únicamente a su inspiración y puede ejecutar su obra con entera prescindencia de la moral, esos o son unos cándidos que jamás se han percatado de los efectos del pecado original en el hombre, o son unos perfectos amorales, que no conocen más norma de conducta que la salud y el placer.

Las impresiones peligrosas quedan alojadas en nuestro cerebro con vida latente en ese mundo que llaman hoy de la subconsciencia, prontas a irrumpir en la conciencia y empujarnos al pecado con una fuerza que no sospechábamos, en un momento oportuno.

Para que un libro sea inmoral no basta que en él se consignen pecados; lo principal es que advirtamos cómo el autor nos hace la descripción complaciente y minuciosa de escenas sensuales en vez de dar a entender simplemente la acción ilícita en dos rasgos, y seguir adelante. Como la

> idea inclina al acto en proporción directa a la cantidad de elementos concretos y sensibles que contenga, la simple enunciación puede no ser inmoral, pero sí su descripción[163].

El "principio sicológico", más allá de la condena que señalaba para determinadas lecturas, tenía también aplicación para otras "artes imaginistas", como eran el teatro y el cine que, cuando menos, en niños y jóvenes, "acarreaban una funesta anticipación del erotismo". Como corolario de la descripción, el articulista exponía sus motivos para temer que la "sociedad que tal tolera, está en un proceso de disolución, semejante al que precedió a la caída del Imperio Romano. La savia cristina que circula en nuestro tronco puede salvarnos todavía".

"Uno de los deberes de mayor responsabilidad de los padres –comunicaba *El Mensajero del Rosario*– es el de las lecturas. Las novelas incendian el corazón y apagan los sentimientos de los jóvenes". El llamado lo hacía a propósito de los resguardos que había que tomar ante el "desbordamiento escandaloso de pornografía" que existía en las calles de la capital:

> los kioskos –agregaba– ostentan descaradamente toda la licencia grosera de sus periódicos y de sus folletos. El diario anticlerical se ve en muchas manos, el periódico socialista es buscado por el obrero, el semanario se sucesos es saboreado con insana naturalidad por todos.

En cada rincón de la calle, en los cafés, en las estaciones, en los comercios, la mala prensa iba "destilando su ponzoña". Ante esa invasión desenfrenada de la letra impresa ¿qué hacer?, se interrogaba la nota. Dirigiéndose

[163] "La lectura y la cultura", en *El primer viernes*, Santiago, 5 julio 1918, pp. 399-412

expresamente a la mujer creyente, indicaba que cada cristiana hiciera lo suyo en su respectiva esfera de acción. Lo primero, no había que perder la oportunidad para dar a conocer el desagrado, su disgusto "siempre que vea al enemigo"; así dará a conocer a los demás dónde y qué tipo de impresos se estaban vendiendo. Igual de necesario era que denunciara a la autoridad edilicia o a la intendencia el tráfico en cuestión, de modo que procedieran a la incautación y la multa. También, como parte del "boycoteo", los católicos conscientes debían evitar comprar cualquier artículo de uso diario en aquellos despachos y comercios que ofrecieran tales "venenos". Por último, se recordaba a los que realmente querían defender a su Iglesia y su fe, los constantes pedidos que realizaban los pastores para ir en apoyo de la Buena Prensa, solicitudes que contemplaban no suscribirse ni comprar prensa impía; no colocar en ella anuncios publicitarios; contribuir sólo a la prensa genuinamente católica. Con estas medidas, se debía restar a los impresos inmorales "todos los recursos de su ganancia, sus lectores y su influencia"[164]

¿Qué leer y cómo leer?

Como lo mencionáramos más arriba, a la par con las advertencias y demostración de los severos daños que se podían padecer como resultado de la exposición a las malas lecturas, la necesidad de dejarse guiar por alguna voz experimentada y sabia, constituía tal vez si el modo más certero de hacer de la lectura "un arte excelso", es decir, uno de los modos más eficientes para lograr la beatitud.

[164] "El boycoteo necesario. Acción de la mujer contra la mala prensa fuera de su hogar", en *El Mensajero del Rosario,* Santiago, 1 de Octubre 1921, p.8

"Hoy se publica mucho pero se lee poco, y lo poco que se lee, es malo", aseguraba una nota del *Eco de Lourdes*. Como prácticamente nadie leía "seriamente", y como los impresos influían en las personas, si ellas se aficionaban sólo a sandeces, "su personalidad es inconstante, débil, sin firmeza". En general, se culminaba, "la gente actual es así, los tiempos modernos han producido personalidades fútiles, precarias que sólo gustan del placer del momento y malgastan su tiempo en nimiedades"[165].

Entre las personas que con más propensión estaban sujetas al desquiciamiento de las costumbres a raíz de la fatuidad de muchas de las lecturas en circulación, las mujeres -además de lo ya señalado sobre los niños– conformaban objeto de atención particular para cubrirlas de cuidados y prevenciones.

"Si la persona poco escrupulosa en achaques de lecturas es mujer, se comprende que le será en extremo difícil librarse de las redes del escepticismo y de la impiedad", rotulaba N.N. en *La Estrella de Chile*, órgano del Patronato Santa Filomena. Y continuaba:

> La imaginación femenina, la exuberancia de su sentimiento, la falta de hábitos en estudios filosóficos, su natural debilidad intelectual y su relativa facilidad para dejarse sugestionar por opiniones ajenas, todo esto hace que carezca de armas para defenderse contra el sofisma; y si a estos defectos genéricos el lector imprudente agrega el ser dominado por la tiranía de una alguna pasioncilla, como el orgullo intelectual o el amor por algún autor incrédulo, ya nos explicaremos la pérdida de la fe en muchos espíritus débiles o ignorantes[166]

[165] "La lectura", en *El Eco de Lourdes*, 18, julio 1917, p. 15

[166] "Las lecturas", *La Estrella de Chile*, 7, julio 1907, p. 292-293

La "higiene del alma" implicaba un método, un procedimiento que, por lo corriente, comenzaba por apelar a un símil fisiológico del efecto de los alimentos para el organismo humano. Así como la salud y el vigor del cuerpo requería de nutrientes sanos y ricos en proteínas, así también la sanidad del alma demandaba de elementos nobles y sustanciosos. La lectura, siendo en teoría un manantial de beneficios, poseía en su mesa mucho de carroña y alternativas dulzonas que, consumidas en exceso y sin equilibrio, como estaba ocurriendo entre la mayor parte de las personas, estaba destruyendo la tradición y la cultura. De esta forma, la primera prevención a tener en cuenta correspondía a no aceptar ningún alimento intelectual que no fuera perfectamente sano. Toda mala alimentación o veneno, fatalmente produciría sus efectos en el organismo, se tuviera o no conciencia de ello. Dicho así, la lectura de autores modernos era un banquete cargado de manjares y de excitantes licores de toda clase, en su mayoría superfluos. ¿Cuáles, entonces, debían ser los criterios para conocer lo bueno y distinguirlo de su contrario, en materia de lectura?

Primero, respecto de la cantidad, era preferible leer poco, aunque de calidad. Leer mucho y de todo, era propio de los espíritus vacios, de los que el tedio los llevaba a picar en cuanto libro pillaran con tal de matar el tiempo. No deteniéndose nunca en lo leído, sus opiniones correspondían a las del último autor leído, pues las del penúltimo, ya las había olvidado. Para este tipo de lectores/as, la "novela apasionante" era su tirano. Así, poco a poco perdían su voluntad, anulando su carácter. Para evitar este "vicio intelectual", aparte de leer menos, se imponía, como segundo criterio, regular el tiempo dedicado a la lectura, fijando un tiempo determinado para ella. Una vez concluido este período –no más de dos horas diarias– se debía respetar de modo inflexible. Transgredir lo convenido, arrastraría

al lector al quiebre de su vida moral, quedando inerme frente a la arbitrariedad, al capricho y a la seducción del momento (Pablo González R. SSCC)

En tercer lugar, la lectura debía procurar ser "provechosa", "sacar algo de la lectura", de modo que eduque las facultades y depure los gustos. Para ello, se debía leer de manera reflexiva, con atención y lentitud, para apreciar el fondo y la forma. Esto sí que era leer, y sólo leyendo de ese modo se llegaría a enriquecer o formar el juicio propio. Luego (cuarto criterio), para coronar el provecho, la lectura debía "asimilarse", paso que obligaba al lector a resaltar, escribir y resumir todas aquellas partes del texto que lo hubiesen cautivado o hallara sumamente valiosas. El posterior repaso de estas marcaciones, daría a él "la verdadera vendimia del saber y la belleza". Esto en cuanto al procedimiento. Veamos ahora lo tocante a qué se debía leer.

El "experto y sabio conocedor" recomendaba eludir de inmediato, por inútiles, "las novelas, folletines y revistas con historias insulsas y vulgares", que solo hacían perder el tiempo a la juventud. Entre los novelistas de ideas sanas, se debía escoger a los de verdadero mérito, por sus pensamientos y estilo. Además, la lectura puramente recreativa debía alternarse con la "instructiva" para no convertirnos en unos "eternos superficiales".

Aparte de "buena" e "instructiva", la lectura también debía ser "oportuna", es decir, debía hacerse en orden a la edad, sexo e intereses del lector. Sólo así ella sería provechosa y útil:

> No podemos aceptar la lectura del primer libro que cae en nuestras manos, únicamente porque tenemos la posibilidad material de hacerlo: si no observamos la conveniente coherencia de nuestras lecturas, tendremos la más lamentable incoherencia en nuestras ideas y en nuestros principios, en vez de una síntesis vigorosa y

> dinámica, apta para acrecentarse con elementos y para rechazar los elementos inasimilables. ¿Por qué vemos tantos católicos que profesan ideas anticatólicas? Porque en su cabeza hay el desorden de los principios, falta la coherencia (…) Es de suma imprudencia y temeridad adentrarse en el laberinto de los autores y los libros sin una guía que nos conduzca y sostenga.[167]

Del cúmulo de señales sobre el cómo y el qué leer surgía, finalmente, el "plan de lecturas", las indicaciones específicas de materias, autores y títulos en filosofía, historia, literatura y religión que, *grosso modo,* debían conducir el hábito y preferencias lectoras de un cristiano responsable.

En filosofía y religión, no se trataba de tomar, como hacían "las señoritas de Paris", las obras de Bergson, pensador volátil y de moda, al igual que Nietzsche, Emerson o Spencer. Estos, si bien podían ser "pensadores", no cultivaban la "filosofía verdadera" o "única" de Platón y Aristóteles, depurada y completada por el Cristianismo, principalmente por el "genio sin igual de San Agustín y Santo Tomás". De querer conocerse a filósofos actuales, ahí estaban los trabajos del Cardenal Mercier (primado de Bélgica), o los estudios de Alberto Farges. De gran provecho resultarían también los escritos "incomparables de nuestros grandes pensadores católicos, que enseñan mejor que nadie a pensar bien: Balmes, Donoso Cortés; el Conde de Maistre, Louis Veuilliot, Brunetière".

167 "La lectura, el método", *El Primer Viernes*, año XVI, Santiago, agosto 1926, pp. 185-187

Por su parte, para conocer como se refutaba la teoría de la evolución, principal batería de argumentos en contra del Cristianismo, se podía leer a Quatrefages; las obras de Lapparent, del Dr. Grasset, de Farges, los libros de la Biblioteca Ciencia y Religión, de la Federación de Obras Católicas; de Eymieu, o los libros del Pbro. Alejandro Vicuña.

En historia, siendo la Revolución Francesa el acontecimiento decisivo de la modernidad, muy convenientes eran los textos de Gustave Lenôtre, de H. Taine, Alberto Sorel y Alberto Vandal. Sobre el conflicto bélico europeo (Primera Guerra Mundial), oportunas eran las obras de Gabriel Hanotaux; Henri Bordeaux y René Bazin

En literatura, en vez de "novelitas y cuentos infantiles", mucho más pertinentes resultan las Monografías de Ozanam (*La civilización en el siglo V*); *La Chevalerie*, de León Gautier, y las obras de Godefroi Kurth y Monseñor Baunard. Muy útiles y amenas resultarían también las Biografías *Vida de Santa Isabel de Hungría*, del Conde de Montalembert; *Santa Cecilia y la Sociedad romana*, de Guéranger; *San Ambrosio*, de Mons. Baunard; *San Agustín*, de Louis Bertrand, amén de los escritos de Joergensen y de Reynès Monlaur. Para Sudamérica, un recurso "notable" era la biografía del gran estadista y cristiano ecuatoriano García Moreno, del P. Berthé. En Chile, las monografías más sobresalientes pertenecían Crecente Errázuriz; Carlos Walker Martínez y Pedro Nolasco Cruz[168]

[168] En historia y crítica literaria, se sugerían las obras de Ruíz Salcedo, P. Blanco García, Menéndez y Pelayo, Juan Valera, y Valbuena. Para Chile, Emilio Vaisse, Pedro Nolasco Cruz y Eliodoro Astorquiza Para conocer la literatura francesa, los mejores guías resultaban ser René Doumic, Emile Faguet, Petir de Julleville; para literatura inglesa: Augustín Filon. "La lectura y la cultura", en *El primer viernes*, Santiago, 5 julio 1918, pp. 399-412

Un semestre más tarde, con ocasión de las vacaciones del período estival, una nueva propuesta de lecturas se hizo presente en *El primer Viernes*, esta vez, como los libros idóneos para las vacaciones de la juventud.

"Los que se encuentran todavía en la edad feliz en que ignoran la vida, hacen muy bien, para no turbar ni empañar la hermosa claridad de sus ojos y de su alma, contentarse con la novela blanca o rosa, novelas de aventuras bonitas, maravillosas, dramáticas que cautivan la imaginación del joven lector sin agitar su corazón"[169]. Los modelos de esta clase de lecturas eran Julio Verne, Paul Fival, Raúl de Navery, la Condesa de Ségur "la abuela de todos los niños del mundo"; Fenimore Cooper (autor de *El último de los mohicanos*). Para estos lectores, en opinión del artículo, "se han formado buenas bibliotecas de novelas como la *Biblioteca rosa*, de la Casa Hachette; la *Biblioteca del Hogar* y la *Biblioteca de mi hija*, de la casa Gautier, y la colección *Bijou*, de la Buena Prensa de Paris.

Para niñas, en el período "tan delicado" que mediaba entre la salida del colegio y los veinte años, podían leer obras especialmente apropiadas para ellas, "por haber salido de preciosas plumas femeninas", como eran las de Raynés Monlaur, Julia Lavergne, Madame Craven, M. Le Beaumont, Roger Dombre (Madame Sisson), Mario Donal (María Chambon), Madame Delly, Jean de la Brète (Alicia Cherbonnel), Eugenia de Guéron, Marie Jenna (Cecilia Renard), Condesa Saint Martial y Lucía Félix Faure Goyau.

Ahora, si además de la entretención, los "jóvenes cultos querían adentrarse en el conocimiento de letras

169 "Lecturas de vacaciones. La novela moderna", en *El primer viernes*, Santiago, 3 enero 1919, p.8

de mayor vuelo narrativo", podían revisar cualquier volumen de René Bazin, Alfonso Daudet, Paul Bourget o Henry Bordeaux. Desaconsejables para sus espíritus, eran las obras de Pierre Loti ("de moral siempre dudosa, su creación no pasa de lo descriptivo, un paisajista, un exótico sentimental y, a menudo, sensual"), de Anatole France, "gran ídolo setentón del mundo radical y ateo (…) nadie puede negar que hoy día es el primer farsante y cínico de las letras del mundo entero"), de los Dumas y de la "libertina" G. Sand. En cambio, "señeras e ilustres" resultaba la prosa de los españoles Pereda, Coloma, Ricardo León, Fernán Caballero, Navarro Villoslada y el P. Antonio Alarcón. De los ingleses, los novelistas R. H. Benson, Walter Scott y Ch. Dickens, "sin duda, el estado mayor de la novela inglesa moderna"

La Censura

El método de la higiene mental, antes, durante y después de la retórica disuasiva que acabamos de describir, disponía de un rasero categórico contemplado en los manuales directrices de la buena lectura los que, de un modo u otro, se ofrecían como complemento y actualización operativa y circunstanciada de las determinaciones generales contenidas en el Índice de libros prohibidos por el Dicasterio Vaticano. Nos referimos a las recomendaciones bibliográficas que, en el medio local, podían provenir de la Asociación de la Buena Prensa, de La Liga de las Damas Chilenas y de diversas otras voces públicas que se alzaban en pro de la moralidad de los impresos y la lectura. No menos significativos, aunque de una efectividad social nula, también se contaba con los vademécum de Pablo Ladrón de Guevara –sin duda, el más difundido–, del Abate Bethleem o de M. Duval (*Le livre qui s'impose, El libro que se necesita*).

Constantemente denostados y hasta ridiculizados por la prensa no confesional[170], la taxonomía lectoral católica insistiría en parapetarse en la misión –autoasignada, por cierto– que sostenía como la única posible para el momento: la de corregir el tráfago de perdiciones y naufragios en que había caído la sociedad moderna como resultado de una muy mal entendida libertad.

Si realmente el cristiano era sincero en sus convicciones –cosa cada vez más inusual, según la propia vocería católica– y se comprometía, a partir de él mismo, a que ellas modelaran la senda de su vida y de los demás, no sólo debía respetar la censura eclesiástica a determinados libros y autores, sino también, se esperaba que pujara para que del beneficio que de ello surgiría, aprovecharan todos los hombres. Y si llegado el caso se le interrogaba –como solía ocurrir– por qué la religión pretendía prohibir lo que a todas luces era beneficioso y hasta placentero a nuestra alma e intelecto –la libertad de leer y la libre formación del juicio–, éste no debía dudar en contestar: "la moral cristiana pone en cuestión aquello por el propio bien del individuo y su salvación; y en mérito de tal celo, únicamente canaliza sus apetencias según su edad, estado y sexo"[171].

Teniendo por norte una publicidad de masas cuyos contenidos fuesen, de un lado, la pureza doctrinaria –contemplada, por sobre todo, en la locución vaticana del Verbo y su réplica en los mensajes de la Jerarquía diocesana y regular– y, de otro, la estricta sujeción de los comportamientos individuales a los preceptos de

170 Casi todas las revistas católicas presentan defensas y polémicas respecto de la censura católica. De modo sobresaliente, fue en la prensa de la Liga de las Damas Chilenas donde con mayor ahínco se discutieron estos temas, máxime cuando, aparte del área bibliográfica, el teatro, las zarzuelas, el *varieté* y el cine, fueron objeto de su ojo escrutador, propiciando diversas campañas de denuncia y boicot frente a lo que consideraban espectáculos indecentes y atentatorios contra la moralidad pública.

171 "Nuestro deber", *El Mensajero del Rosario*, 14, Santiago septiembre 1919, p. 302.

un cierto modo único del vivir cristiano, el ideal de la buena prensa hubo de propiciar, consigo misma y con los productos ajenos, una constante labor de vigilancia y revisión de todo tipo de impresos[172]. Para ello, buscó poner en práctica advertencias y procedimientos represivos que, al margen de su baja sistematicidad, difícilmente producirían los resultados que tal vez se esperaban: más allá de la retórica de disuasión –siempre abultada en consejos y la mención de males–, su propia reiteración no hace sino considerar una efectividad ínfima. Describamos el punto.

En sintonía con lo contemplado por los dicasterios romanos, la buena prensa debía orientarse –y orientar a sus lectores– teniendo a la vista las señales provenientes del magisterio superior, particularmente del estampado en las versiones del *Index* de escritos y autores prohibidos. Sin embargo, este mecanismo, siendo el más autorizado, no resultaba práctico ni oportuno. A las dificultades de traducción y selección de obras pertinentes al medio, se unía la presencia de numerosos autores desconocidos para Europa, de manera que no todos los censurados por Roma tenían alguna gravitación en el país. En este sentido, el *Index* podía servir sólo para aquellos nombres o ediciones de mayor renombre[173].

[172] Aquí nos remitimos sólo a los productos editoriales, aunque no podemos dejar de indicar que esta actitud reprensiva rayana en lo represivo, también se hizo presente con el conjunto de las manifestaciones del arte, la creación y la recreación, como eran, la dramaturgia, la poesía, el teatro, el baile y el cine. A este respecto, Glaneur D'Epis (seudónimo), *El Baile*, Lecturas Sociales, 25, mayo-junio, Apostolado de la Prensa, Santiago, 1925; Glaneur D'Epis, *El Teatro y otros espectáculos*, Lecturas Religioso-sociales, 65, Apostolado de la Prensa, Santiago, 1932; Gabriel de la Paz (seudónimo), *Por la moral en literatura y artes*, Biblioteca Moral del A.P., Santiago, 1934.

[173] De acuerdo al *Index* o Índice de libros prohibidos (y sus normas generales que antecedían a los listados), se atenían a penas de excomunión reservada al Papa, o a caer en pecado mortal, los textos, autores, editores, impresores, vendedores, lectores y retenedores de obras que, de manera abierta o encubierta, ofendieran a la Iglesia por vía de la herejía o la defensa cismática, suscitaran el socavamiento de los fundamentos de la religión, alentaran la difusión de mofas o enseñanzas de "cosas obscenas", favorecieran sortilegios y supersticiones, condescendieran con el divorcio,

Amen de las prescripciones generales que pudieran realizar los más leídos e ilustrados entre los religiosos locales, la tarea tuvo que contar con el auxilio de diversos "entendidos", no pocos de ellos laicos, que debían actuar de consuno con la autoridad respectiva, debiendo estas últimas confiar –a veces sin mucha convicción– en lo que se le aconsejara. El asunto adquiría mayor perplejidad al tratarse de párrocos o dirigentes de obras laicales, donde el entusiasmo editorial de alguna revista u hoja de difusión, podía llevarlos a no advertir errores, o no realizar, como se espera, condenas más taxativas[174]. En general, los eclesiásticos tampoco podían llegar o conocer la variada gama de impresos que circularan o se produjeran en el país, muchos de ellos sin autor o sin mención de imprenta.

Entre las medidas de vigilancia y de "policía intelectual" que, según el salesiano Gentilini, había que ejecutar, estuvieron las regulares visitas a la Biblioteca Nacional, para saber de novedades editoriales, tipo de público consultante y obras solicitadas. Esto le ofrecía a la Arquidiócesis disponer de cifras y tendencias que luego podían ser usadas para ilustrar artículos de prensa o fundamentar campañas a favor o en contra

el suicidio o el duelo, los que trataran de logias masónicas y de otras organizaciones que atentaran contra la sociedad civil y las buenas costumbres. En lo relativo a las publicaciones religiosas, quedaban sujetas a reprobación todas las que no tuvieran la debida autorización eclesiástica. Finalmente, incluso los que dispusieran de autorización apostólica o diocesana para tener y leer obras prohibidas, debían, en lo posible, evitarlas o limitarse a lo estrictamente necesario. La primera edición del Índice es de 1559, y la última, de 1948. En 1965, el Vaticano anunció que no volvería a publicarse. El Dicasterio respectivo anunció que el mismo conservaría su vigor moral pero dejaba de tener valor de ley eclesiástica al ser abrogados los cánones1399 y 2318. Francisco J. Urban, "La calificación moral de las novelas", *CAUCE*, 2, Madrid, 1998, pp. 1-18

174 Por su parte, en el plano de las bibliotecas personales o de familia, así como en las suscripciones a periódicos y revistas que realizaran los particulares, las posibilidades efectivas de depuración resultaban escasas. En pureza magisterial, este era un punto especialmente crítico, pues era sancionable no sólo la lectura de libros prohibidos, sino la mera retención pública o privada de ellos, aunque no se consultaran.

de determinados autores y lecturas, o bien justificarían reclamos ante la autoridad civil sobre el uso de los recursos públicos.

No fue tampoco infrecuente la concurrencia a librerías y otros lugares de expendio –kioscos, tiendas, portales– a fin de constatar la oferta de literatura obscena o subversiva. De estas pesquisas, se deducían luego campañas o llamados al boicot, así como requerimientos de razias para la incautación de las ofensas. Los barrios comerciales de San Diego o Mapocho, estuvieron constantemente entre las zonas más denunciadas, así como establecimientos de educación secundaria y superior (Liceo de Aplicación, Instituto Nacional, Universidad de Chile), sitios donde la acción controladora resultaría prácticamente imposible[175].

Por su parte, los "buzones de la buena prensa", si bien pudieron tener una función relevante entre los dispositivos de control –a fin de cuentas, su eventual instalación fue el modo más concreto de poder aminorar la circulación de las malas lecturas– las fuentes no señalan nada acerca de su número ni atención. Es cierto que se publicita la actuación que en este sentido se propusieron cumplir grupos de creyentes en diversas parroquias de la capital, por lo común de aquellas que nucleaban a los habitantes más acomodados de la ciudad, sin embargo, no se registran informaciones en torno a los posibles acopios y su carácter. Cuando más, se alude a ciertas recolecciones o entregas de impresos por parte de particulares, correspondientes a libros o periódicos "sanos" y cuyo destino, en consecuencia, era la redistribución de los mismos entre nuevos lectores.

175 Organizaciones obreras, templos protestantes, salones masónicos o clubes sociales y políticos, no aparecen mencionados como lugares acusados, lo cual nos lleva a estimar que la preocupación eclesiástica se centró más en la circulación y los canales de difusión de los impresos, que en las instancias de creación y producción.

En cambio, con relación a la recepción de los “malos” o “inmorales”, si los hubo, no hay antecedentes. Debemos, eso sí, ser cautos con estas omisiones. No entregar detalles sobre estos últimos, pudo haber estado originado en la conveniencia de no dar flanco a acusaciones de oscurantismo e intolerancia, tan en boga en la época en contra de la Iglesia. Además, como el fin no oculto en la captación de escritos inmorales era su destrucción por el fuego, se hacía indispensable, muy probablemente, mantener la reserva sobre este proceder.

Ahora bien, siendo el plano discursivo más que el concreto el modo predominante de controlar la lectura, el *Boletín de la Sociedad de la Buena Prensa*, durante la década de su vigencia, dio a conocer las sanciones bibliográficas contenidas en dos obras dirigidas *ex profeso*, a dilucidar la materia. Nos referimos a la del Abad de la Catedral de Cambray, el francés Louis Bethleem, y a la del jesuita colombiano Pablo Ladrón de Guevara. Previo a reseñarlas, consignemos de paso un aspecto que es elocuente respecto del temor con que la Iglesia enfrentó el espíritu moderno: ambas se remiten, primordialmente, a uno de los géneros literarios menos aprehensible –material y creativamente– al orden sacerdotal: la narrativa o novela, el mismo que, en sus variadas manifestaciones, resultaba el más popular entre el consumo masivo de lecturas[176].

[176] En sus resoluciones, el Concilio de Obispos de América Latina (1899), había expuesto que “entre todos los libros malos, son más peligrosos las novelas, las cuales enervan e impiden el vigor de la virtud cristiana bajo la aparente y curiosa forma de una mentida erudición y de fingidas narraciones”. “En ellas –se sostenía en una publicación mensual de varias décadas más tarde– se da vida y se personifica a todo. Los errores más absurdos se colocan en tales cabezas (de los autores)… que a los lectores temerarios les viene a parecer las más grandes verdades. De las pasiones y los vicios no hay que hablar: los más repugnantes se pintan en personas tan amables, tan heroicas, que la mayor parte los va tomando poco a poco por virtudes, va pensando, queriendo y amando, como aquellos héroes tan amables y encantadores”; “La Doctrina Católica sobre el demonio”, en *El Apóstol Milagroso*, Santiago, año IV, 39, 10 de octubre 1934, p.3

El libro de Bethleem, publicado en 1904[177], indica en su prólogo querer responder a dos demandas que lo justificarían: primero, las continuas solicitudes de jefes de familia responsables que, preocupados por la correcta formación moral de sus hijos, reclaman de la Iglesia un veredicto claro y directo acerca de los libros y autores que convendría o no admitir en sus hogares; y en segundo lugar, proporcionar a las autoridades públicas encargadas de velar por la paz social, antecedentes que contribuyan a tomar decisiones en cuanto a permitir o rechazar la propagación de determinadas lecturas.

El autor es cauto en decir que la tarea puede resultar ingrata e impopular. También el hecho de que ella no pretende ser definitiva ni que tenga validez permanente, pues son muchísimas las obras que de continuo afloran, de manera que existe el riesgo de cometer yerros y hasta injusticias. No obstante, el deber de alertar sobre los descuidos y la "estrafalaria concepción de libertad que impera", lo han llevado a emprender la construcción de este Catálogo, y a ofrecerlo al público, en nombre de la rectitud, las buenas costumbres y la moral pública, únicas alternativas para hacer frente a la debacle y a los males que, en su opinión, acechaban al hombre moderno. Éste se ha alzado proclamando la autonomía de todos los campos del saber y del actuar, y ha hecho del campo de la escritura, entre otros, un ámbito que, supuestamente, se gobernaría por sí mismo, repudiando toda autoridad. Frente a ello, Bethleen señala que eso es un error conceptual con enormes daños prácticos pues en la medida que los literatos realizan su obra a base de la sociedad y la

177 Louis Bethleem, *Romans à Lire et Romans à proscrire, avec notes et indications practiques*, Osacar Masson et Oscar Schepens&Co, Cambrai et Bruexelles, 1906. La edición consultada, de 1906, correspondió a la décimo tercera reimpresión del libro, dato bastante elocuente de la popularidad del mismo, considerando que sólo un par de años antes había tenido su primera aparición.

destinan a ella, estarían obligados a atender las normas primordiales de su orden y pervivencia, y que no serían otras que las de la moralidad y su fin trascendente. Si ellos quieren "perderse" en sus fantasías, allá ellos, pero en este caso deberían de abstenerse de recurrir al resto de las personas que sí buscan su salvación. El problema para el Abad no era tanto que se produjera y publicaran libros impíos, sino que ellos fuesen puestos en libre circulación, estorbando la sana disposición moral de las personas. De este modo, su obra no estaba dirigida a los hombres de letras, sino "a las conciencias cristinas" que luego de percatarse de las trampas que se les tendían, no podía sino quitar de su vista las lecturas perjudiciales.

Su llamado era a la prudencia. No podía evitar que las personas leyeran, pero sí advertirlas para evitar tanta perversión y daño moral. De esta manera, el libro de Bethleem es un vademécum, un manual de consultas donde podían hallarse prescritos los males y sus antídotos, así como mejores bálsamos para el espíritu.

Tipifica la literatura consultada en novelas "malas", "intermedias" y "buenas". Las primeras, sujetas a la sanción canóniga del *Index*, eran enteramente repudiables y no cabía sino su proscripción. Las intermedias, conteniendo tesis de error secundario, podían ser consultadas bajo supervisión y de acuerdo al sexo y edad de las personas; en tanto que las buenas, por su beneficio permanente, requerían ser siempre leídas y releídas de acuerdo a un plan de lectura recomendable para niños, niñas, jóvenes y adultos.

Tarea similar es la que realizó, algunos años después, Ladrón de Guevara, en su *Novelistas Malos y Buenos*[178].

[178] Pablo Ladrón de Guevara, s.j., *Novelistas Malos y Buenos*, Editorial Vizcaína, Bilbao, 1910 "Júzganse –dice la bajada de título– más de 2115 novelistas, 313 españoles, 100 Hispanoamericanos, 25 Portugueses, 66 Italianos, 1220 franceses, 150

Su editor aclara que la obra rebasa con creces a otra –aludiendo a la de Bethleem– en cantidad de autores (más de 2.000 de la de ahora contra poco más de 900 de la anterior), en la amplitud geográfica de procedencia de ellos y en la calidad de los juicios vertidos en torno a los registros, de modo que se estaría frente a un trabajo "superior".

En lo que toca a la finalidad del volumen, su autor expresa que se ha propuesto

> ayudar a nuestros compañeros en el ministerio de dirigir a los fieles, ahorrándoles mucho trabajo y el tiempo, que les es tan necesario para cumplir con tantas y tan sagradas obligaciones. Hemos pretendido llamar la atención, poner en guardia a lo menos, para que no sigamos proclamando buenas, a carga cerrada, tantas novelas que están muy lejos de serlo y que no han sido juzgadas sino por anuncios laudatorios de editores y libreros interesados o por críticos en cuya balanza de precisión, pesa mucho una cacofonía y nada una blasfemia (…) no vamos a parar a otra cosa que (sea) la mayor gloria de Dios y a la salvación de las almas[179].

Premunido de tales propósitos, sostiene que juzgará y sentenciará las novelas "con arreglo al código de la ley de Dios", siendo para él "malas, todas aquellas en que la moral o las ideas ahí contenidas, lo sean"[180]. Y si alguien,

Ingleses, 98 Alemanes, 170 Rusos, Belgas, Escandinavos, etc. La novelas juzgadas son sin número". Respecto del procedimiento que empleó para reunir y juzgar sobre una masa tan enorme de relatos y la variedad de idiomas en que fueron escritos, Ladrón de Guevara expone haber recibido consejos de innumerables personas, además de haber consultado distintos y extensos trabajos. Esta explicación también le sirve para atenuar o eliminar toda sombra de sospecha que pudiera recaerle al tener que haber leído, con evidente peligro de ánimo concupiscente, tantos "libros malos".

179 *Ibídem,* p.4

180 Conforme a este criterio –agregaba– a nadie que falte, debemos perdonar, ni

después de conocer los dichos del autor, preguntara ¿qué nos queda por leer?, no podía sino contestarle que eso no era asunto suyo:

> diremos –concluía– que no nos toca a nosotros responder a este pregunta; que se vaya con ella a esos novelistas inmorales e impíos, que son los que tienen la culpa de que no podamos leer sus libros. Nosotros no tenemos que ver con que haya pocos o muchos libros legibles.

De la relación de autores –más de 2.000, recordemos– nadie salva ileso, y aún en los que obtienen calificación positiva –los menos– no deja de advertir alguna recomendación aunque fuera de forma.[181]

perdonamos en nuestros juicios: a este llamamos gravemente deshonesto, al otro levemente provocativo, al que es impío, impío, y al que es blasfemo, blasfemos. Nadie lleve a mal que notemos, y tal vez de manchas graves, a novelistas que otros han alabado sin reserva, pues cuando esto hacemos ponemos las manchas delante de los ojos de todos, de modo que sólo hombres apasionados y prevenidos las pueden negar".

[181] Las "Calificaciones" aplicadas por Ladrón de Guevara no siempre distinguen bien entre el producto literario y su autor, tornándose a veces confuso si sus fallos remiten a la novelas o al escritor, o si se endilgan a ambos. Al traer a colación las adjetivaciones, como hacemos enseguida, podrá aclararse las causas de esta dificultad, así como el artificio de su nomenclatura. De nuestra parte, para evitar reinterpretaciones, los calificativos que copiamos harán alusión sólo a las obras y no a sus autores.
Herética, es la que se opone a los dogmas revelados; *Irreligioso,* la que niega o trata con desprecio la Religión, sus cosas o personas; *Impía,* la que trata con odio y mucho desacato las cosas y ministros de la Religión, a la misma Religión, al mismo Dios; *Blasfema,* es la que profiere maldiciones, insultos, contumelias contra Dios; *Clerófoba o anticlerical,* las que tienen la manía de inventar escándalos y descréditos del estado sacerdotal o religioso; *Mala,* es toda aquella que se opone a lo bueno, con muchas malicias; *Deletérea o malsana,* las que no pecan gravemente pero que contienen elementos o una atmósfera más o menos viciados; *Dañosa,* las que afectan a las ideas y las costumbres de un modo no tan alto como las impías pero más que la deletérea; *Peligrosa,* en especial cuando ponen riego la castidad; *Inmoral,* aunque de ordinario se aplica en orden a la castidad, se aplica también para otras virtudes. Son sinónimos de *Inmoral*: *obscena, deshonesta, lasciva, lujuriosa, libre*; *Provocativa,* es la excitación de las pasiones que lleva a la deshonestidad; *Voluptuosa,* estado previo a la deshonestidad; *Sensual,* es también menos que deshonesto, es lo que no tiene elevación y que alaga la parte inferior, predisponiendo a la parte racional a su caída; *Apasionadas,* novelas que no sólo son amorosas, sino que en ellas se pintan los amores de modo vivo, algo peligroso especialmente para la juventud: peligrosa para jóvenes o solteros; *Imprudente o temeraria,* libros que siendo buenos, caen en descripciones innecesarias; *Buenas,* las novelas que contribuyen a fomentar y conservar la fe y las buenas costumbres según la moral católica. Entre las *buenas* las hay *buenas a secas,* las mejores; otras *buenas medianas*, que tienden a claudicar en sus valores; *buenas tolerables,* novelas que no llegando a ser

De Edmundo de Amicis, declara: "Aquí y allá, en medio de cosas inofensivas y a veces hasta buenas, tiene malas ideas y no pocas picardías y pasajes libres (...) Respecto de *Corazón, diario de un niño,* señala:

> Es chocante que padres católicos den en premio a sus hijos este libro. Lo que hay de moral no es de esa elevada y católicamente práctica capaz de educar a un niño; pero aunque lo fuera, quedaría destruida por los capítulos de loor incondicional a hombres tan malvados y enemigos de la Iglesia como Mazzini, Cavour y Garibaldi (...) finalmente, hay un párrafo en que aparece santificado el suicidio de algunas madres"[182]

Sobre Gabriel D'Annunzio, que es "peor entre los peores, sus impiedades y deshonestidades llegan al colmo. De lo más repugnante, brutal, impúdico, de costumbres y aventuras escandalosas"[183]

A Honoré de Balzac, lo encuentra "Muy deshonesto y en alto grado pernicioso por sus máximas y principios y por los sentimientos que despierta. La comedia humana, es un monumento de todos los vicios"[184]. En cuanto a Víctor Hugo, "en su prosa y verso abundan las blasfemias, las calumnias contra la Iglesia, contra el Papa, Obispos y el clero. Con frecuencia habla de un modo que parece un loco, o más bien poseído del demonio. Muy inmoral y fatalista[185].

A Pedro Loti, lo considera "impío, incrédulo, inmoral"; De Guy de Moupassant, que es "discípulo del tan deshonesto Flaubert, se distingue por una falta completa

malas, contienen algunas manchas inexcusables; *buenas inofensivas,* que no aportan nada al fomento de las buenas costumbres, pero tampoco son negativas. *Ibídem,* pp.5-11

182 Ibídem, p.38

183 Ibídem, p. 40

184 Ibídem, p. 56

185 Ibídem, p. 24

de sentido moral, sensual, licencioso y con frecuencia, bestial”[186]. En cuanto a Herman Melville, que es un “pseudofilósofo, escéptico al parecer, malsano, llorón, áspero (…) cuando deja de ser ampuloso y pretensioso, puede pasar”[187].

De Emilio Zola, que “Murió de muerte desastrada después de haber escrito libros tan escandalosos por su impiedad y asquerosa lujuria, que acabó por causar náuseas a sus mismos amigos. Con tal infame comercio se hizo muy rico”[188]. A Emilio Salgari, lo estima menos inofensivo e interesante que Julio Verne, pero sin mucho mérito literario[189].

Finalmente, respecto de J W Goehte, indica que tiene “muy malas ideas. Su religión es una mezcla de paganismo, falsa filosofía y cristianismo; sus enseñanzas, inmorales[190].

De los autores chilenos, el único mencionado es Alberto Blest Gana. Aparte de que “no es bueno”, anota que es “ardiente defensor de las ideas modernas”[191].

Tras el desbroce, la expedición de Ladrón de Guevara acude al jesuita Vilariño Ugarte, a fin de rematar con los “tesoros que se pierden con la lectura de novelas”, resumen de advertencia final destinado a desalentar cualquier intento por “dejarse tentar” por tan “vacuos escritos”[192].

186 Ibídem, p. 286
187 Ibídem, p. 282
188 Ibídem, p. 470
189 Ibídem, p. 390
190 Ibídem, p. 199
191 Ibídem, p. 80
192 Los “tesoros” eran: se pierde tiempo y dinero; se pierde la laboriosidad; se pierde la pureza; se pierde la rectitud de conciencia; se pierde el corazón; pérdida del sentido común de esta vida; se pierde la paz; la piedad naufraga por completo en la lectura de las novelas. Tomadas de Remigio Vilariño Ugarte, s.j., *Curiosidades preguntadas por los lectores de El Mensajero del Corazón de Jesús*, Tomo III, Imprenta del Mensajero, Bilbao, 1905

Conclusiones

a) La Buena Prensa: su significado

En el transcurso de las primeras tres décadas del siglo XX, el clero diocesano y regular de la capital, con el apoyo y participación decisivos de diversas asociaciones del laicado militante, produjeron y dieron a la circulación una variedad considerable de impresos inspirados en el ideal de la Buena Prensa. La organización editorial que ello supuso, les permitió también urdir una trama de relaciones que no sólo contemplaría los esfuerzos inherentes a su propio quehacer publicístico, sino a la vez, el desarrollo de contactos y colaboraciones con funciones editoriales hermanas de fuera del país, especialmente europeas.

El conjunto de esta labor, a la par con suscitar la creación de un ámbito comunicacional distintivo en el contexto nacional, daría la experiencia necesaria para la aparición de estructuras de gestión crecientemente más formales y profesionales en el terreno de la edición local. Se originaron así instancias que, no obstante no llegaron a articularse dinámicamente entre sí, de algún modo configuraron y expresaron un nivel de interacción entre los nodos básicos de cualquier escenario editorial, nos referimos a los ejes de edición, producción, distribución y consumo.

*

En un estado de alarma que se haría más ostensible a medida que se acercaba el siglo XX, los representantes más eminentes de la jerarquía y del laicado católico

chilenos tuvieron claro que, si no ya en curso, muy pronto comenzarían a hacerse sentir en el país situaciones que implicaban desafíos crecientes a los conceptos y ejercicio del orden social y político conocidos y defendidos por ellos.

Cuando en 1893 el Arzobispo de Santiago, en Carta Pastoral dirigida al clero y la feligresía, convoca a sus huestes a contrarrestar la "propaganda disolvente del edifico social", no sólo estaba reiterando la validez de los dogmas, sino por sobre todo, reconociendo que había que adoptar las acciones tendientes a neutralizar los graves efectos de los "enemigos de la fe", circunstancia que impelía a creyentes y ministros a tener que debatir y oponerse acudiendo a un renovado uso de la palabra. Ni el púlpito ni los devocionarios resultaban ya suficientes: había que hacerse parte del boyante mundo de la letra impresa.

Desde nuestra óptica, lo relevante de aquello no es tanto el hecho en sí, en la medida que ha sido común en la historia de Iglesia sostener su utilidad y vigencia a base del rol de la denuncia de males y enemigos por doquier, sino, dirigir nuestra mirada al aspecto operacional que tal disposición implicó, a saber, el desarrollo local de la *Buena Prensa*, concepto comunicacional de masas patrocinado por las autoridades vaticanas a partir de la segunda mitad del siglo XIX, a fin de contrarrestar el conjunto de malas influencias y daños que desde al menos un siglo antes, venían produciendo los enemigos de la fe a través de la circulación y lectura de los "malos escritos".

Si bien asentada en numerosas aporías y antinomias rayanas en lo maniqueo, la función ideológica de la alarma católica chilena bien podía exponer elementos de sincera preocupación respecto de una realidad que, a diferencia de tiempos pasados, le resultaba ahora huidiza y hasta incomprensible, con el correspondiente

agravio a valores y formas de vida individual y colectivas refrendadas por autoridad divina. Así dicho, el problema para el mundo católico no sólo era que dentro y fuera del país se estuviese asistiendo a la funesta expansión de la impiedad y el desorden moral, sino, por sobre todo, que al tratarse de asuntos que creyentes y no creyentes no estaban en condiciones de resolver por sí mismos (por la natural tendencia a la corrupción de los individuos), se requería la puesta en marcha de una decidida acción de restitución de la Verdad en todas las instancias de la sociedad. Y a esta empresa se encaminó la Buena Prensa.

En el contexto de las experiencias de comunicación pública que hasta finales del siglo XIX había llevado a cabo el catolicismo nacional, la Buena Prensa importó algunos distingos importantes de consignar.

Sin dejar de lado las alternativas que corrientemente le habían permitido llegar con su voz a los círculos ilustrados y de poder[193], la conformación de un ámbito difusor expresamente a cargo del clero regular y diocesano –ámbitos de gestión principales de la Buena Prensa- aportó a la Iglesia un área comunicacional propia y de amplio espectro. Esto hizo la diferencia no sólo respecto de la escasez de medios tenidos hasta entonces, particularmente expresado en la ya tradicional *Revista Católica*, y una que otra experiencia de publicación de menor cobertura, sino, a la vez, en cuanto a disponer por sí y ante sí de las orientaciones y contenidos editoriales que a los hombres de iglesia le inquietaban e interesaban. En breve, con la Buena Prensa se veía realizado el antiguo anhelo de ofrecer a la sociedad chilena una real y efectiva prensa confesional,

193 Nos referimos a las no siempre exitosas ni diáfanas inclusiones de la opinión eclesial en diferentes diarios y periódicos de circulación regional y nacional

hecha por católicos y dependiente directamente de las instrucciones jerárquicas, sin tener que morigerar o negociar contenidos de opinión con otros recursos informativos.

Pero no solo eso, pues, a raíz de la multiplicidad de órganos que vieron la luz desde los inicios del siglo XX, así como del arribo desde el exterior de variados formatos impresos, la Iglesia pudo aspirar también a la masividad, proponiéndose llegar a miles de hogares y personas de cualquier condición social. Para ello la Buena Prensa propiciaría tanto la adecuación de formatos y contenidos, según el tipo de público a contactar y/o construir, como la articulación de varios dispositivos de distribución, consumo y consulta de sus productos (librerías, bibliotecas), configurándose de este modo un panorama que difería significativamente de la experiencia comunicacional habitual o anterior.

*

Estudiar la prensa católica y, específicamente, su proyecto de la Buena Prensa, sin duda que nos aporta luces acerca de un modo institucional (eclesiástico) que en su tiempo (pero también en la actualidad) abonó el terreno para la construcción de representaciones, prácticas y discursos religiosos de funcionalidad social y política, pero teniendo en cuenta que tal modo no se limitó ni menos se agotó en esta prensa. Esto nos lleva a sancionar que los datos y conclusiones a que arribemos en torno a ella, tendrán un peso específico respecto de sí misma, pero más relativo en cuanto a la generalidad del referido modo. Esto no implica desconexión entre lo micro y lo macro: de haberla, ya no estaríamos en el terreno de lo historiográfico, sino de lo anticuario.

Para alcanzar una visión más completa del mencionado modo institucional, sería necesario, en otras investigaciones, contrastar el tipo de disposición publicística previsto por la Buena Prensa con el talante

discursivo que otros laicos y religiosos católicos de la misma época, dejaron estampada en la prensa no expresamente católica.

Nos atrevemos a sugerir que los mismos hombres no hablaron de la misma forma, porque el modo institucional, más variado en tanto se instalaba en un escenario que así se lo exigía como requisito de vigencia (de vida o de muerte), les imponía ductilidad. A mayor abundamiento y dicho en paradoja, la Buena Prensa fue una ofensiva mediática de defensa en la medida que el modo institucional la reclamó para reforzar posturas, tradiciones, identidades; pero casi al unísono también reclamó una otra cara, la de una cierta apertura para elaborar su inserción en los nuevos tiempos: catolicismo social, sociabilidad obrera, beneficencia pública, apostolados diversos, reconocer la diversidad de los sujetos. No por nada, a diferencia de México o Colombia, en Chile no tuvimos cristiadas, rebeldías jansenistas, ni milenarismos a lo Canudos.

En directa asociación a lo recién expuesto, esta investigación nos acerca también al debate respecto del carácter y validez de la tesis historiográfica de la *romanización* de la Iglesia chilena y regional acaecida a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Sobre el particular, hemos optado por hacer ver nuestra opinión al final de este trabajo en función de que su lectura no se vea afectada *a priori* por los contornos interpretativos que involucra tal tesis.

*

Con algo de inconsistencia, se ha dicho en años recientes que la acción mediática desarrollada por la Iglesia chilena a partir de la segunda mitad del XIX, habría sido el resultado del empleo "de las armas del adversario", aludiendo a la más profusa actuación en el campo de la prensa escrita, de los sectores liberales

de la política chilena[194]. Sin negar que la expresión resulta sugerente, pues contribuye a retratar lo hecho por laicos y religiosos en años de recomposición de las funciones periodísticas y literarias en nuestro país, tendría, a nuestro juicio, un valor que toca más a la forma que al fondo del fenómeno. Me explico.

Es cierto que, alertada por la aparición de decenas de impresos –libros, revistas, hojas de propaganda, prensa periódica– que, de modo directo o indirecto, atacaban o podían atacar los fundamentos de la autoridad tradicional, la Iglesia acudirá, entre otros instrumentos, a alentar la circulación de otras tantas publicaciones que contrarrestaran el cuestionamiento de que estaba siendo o podía ser objeto; por tanto, a su manera y guiada por fines bastante propios, al terciar en el clima de opinión pública de comienzos del siglo XX, vino, también, a hacerse parte de las transformaciones que, en ciernes, estaban operando en el escenario de la comunicación social del país.

Hasta ahí podríamos convenir en que la Iglesia apeló, para su defensa, a las mismas armas del adversario, pero ello, insisto, es una externalidad argumentativa que no alcanza para dar cuenta del carácter y sentido de fondo que tuvo la mencionada actuación publicística sostenida por ella, más todavía si, como hacemos, nos ocupamos de su dimensión más acreditada y fidedigna expuesta en la Buena Prensa.

A los estímulos de contexto que propiciaban la reacción mediática, se sumó, de forma tanto o más determinante, la concepción demiurgica que, respecto de los textos, ha prevalecido en la teología cristiana.

194 Patricio Bernedo, "Usando las armas del adversario. Prensa e Iglesia en el Chile del siglo XIX", *Cuadernos de Información*, 19, PUC, Santiago, 2006 pp. 102-107

Por sus bases platónicas y neoplatónicas (el conocer humano es un acto de re-conocimiento del dato divino previo) la doctrina, en tanto verdad revelada, dispone de un soporte único: la Biblia, libro de libros que se ubica en el pináculo del saber. Bajo ella, y como únicos agentes autorizados para su exacta interpretación, se hallan los Santos, los antiguos Padres de la Iglesia y los Papas, cuyos "comentarios a la luz de las Sagradas Escrituras" -comentarios anidados igualmente en otros textos- habían hecho y debían seguir haciendo posible formar e informar la existencia humana en lo más esencial a sus fines: las normas de moral y conducta en vistas a su salvación o retorno al "Padre eterno".

Con lo expuesto en el párrafo precedente, lo que queremos decir es que el incremento de la edición católica a inicios del siglo pasado, si bien azuzado por el ambiente, se fundó, en medida preponderante, en la muy estrecha relación que doctrinariamente se establecía entre texto, lectura y difusión de la Verdad, aspectos si bien diferenciables por mera funcionalidad fáctica, resultaban indivisibles en orden a la misión salvífica. De ahí la relevancia que la citada triada adquiriera para el quehacer editorial puesto marcha por la Buena Prensa, lógica comunicacional que, por otra parte, no sólo satisfacía la motivación propia de la obra difusora, sino, a la vez, como contrapartida, justificaba la preeminencia que otorgó al texto rival, en calidad de mecanismo por excelencia del trastorno social.

Así como de los textos sagrados y consagrados debía emanar la recta razón y la recta moral que estructurarían los asuntos humanos, así también, la causa u origen de los males modernos radicaba en la presencia de libelos erróneos e inmorales, los mismos que, al sacar provecho de la ingenuidad y predisposición a la perversión de los individuos –el hombre es un ser imperfecto y pecador, recordemos–, promovían la subversión de la paz y el orden, contraviniendo los designios de Dios.

En síntesis, la centralidad del texto –donde la oralidad religiosa no era sino manifestación de lo mismo–, sea para proteger y conducir a la grey o para apartarla de las malas influencias, resultaría ineludible para la cultura y la práctica mediática católicas de comienzos del siglo XX.

b) Buena Prensa e historiografía

Salvo algunas breves intervenciones, la historia de la Iglesia en nuestro país no dispone de estudios que, insertos en la historia de las comunicaciones, brinden un planteamiento relativamente amplio y sistemático de las iniciativas editoriales y comunicacionales propiamente suyas. Sus historias más generales apenas si mencionan este ámbito, amén de que otras investigaciones –por lo general del mundo académico– han realizado, o versiones meramente ilustrativas sobre la opinión de su jerarquía en tal o cual coyuntura, o acercamientos desde la gran prensa nacional filo-católica.

Si bien no podemos dar por cancelada la búsqueda hecha hasta ahora, una sensación bastante fundada nos lleva a señalar que aún no existen en Chile acercamientos que aborden, desde una perspectiva amplia, la historicidad de los medios escritos propiamente institucionales[195]. En subsidio de esto, y tal como veremos luego, la situación en otros contextos académicos de la región es, *grosso modo*, un poco más auspiciosa.

No podemos saber si la ausencia que anotamos para Chile se prolongará indefinidamente. Lo que sí es posible decir es que desde hace un par de décadas,

[195] En el terreno de lo publicado como obras de conjunto, el trabajo Raúl Silva Castro en su obra Historia de la prensa y del periodismo en Chile, no los incluye.

de modo más bien esporádico, han aparecido algunos artículos y tesis de postgrado que, de manera puntual o genérica, han dedicado su atención a la relación de la Iglesia con la prensa.

A este respecto, nombremos los artículos de José González (1989)[196]; de Luis Castro (2005)[197] y de Claudia Castillo (2008)[198]; las tesis universitarias de Pérez Cotapos (1978)[199]; de Michel Salazar (1988)[200], y de Javier Muñoz (2004)[201], además de las partes finales de *La belle époque chilena*, de Manuel Vicuña[202].

C. Castillo busca insertar su tarea en la problematización de la comunicación eclesial como línea de análisis particular en momentos en que los hombres de Iglesia avistan la necesidad de forjar mecanismos propios ante la arremetida laicizadora de las estructuras estatales, en el último cuarto del siglo XIX. Dos aspectos metodológicos sobresalen en su enfoque: de un lado, la intención de contrastar su enfoque con las conclusiones a que arriba la argentina Miranda Lida, al atender a las publicaciones católicas porteñas de fines del XIX y

196 José Antonio González Pizarro, "La prensa y el periodismo católico en Antofagasta: interpretación histórica y su significado", en *Anuario de historia de la Iglesia en Chile*, V. 7, Santiago, 1989, pp.183-216

197 Luis Castro Castro, "La cuestión social y la visión de la Iglesia Católica de Tarapacá a través del semanario Las Cuestiones Sociales (1921-1927)", *Revista de Ciencias Sociales*, 15, Universidad Arturo Prat, Iquique, pp.66-89

198 Claudia Castillo, "La fe en hojas "de a centavo". Prensa católica en Chile, sus lectores y el caso de El Mensajero del Pueblo, 1870-1876", *Teología y Vida*, V. 49, 4, P. Universidad Católica de Chile, Santiago, 2008, pp. 837-874

199 Eduardo Pérez Cotapos, *La Iglesia ante el mundo obrero, 1908-1913. Un estudio de la prensa católica de Santiago*, Memoria, Facultad de Teología, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1978

200 José Michel Salazar, Actitud de la Iglesia Católica frente al movimiento obrero en Chile a través de la prensa católica, 1914-1920, Tesis para optar al grado de Magister en Historia, Universidad de Santiago de Chile, Santiago, 1988

201 Javier Muñoz Salas, *"Un monstruo de cien cabezas". La imagen del liberalismo desde el diarios El Estandarte Católico, durante el gobierno de Aníbal Pinto Garmenia (1876-1881)*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, PUC , Santiago 2004

202 Manuel Vicuña, *La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo,* Editorial Sudamericana, Santiago, 2001

comienzos del XX y, de otro, el énfasis puesto no tanto en los aspectos gruesos del discurso católico, sino en fijar el impacto y significado de la publicación que analiza en los contextos de producción, circulación y recepción de *El Mensajero del Pueblo*.

Con un vuelo interpretativo de mayor aliento, Vicuña concluye su libro con sendos capítulos dedicados a las iniciativas conjuntas del Arzobispado y de sectores de damas pudientes de Santiago en pos de surtir de buenas lecturas y moralidad al ambiente femenino de la capital y otros lugares de Chile como forma de contrarrestar lo que se estimaba era la excesiva liberalidad de conductas y hábitos que por entonces cundía entre las familias con más o menos dinero y tradición. Finaliza su análisis rebatiendo a Bernardo Subercaseaux[203] en la interpretación que este último da del sentido eminentemente conservador y anti moderno que habría prevalecido entre nuestra clase alta, réplica que vuelve más atractiva la bien escrita obra de Vicuña.

Estos distingos se tornan aún más evidentes al revisar las tesis mencionadas, así como las comunicaciones de Castro, González y Muñoz. Estos, siendo aportes de investigación valiosos, en general se mantienen dentro del tratamiento más usual que prevalece en la mayoría de los trabajos sobre esta prensa, a saber, dar a conocer posturas y alocuciones de índole personales o institucionales frente a diversos tópicos de carácter social (conflicto capital-trabajo o la "cuestión social", condición de la mujer, la infancia, moralidad pública y política, protección y beneficencia, etc.) con el

[203] Bernardo Subercaseaux, *Fin de siglo: la época de Balmaceda. Modernización y Cultura en Chile*, CENECA, Editorial Aconcagua, Santiago, 1988. Los reparos de Vicuña a Subercaseaux son, a nuestro entender, un tanto gruesos al no recorrer por completo la topografía de sensibilidades intelectuales descrita por Subercaeaux en el libro citado.

indisimulado interés, por parte de sus autores, de relevar, para la opinión actual, una actuación eclesial diversa y matizada a lo largo del tiempo, rescatándola de interpretaciones y juicios críticos al bulto o de abierto anticlericalismo. Por su parte, la propuesta de Muñoz, siendo atractiva en su idea –la reconstrucción de la subjetividad eclesiástica en torno al liberalismo-, ella se ve fuertemente frustrada por el escaso tratamiento doctrinario y de análisis de los textos que acopia respecto de determinados ejes problemáticos que enfrentan a los sectores liberales y católicos: libertad de prensa, libertad electoral, educación, patronato, Guerra del Pacífico.

Por su parte, en "Usando las armas del adversario. Prensa e Iglesia en el Chile del siglo XIX", Patricio Bernedo llama la atención sobre el diagnóstico y estrategia que, a partir del encrespamiento de las relaciones con el Estado (años 70 del XIX), adopta la autoridad católica, conclusión que habría tenido como corolario, la necesaria disposición de publicaciones propias.[204]

En la misma línea de interés por acuñar los modos de comprensión y ejercicio de la creciente lectura de impresos en el país por parte de la elite civil y religiosa del primer siglo republicano, Ana María Stuven, Sol Serrano e Iván Jaksic, han dado a conocer artículos y libros que nos sirven de valioso telón de fondo a nuestros fines. De cierta forma, estos autores buscan cristalizar, más allá de los desafíos y temores eclesiásticos, las circunstancias que se hicieron presentes una vez que se percibiera la siguiente conclusión:

[204] Patricio Bernedo, "Usando las armas del adversario. Prensa e Iglesia en el Chile del siglo XIX", *Cuadernos de Información*, 19, PUC, Santiago, 2006 pp. 102-107

> La formación de la opinión pública, la extensión del impreso principalmente a través de la prensa, la lucha ya no solo por la fidelidad de las elites sino también de los sectores populares, creemos que obligó a esta Iglesia tan letrada en su cúpula y tan oral en su pastoral y en su feligresía, a desarrollar una estrategia propia de expansión de la cultura escrita. Mientras tanto, los liberales dominaban tanto el medio, como el mensaje"[205].

Entre los países de la región, y sin ser numerosos, es en la historiografía brasileña donde hasta el momento se verifica el panorama más amplio de estudios vinculados a nuestra propuesta del proyecto comunicacional de la Buena Prensa. Argentina, México y Perú, seguidamente, también acusan alguna producción.

En efecto, de acuerdo al rastreo en internet que hemos hecho de las principales bibliotecas universitarias de Brasil[206], en los últimos diez años se han defendido tres tesis doctorales basadas en este tipo de materia. Nos referimos a las investigaciones de Almeida, Caes y

[205] Sol Serrano e Iván Jaksic, "El poder de las palabras: la Iglesia y el Estado ante la difusión de la escritura en el Chile del siglo XIX", *Historia*, V. 33, Santiago 2000 (edición electrónica http://www.scielo.cl); además, de S. Serrano ¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile, FCE, Santiago, 2008; Ana María Stuven, "Ser y Deber Ser Femenino: La Revista Católica, 1843-1874" en, Paula Alonso (comp.) Construcciones Impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, l820-l920, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004; "Voces y Representaciones Femeninas: Modernidad y secularización en Chile durante el siglo XIX", en Patriotas y Ciudadanos, Ediciones del Segundo Centenario, Centro de Estudios para el Desarrollo, 2003.

[206] Hemos utilizado para la búsqueda el ranking de enero 2011 de los principales repositorios a nivel mundial. Consultar en http://repositories.webometrics.info/ Las universidades son: Universidade de Sao Paulo, Biblioteca Digital de Teses, http://www.teses.usp.br/; Universidade Federal do Rio Grande do Sul - http://www.lume.ufrgs.br/; Universidade de Brasilia, http://repositorio.bce.unb.br/; Universidade Federal do Paraná, http://dspace.c3sl.ufpr.br; Universidade Estadual Paulista, http://www.acervodigital.unesp.br/; Universidade Federal da Bahía http://www.repositorio.ufba.br/; Universidade Estadual de Maringá, http://nou-rau.uem.br/nou-rau/; Repositorios Institucionais em Ciencias da Comunicação - http://reposcom.portcom.intercom.org.br/; Universidade Estadual de Campinas http://cutter.unicamp.br/

Gonçalves[207]. En todos ellos encontramos muy similares características de trabajo: teniendo por escenario los respectivos lugares donde han hecho sus estudios de postgrado (Paraná; Sao Paulo y Campinas), abordan la realidad institucional en los marcos de su rearticulación y expansión acaecidas tras la separación Iglesia/Estado una vez concluida la regencia imperial. Concluyen sus indagaciones en vísperas de O Estado Novo y el *varguismo*.

Un dato trascendente a nuestros fines, es que ubican sus incursiones en un marco de hipótesis que cuestiona la relevancia asignada hasta hoy al Primer Concilio Plenario de Obispos Latinoamericanos realizado en Roma en 1899, como momento sobredeterminante del ulterior desarrollo institucional (eclesial, pastoral y comunicacional) de la Iglesia regional. Sin negarle su importancia, sus investigaciones apuntan a apreciar, en igualdad de condiciones al evento vaticano, las circunstancias sociales y políticas autóctonas en orden caracterizar el tipo de construcción institucional que sobrevendría con el siglo XX.

Aún más rotunda en criticar el supuesto peso de la romanización de la Iglesia continental, es la historiadora argentina ya citada, Miranda Lida[208]. Sus trabajos la

[207] Claudio Aguiar Almeida, Meios de comunicação católicos na construção de uma orden autoritária, 1907-1937, São Paulo, 2002; André Luiz Caes, As portas do inferno não prevalecerão: a espiritualidade católica como estrategia política, 1872-1916, Campinas 2002; Marcos Gonçalves, Missionarios da Boa Imprensa nos primeiros anos do século XX, Paraná, 2007

[208] Hasta el momento, lo principal de la obra de M. Lida se remite a los siguientes textos: *Sociedad y Estado en la construcción de la Iglesia durante la segunda mitad del siglo XIX*, ponencia en Jornadas Católicos en el siglo: política y cultura, Universidad Nacional de Quilmes, 27 y 28 de mayo de 2004; "La prensa católica y sus lectores en Buenos Aires, 1880-1920", *Tiempos de América*, 13, 2006, pp. 59-71 (RACO, Revistas Catalanas de Acceso Abierto, http://www.raco.cat/index.php/index/raco/; "Prensa católica y sociedad en la construcción de la Iglesia argentina en la segunda mitad del siglo XIX", *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, V.63, 1, 2006, pp. 51-75; *Sociedad, régimen militar e Iglesia Católica en la Argentina, 1976-1982*, ponencia presentada en II Coloquio Historia y Memoria, UN de La Plata, septiembre 2006,

han colocado como la principal estudiosa de la prensa eclesiástica de su país, en instantes en que tanto la Iglesia Católica argentina como otros fenómenos de carácter religiosos, son objeto de numerosas interrogantes por parte de nuevas voces historiográficas[209]. Sin duda que al poner en cuestión las interpretaciones más socorridas por la historiografía latinoamericana dedicada a la Iglesia –la romanización y la aversión absoluta a la modernización que habría caracterizado constantemente a su jerarquía– ha abierto enormes posibilidades a una más rica historia social y cultural en decurso.

En México, por las conflictivas circunstancias que entrañaron las relaciones de la Iglesia con los poderes públicos en las primeras décadas del XX –guerra de los cristeros mediante– el proyecto de la Buena

inédito; con Diego Mauro, compiladores, *Catolicismo y Sociedad de Masas en Argentina*, Rosario, Prohistoria, 2009; Una Iglesia a la medida del Estado: La formación de la Iglesia nacional en la Argentina (1853-1865), Prohistoria, en prensa. Otra alternativa consultada, pero sin información para nuestro tema, es la Red Historia de los Medio, de Argetina, www.rehime.com.ar

209 Sin duda que la pregunta primordial de Luis Alberto Romero respecto del por qué no se ha dado en su país una institucionalidad política democrática de corte moderno, resuena en los esfuerzos de las nuevas generaciones de historiadores/as. Buscando respuestas en diferentes planos político-culturales, como por ejemplo, las prácticas de la religiosidad (su persistente adhesión y militancia sociales), noveles investigadores están aportando inéditas miradas. Ver, entre otros, Omar Acha, *Notas sobre la evolución cuantitativa de la afiliación de la Acción Católica Argentina, 1931-1960*, Universidad Nacional de San Martín, Buenos aires, 2007; Rossmery Chale, *Función de la prensa en la recién creada ciudad de La Plata: formación de una identidad e ideología*, UNLP, 2006; Jessica Blanco, *Modernidad conservadora y cultura política: Acción Católica de Córdoba, 1931-1941*, Universidad nacional de Córdoba, 2005 y, *La Acción Católica Argentina y su conformación como espacio público*, UNSM, 2006; Lucía Bracamonte, *Los derechos de las mujeres: representaciones de género en la prensa católica de Bahía Blanca a principios; del siglo XX*, Universidad Nacional del Sur, 2009; María de las Nieves Agesta, "Historia de papel. La constitución de un campo periodístico en la Bahía Blanca de entre siglos", *e-Latina, revista electrónica de estudios latinoamericanos*, V8, 29, Buenos Aires, octubre-diciembre 2009, http://www.iealc.fsoc.uba.ar/elatina.htm; Lorena Jesús, Católicos y nacionalistas en los orígenes de la revista Criterio, 1928-1930, ponencia al XI° JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA de Tucumán, (19 al 22 de septiembre de 2007), inédito; Néstor T. Auza, Revistas culturales de orientación católica en el siglo XX en Argentina, *Anuario de Historia de la Iglesia*, Universidad de Navarra, 2000, pp. 329-347

Prensa no contó con las posibilidades de despliegue organizacional que se dieron en Brasil, Chile, Perú o Argentina[210]. Si bien la aspiración a disponer de medios de comunicación propios fue de todos modos materializada, sus características hasta hoy mantienen el sello de lo particular, semblante que se nota claramente en las diversas aproximaciones que se vienen haciendo en el estudio de esta prensa. Este hecho ocasiona que, siendo la producción historiográfica tal vez si la más abundante en la región, su variedad hace que no podamos establecer un rango comparativo en lo que nos interesa: la función de la idea de la Buena Prensa al interior del espacio comunicacional eclesial mexicano para el período de inicios del XX[211].

Empero, la heterogeneidad mexicana, unida a la más alta frecuencia de contactos con los espacios disciplinarios anglosajón y europeo, tiene su ganancial en un punto deficitario para el resto de América Latina (excluyendo de esta indicación a Brasil y Argentina): la renovación metodológica y temática, afincada en la relación con otras ramas de ciencias sociales y las humanidades, como son los estudios lingüísticos, literarios, semióticos, etnográficos, patrimoniales, o de la sociología histórica[212]. De ello da cuenta su iniciativa

[210] En México, y con las limitaciones que se mencionan al final de este párrafo, la única organización que asumió la propuesta de un quehacer editorial católico, fue la Obra Nacional de la Buena Prensa, fundada en el D.F., en 1936. Ella, siendo iniciativa de la Orden Jesuita, se ha mantenido en actividades hasta hoy, pero sin contar con el patrocinio jerárquico del clero secular, por definición, la Iglesia institucional. A su vez, sus productos son únicamente catequísticos, litúrgicos, devocionales, bíblicos o teológicos, no accediendo nunca a la edición de medios propagandísticos de tipo periodísticos o de literatura no religiosa.

[211] Para un ejemplo de la preponderancia local en los estudios mexicanos, es pertinente citar la extensa producción del académico Manuel Ceballos Ramírez, experto en historia de la Iglesia de su natal Nuevo Laredo (Tamaulipas). Un clásico estudio suyo es "Las lecturas católicas: cincuenta años de lectura paralela, 1867-1917", en *Historia de la lectura en México*, Colegio de México, DF, 1988, pp. 153-204

[212] Un excelente estudio que pone en juego esta diversidad epistémica, es el de Laura Navarrete Maya, ***Excelsior** en la vina nacional*, 1917-1925, UNAM, México DF, 2007

comunicacional y académica de la *Red de Historiadores de la prensa y el periodismo en Iberoamérica,* auspiciada por la Universidad de Guadalajara[213].

Dos son los nombres que más resaltan en los empeños de desbroce analítico-metodológico a que hemos aludido: el de Rosalba Cruz Soto (UNAM) y el de Celia del Palacio Montiel, la principal impulsora de la Red mencionada[214]. Ambas, amén de variadas monografías, vienen generando una significativa obra de tipo teórica acerca del rol de los medios de comunicación en la configuración y circulación de representaciones sociales[215]. Para esto utilizan, precisamente, los datos y conclusiones de sus respectivos estudios de casos. En cuestiones metodológicas, han elaborado técnicas y criterios de consulta y sistematización de los medios escritos (diarios y revistas), aportando un valioso instrumental heurístico al modo de lo sugerido por Carlo Ginzburg y su "paradigma indiciario".

[213] El portal aloja más de un centenar de artículos referidos a historia de los medios de comunicación. Más del 50% de ellos corresponder a autores y tópicos mexicanos. Consultar en http://www.historiadoresdelaprensa.com.mx/

[214] Otros textos consultados en la Red, son los de Adriana Pineda Soto, *La prensa religiosa y el Estado liberal en el siglo XIX. La perspectiva michoacana*; María E. Patiño López, *La prensa escrita como mediadora del sentir religioso: el caso de los anuncios clasificados*; Francisco Fernández Martínez, *Campo literario y campo de poder en El Instructor. Publicación científica, literaria y de filología. Periódico Aguascalentense del siglo XIX* Desde un ángulo general, debemos citar a Hugo Armando Escontrillas, "El Catolicismo social en la Iglesia mexicana", *Política y Cultura*, 31, 2009, pp. 139-159, UAM, Xochimilco, México D.F.

[215] Celia del Palacio Montiel, "Historiografía de la prensa regional en México", *Comunicación y Sociedad*, DECS, U. de Guadalajara, 33. mayo-agosto, 1998, pp.9-46; *La mujer en la prensa veracruzana durante el siglo XIX*, DECS, U. de Guadalajara, 2000; *Rompecabezas de papel. La prensa en las regiones de México.* CONACYT, U.de G., Miguel Ángel Porrúa, 2006; *Siete regiones de la prensa en México*, CONACYT, U.de G., Miguel Ángel Porrúa, 2006; *La prensa como fuente para la historia.* CONACYT, U.de G., Miguel Ángel Porrúa, 2006; "Prensa Católica en México, 1868-1926, en *Enlace Diocesano*", DF, México, 2001
Rosalba Cruz Soto, La prensa ¿pariente pobre de la historia? Una reflexión en torno al historiador de la prensa, en http://www.historiadoresdelaprensa.com.mx/; "La investigación de la prensa en México durante el siglo XX", en Irma Lombardo, Coordinadora, *La comunicación en la sociedad mexicana. Reflexiones temáticas.* México, Asociación mexicana de investigadores de la comunicación, 2001, pp.15-48

La historiografía de la prensa en Perú, no obstante incrementar notablemente sus títulos en estudios de rotativos, libros y otros impresos, con enfoques nacionales y regionales, sólo recientemente comienza a poner su atención en la de orden religiosa[216]. Antecedentes valiosos a este respecto, son los trabajos de Fernando Armas Asín[217] quien, frente a lo que estima como desolador panorama investigativo con relación a la historia de la Iglesia peruana del siglo XX, se ha dado a la tarea de suplir en parte estas carencias.

Respondiendo a igual consideración, el joven historiador Juan José Pacheco está desarrollando actualmente una investigación similar a la nuestra sobre el proyecto comunicacional de la Buena Prensa, centrando inicialmente su preocupación en caracterizar descriptivamente lo que fue el *Apostolado de la Prensa*, organizado por la Diócesis de Lima entre 1896 y 1915. A esta instancia concurrieron diversos grupos de religiosos y laicos nucleados en torno a la Obra de San Roque y La Unión Católica. En la conclusión de su primer artículo sobre la materia, deja abierta su continuidad al señalar:

> El Apostolado de la prensa es una experiencia interesante que no había sido estudiada anteriormente. Fue la pretensión de los sectores clericales, unidos a la población laica, para lograr conservar los valores morales de la

[216] Para el siglo XIX, desde la óptica de la historia intelectual y política, son conocidos los aportes de Carmen Mc Envoy. De manera más específica, la historia de la prensa de circulación nacional ha conocido numerosos artículos y libros del Juan Gargurevich. Por su parte, la editorial de la Universidad de San Martín de Porres, está nutriendo su catálogo con numerosas obras sobre la prensa diaria, bibliográfica y hemerográfica, que da cuenta de la pujanza que estos temas están teniendo en este país.

[217] Nos referimos a "La historiografía sobre la Iglesia contemporánea en el Perú", en *Anuario de la Historia de la Iglesia*, Universidad de Navarra, 7, 1998, pp. 279-287 y, "El "Amigo del Clero" y "Signos", dos publicaciones significativas en la Iglesia peruana del siglo XX", *AHIg*, Universidad de Navarra, 9, 2000, pp.319-327. Ciertamente, la producción de Armas es bastante más extensa que la aquí anotada. Sólo nos hemos limitado a los trabajos más directamente pertinentes a nuestra labor.

> sociedad decimonónica utilizando a la prensa como medio. Sin duda, el estudio de la libertad de imprenta en el Perú debe considerar a estos actores que interactuaron y buscaron mejorar la sociedad peruana. Algo que más adelante sería propuesto por Víctor Andrés Belaunde en su idea de *peruanidad.* Es el componente religioso lo que serviría de base para construir una nación después de la derrota de la guerra del Pacífico[218].

Fuera de América Latina, es en España donde encontramos algunos estudios historiográficos relevantes a nuestros propósitos. Desde luego, fue de este país, vía arribo de nuevas Órdenes religiosas, viajes de chilenos a Europa (laicos y consagrados), acceso a literatura y prensa proveniente de Madrid, Barcelona o Sevilla, entre otros canales que, desde fines del XIX, la Buena Prensa española adquirió referencia obligatoria para la clerecía e ilustración católica nacionales. Y esto de manera más elocuente que antecedentes similares que también fueron recepcionados de experiencias editoriales católicas de Francia, Italia, Alemania, Inglaterra o Bélgica.

La historiografía peninsular no sólo nos nutre de un contexto que facilita la comprensión de lo que sería la Buena Prensa chilena; a la vez, nos remite a una práctica disciplinaria que hace del factor comunicacional, un ariete autosustentado de interrogación y debate de la historia general del país de los últimos 150 años, período en que la prensa nace y se expande como instrumento de modernización[219]. Este sólo hecho ya

218 Juan José Pacheco, *El Apostolado de la Prensa (1896-1915). La Iglesia Católica y la promoción de la Buena Prensa,* Lima, 2010, inédito, aportado por el propio autor

219 Sorprende que en historias generales de la comunicación la mención a la labor eclesial tenga cabida como tópico específico. Obviamente que esto, en algún sentido, no tendría por qué llamarnos la atención, dado el preponderante rol que la Iglesia

la hace más poderosa y científica, académicamente hablando, de lo que tenemos por historiografía de la prensa en nuestros países, aún apegada a tener que reconocer lo habido, su eventual significación y la confección de repertorios[220].

De la variedad de materiales sobre la Iglesia que en años relativamente recientes se han publicado en España[221], nos hemos quedado con los del profesor Ruíz Sánchez[222] y de la hispanista francesa Solange Hibbs-Lissorgues[223], por informarnos directamente de la Buena Prensa en un sentido amplio (en tiempo y espacio), superando los marcos puramente locales o regionales que, al igual que en México, se presentan también en la historiografía

española ha desempeñado en este país desde la Alta Edad Media. Pero desde México al sur, desde los siglos de la Conquista, su actuación entre nosotros también ha sido sobresaliente, sin embargo, al revés de allá, aquí su tratamiento académico ha sido muy débil.

[220] Ejemplo de la regularidad de publicaciones dedicadas a revisar el pasado de su prensa, es la edición año 2003, número 51, de *APORTES Revista de Historia Contemporánea Aportes* (Editorial Actas, Madrid), dedicada completamente al tema Prensa y periodismo en España. Puede consultarse en Repositorio DIALNET http://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=127

[221] La base de la consulta bibliográfica para España ha estado constituida por: 1. El portal de la Biblioteca Cervantes; 2. el portal de la Asociación de Editoriales Universitarias de España, y 3. el Ranking Mundial de Bibliotecas y Repositorios institucionales.

[222] José Leonardo Ruíz Sánchez, *Catolicismo y comunicación en la historia contemporánea*, Universidad de Sevilla, 2005 y, *Prensa y Propaganda Católica, 1832-1965*, Universidad de Sevilla, 2002

[223] Solange Hibbs-Lissorgues, Iglesia, *Prensa y Sociedad en España, 1868-1904*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert y Diputación de Alicante, Alicante, 1995, y *Felix Sardá y Salvany,* El liberalismo es pecado, Lleida, Pagès editores, 2009 (se trata de la reedición de la obra de este jesuita y su vinculación con el proyecto de la Buena Prensa, con un extenso y muy documentado estudio crítico de Hibbs-Lissorgues).
También, entre su vasta producción de artículos y participación en obras colectivas (buena parte de ella en idioma francés), citamos: "Práctica del folletín en la prensa católica española", en Brigitte Magnien, editora, *Hacia una literatura del pueblo: del folletín a la novela*, Editorial Antrophos, Barcelona, 1995; "Influencia de Louis Veuillot (1813-1883) y de la prensa ultramontana francesa en las publicaciones católicas españolas del siglo XIX", en Encarnación Medina Arjona (ed.) Coloquio Hispano-Francés, Diputación de Jaén, Universidad de Jaén, 2009, pp. 95-107; "El Padre Antonio María Claret (1807-1870): un pionero de las bibliotecas populares en el siglo XIX", en Jean Michel Desvois, ed., Prensa, impresos, lecturas en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jean François Botrel, PILAR, Université Michel de Montaigne Bordeaux 3, 2005

peninsular[224]. Aún la especificidad investigativa de cada uno es favorable a esta tesis, porque, si de un lado, Ruíz tiene en Sevilla y su Asociación Nacional de la Buena Prensa una veta que bien podría sintetizar a la Buena Prensa de su país, de otro, Hibbs-Lissorgues, por su nacionalidad y por su zona de trabajo histórico (Cataluña hasta el sur de Francia), ha dado a conocer interesantes noticias sobre los mecanismos de difusión de la "buena prensa" francesa en España.

Como hemos tratado de aclararlo hasta aquí, por sobre sus hechos y resultados, el concepto de la Buena Prensa que se transmitirá a nosotros desde Europa, significó una cierta apuesta formativa y, aún, civilizatoria, por más que compartamos o no sus formas y pretensiones. En el presente, nos puede resultar ingenua cuando no rechazable, por reduccionista y reaccionaria, su definición y su práctica. Bástenos, al respecto, considerar la intolerancia y nula apertura democrática exhibida sin tapujos por varios de sus publicistas y promotores (Louis Veuillot, Donoso Cortés, Félix Sardá y Salvany, por citar algunos) en general, teócratas anacrónicos. Pero fijar tal prescripción y permanecer inmutables en ella no hablaría bien de nuestra calidad científica: por eruditos que seamos en esta u otras materias, nuestra función de interrogación diacrónica se pondría seriamente en entredicho si, de los datos compulsados, no extrajéramos alguna luz en orden a aportar a los desafíos historiográficos previstos: profundizar en la comprensión de nuestro siglo XX y en las propias circunstancias políticas y sociales actuales.

224 La especialidad regional también es muy fuerte entre estos dos autores. Ruíz cuenta con decenas de notas y artículos para el área de Andalucía, mientas que Hibbs-Lissorgue ha hecho lo suyo para Cataluña.

En efecto, si bien, de una parte, la concreción de la Buena Prensa tuvo su tiempo y espacio ya idos, de otra, las fuerzas e intereses concernidos en ella no dejaron de pronunciarse posteriormente, y aún hoy siguen estando presentes. Cierto es que del saber histórico así establecido no podríamos postular ninguna estrategia taxativa de superación histórica para nuestros días, ni menos profetizar rumbos concluyentes para la misma; pero tales necesarias precauciones tampoco nos condena a la "inutilidad", en la medida que no es en el terreno de lo teleológico en que se juega la viabilidad de tal saber, sino, en el de su plausibilidad contingente y las posibilidades siempre abiertas del devenir.

Todo indica, de acuerdo a opiniones de expertos sobre la historia de la Iglesia regional, que ella ha adquirido relevancia como problema disciplinario durante las últimas dos o tres décadas. Nuevos tratamientos a la política, la cultura, la sociedad y hasta de la vida privada colonial, republicana y de la época de gestación del desarrollismo latinoamericano, a comienzos del XX, estarían siendo revisitados desde la óptica de influjo institucional eclesiástico y sus impactos sobre el conjunto de los agregados nacionales. En un registro similar, también los movimientos y agrupaciones protestantes, son señalados como problemas u objetos de renovado interés. En lo que toca a nosotros, ello también parece constatarse, según los informes bibliográficos aportados por el *Anuario de Historia de la Iglesia en Chile*, que comenzó a publicarse hace un par de décadas.

Lo que sí nos interesa aquí, es comentar que esta mayor preocupación se da en una época de crisis de las perspectivas o funcionalidades teóricas que permearon a buena parte de las investigaciones, relatos o crónicas que versaron sobre la Iglesia y sus personajes hasta fines del siglo XX. Por cierto, las versiones tradicionales del pasado católico centradas en los grandes nombres de instituciones y personas, tan cerca a lo que Gabriel Salazar

ha llamado "Historia nomotética", no obstante siga haciéndose, no constituye el acervo principal de lo que se escribe en América Latina y otros puntos del planeta, al menos en los medios propiamente académicos. Su perdurabilidad en universidades confesionales, agrupaciones de creyentes con estima científica o en instancias de corte eclesiales (primordialmente en Congregaciones), sigue teniendo vitalidad, cosa que podemos ver reflejada en las revistas, libros y comunicaciones electrónicas que hoy se multiplican en internet.

Con una impronta cercana a lo apologético y hasta lo hagiográfico, estas intervenciones cuidan de relevar las grandes obras católicas, sus construcciones institucionales a nivel de diócesis y arquidiócesis, la instalación y difusión de Órdenes y cofradías, la espiritualidad y la devoción populares, el rol de sacerdotes y laicos trascendentes (varios de ellos en o en camino de los altares), etc. Se trata, por lo común, de narraciones que giran en torno a ejes demiúrgicos, sea desde los espacios estatales, de los liderazgos pastorales o, descendiendo un poco, desde la heroica actuación social en misiones, parroquias o la actuación educacional, de la beneficencia y otras variadas encarnaciones samaritanas.

Con mayor o menor apego a exigencias positivistas en asuntos metodológicos, pero completamente adscritos al mensaje salvífico desde el paradigma de una fe que rehúye lo social-contingente, esta historiografía y sus adhesiones literarias devocionales fue, durante las décadas del 70 y 80 del siglo anterior, ampliamente rebatida y acusada de complaciente con las estructuras dominantes desde sectores igualmente católicos que, en algunos casos (Perú, Brasil, Centro América y, en menor medida, Ecuador, Colombia o Chile) llegaron a influir decisivamente en los episcopados de la región.

Hacia comienzos de los años 70, la Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en América Latina, CEHILA[225], hará suyo el proyecto de una nueva historia "profética" para la región, suscitando la colaboración de numerosos especialistas liderados por el filósofo argentino Enrique Dussel. La suma de una amplia gama de aportes monográficos más el encuadre conceptual y editorial realizado por Dussel y sus más directos colaboradores, dio como resultado la publicación, a medidos de los años 80, de un texto que compendiaba más de una década de trabajo y buscaba asentar una manera diferente de asumir el pasado y futuro de la Iglesia regional.

Conjugando de manera "liberacionista" los fundamentos de la fe, la ciencia y la política (con fuertes influencias de filósofos como Levinas y Benjamin), la obra y, en general, la propuesta historiográfica sustentada por la CEHILA, vinieron pronto a ser desdibujados por los trastornos sociales y culturales que comenzaron estar sometidos nuestros países por la nueva oleada modernizadora capitalista. La ruina de la Teología de la Liberación y de la perspectiva que alimentó una historia desde la subalternidad, hubo de notarse en la

[225] La Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en América Latina (CEHILA), según su propia definición "es movimiento de renovación del cristianismo latinoamericano que comienza en los años 60s y 70s, y de una intuición común a Charles de Foucauld, Juan XXIII, Mons. Hélder Cámara, Mons. Sergio Méndez Arceo y tantos otros. En 1959, Enrique Dussel, quien más tarde fue el primer presidente de CEHILA, por más de 20 años, discutiendo sobre la historia latinoamericana en Nazaret (Israel), comprendió, a la luz de Isaías 61,1. "Me ha consagrado para evangelizar a los pobres", la necesidad de escribir dicha historia desde el punto de vista de los pobres, los oprimidos y los marginados. En 1972 el Instituto Pastoral (IPLA) del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano), promovió la organización de la Comisión de Estudios de La Historia de la Iglesia en América Latina. En 1973 CEHILA adquirió la fisonomía de una institución de derecho civil, científicamente autónoma e independiente y que trabaja en estrecha colaboración con otras instituciones académica y de investigaciones y con las iglesias, católica y protestantes en América Latina y el Caribe. En 1975 se incorporaron los hispanos de Estados Unidos", Ver http://www.cehila.org/

creciente desafección que comenzó a acusar el mundo historiográfico latinoamericano al momento de asumir nuevas iniciativas de investigación eclesiales, al punto que, aún entre muchos de los anteriores colaboradores del proyecto cehiliano, su producto principal no ha sido tomado en cuenta.

Como sabemos, la "crisis de las utopías", de los noventa, aplastó las convicciones revolucionarias anteriores. Si, de una parte, la academia– siempre tan llana a tomar distancia de su entorno– no adhirió a la propuesta de conocimiento formulada, de otra, la sospecha por "vicios de instrumentalización", comenzaron a hacerse cada vez más abiertas respecto de la bibliografía producida por CEHILA, por lo que la "industria editorial" le cerraría sus puertas. Obviamente, el soporte básico de la alternativa, la Iglesia, como era de esperar, comenzó a mirar hacia otros lados. Finalmente, y para completar el círculo, agreguemos que hasta la misma propuesta epistemológica cehiliana fue escasamente desarrollada por sus seguidores, manteniéndose entre ellos los mismos enfoques tradicionales que supuestamente rebatirían: énfasis en la clásica relación Iglesia-Estado, en perjuicio de los sujetos sociales de la religión, la religiosidad popular o el ecumenismo. Un ex adherente incluso ha mencionado que, en los hechos y hasta hoy, el proyecto CEHILA

> (…) apenas inverte os pólos, elogiando a aproximação da igreja com os projetos populares ao invés de ressaltar a relação com as elites. O padrão de Euzébio de Cesaréia na utilização do conhecimento histórico para outros fins permaneceria o mesmo[226].

[226] Gomes, Francisco José Silva Gomes, "A Religião como objeto da História", en, Lana L. da Gama Lima et al. *História & Religião,* Rio de Janeiro, Mauad, 2002, p.13-24.

Lo dicho lleva a que esta investigación la situemos en un ambiente disciplinario y temático que no puede desentenderse de su propio signo de los tiempos: "debilidad epistémica", si hemos de tomar en cuenta lo cuestionable de cualquier "conocimiento fuerte" que pretenda zanjar entre lo conocido y lo ignoto, o entre los procedimientos antiguos y los emergentes. Y esto no lo decimos por condescender graciosamente con el horizonte intelectual del momento –a veces, tan pronunciado en subjetivismos y nihilismos– sino porque del interior de su despliegue extraemos cierto tino y humildad.

c) Rubrica final

Finalmente, consignemos que para contribuir al desarrollo de las bases teórico-metodológicas que permitan el impulso de un programa de investigación en historia del libro y la edición en Chile, nuestra postura considera la siguiente fundamentación.

Los estudios históricos sobre el libro y la edición disponen en nuestro país de una presencia mínima, lindante con lo inexistente[227], hecho que nos coloca en una posición de enorme rezago respecto de lo que viene aconteciendo

[227] En un registro relacionado expresamente al análisis de la literatura infantil y juvenil en Chile, Manuel Peña Muñoz ha entregado numerosas informaciones sobre colecciones e iniciativas editoriales de producción nacional o de procedencia extranjera que circularon en Chile durante el período que consulta esta Propuesta. En una perspectiva un tanto similar, aunque siempre al margen de la elaboración historiográfica que aquí sustentamos, no debemos dejar de aludir a las crónicas, ensayos y la crítica literaria realizada por Hernán Díaz Arrieta, Yerko Moretic, Raúl Silva Castro, Carlos Silva Vildósola quienes, tangencialmente nos remiten a algunos antecedentes sobre la producción y circulación de libros. De su parte, por su valor testimonial, son valiosos los relatos y crónicas de Luis Alberto Sánchez. A pesar de su importancia, no contamos con biografías o experiencias profesionales como editores de, entre otros, B. Gentilini, C. G. Nascimento, M. Amster, Arturo Soria, Carlos Cesarman.

en otras latitudes de A. Latina (particularmente México, Argentina, Brasil, Perú), si bien tampoco podríamos considerar como relevante la atención que ahí se brinda. ¿Por qué ocurre esta situación?

Podrían indicarse, como de hecho ocurre, varias explicaciones o razones que incidirían en esta pobreza historiográfica, las que, en su mayor parte, aluden al peso de determinado tradicionalismo en materias de enfoques y objetos historiográficos, esto es, sería la preeminencia de visiones historiográficas omnicomprensivas (generalmente de tipo político-institucional y epistemológicas) las que estarían constantemente subsumiendo bajo su imperialismo interpretativo y gnoseológico, numerosos aspectos de la realidad social (de su presente, pero también de su pasado), inhibiendo, en consecuencia, un conocimiento más profundo y renovado de la misma.

Favoreciendo, de nuestra parte, tal perspectiva de explicación, mi posición sobre el particular busca no insistir tanto en la sobredeterminación referida, sino en morigerarla a la luz de otra constatación que busca eludir las recurrencias a la lamentación que, por lo común, hallamos asociada a la crítica. Esta otra constatación se relaciona con las dificultades que los historiadores tenemos para modificar o escabullir el fenómeno descrito por medio no solo del esclarecimiento de la coraza epistémica implicada, sino, por sobre todo, a través del ejercicio de una actividad investigativa que promueva lo diferente. Y digo que el asunto es dificultoso para los historiadores porque el problema no siempre es evidente, sencillo ni directo. Desde luego, no lo es desde el punto de vista material, pues bien sabemos que escasamente existen condiciones y recursos que faciliten la tarea; pero tampoco lo es desde el ámbito de nuestras propias capacidades intelectuales y profesionales: ¿Cómo reformar un quehacer historiográfico que ha sido adiestrado y habilitado a base de los mismos

conceptos y prácticas que se pretenderían transformar? El desafío, por tanto, es complejo y nada asegura que se culmine con buenos resultados. A pesar de ello, si queremos de todos modos suponer alguna circunstancia de cambio, no nos queda más que persistir en el camino de la innovación, de manera de sobrellevar o enfrentar la fuerza centrípeta de la historiografía generalista[228].

Entre los elementos que directamente han afectado al desarrollo de los estudios históricos sobre el libro y la edición en Chile (aunque no solo en nuestro país), sin duda que uno de los mas gravitantes tiene que ver con la falta de un claro y estructurado cuerpo teórico-metodológico mediante el cual pudiese avanzarse en el delineamiento del objeto y sus enfoques. Ahora bien, a este respecto –y a la luz de lo indagado por mi parte sobre el mismo– he llegado a la convicción de que una adecuada respuesta en torno a la necesidad mencionada, implica que ella se vincule a una problemática mayor en el entendido que el libro, en sus dimensiones de producción y significado social, no es sino una de las variadas manifestaciones del moderno fenómeno de la comunicación social (de masas, podríamos agregar). De esta suerte, al preguntarnos por el fundamento epistémico de los estudios históricos de la edición impresa, invariablemente deberíamos

228 Sólo como dato ilustrativo de la falta de construcción del campo histórico del libro en nuestro país, anotemos que en el XII Congreso de la Asociación de Investigadores en Comunicación, ALAIC, de mayo de 2012, en el grupo dedicado a los temas históricos, no existe ninguna ponencia proveniente de Chile. Por cierto, esto no significa que no dispongamos de especialistas ni de producción en esta área, sólo que su labor, además de disgregada, se concentra casi completamente en el terreno de la prensa escrita o de las revistas literarias y culturales, pero no en el libro y la gestión editorial. Puede también advertirse que entre los cultores de la historia de la prensa periódica o de otras manifestaciones mediáticas de masas (cine, radio, televisión, internet) no se ha suscitado ninguna iniciativa particular de difusión de sus trabajos, como pudiera ser la edición de revistas, webs, blogs, conformación de redes u otros recursos de expresión pública. Claramente, ni la academia ni otras instancias ligadas a la cultura, han favorecido el apoyo e institucionalización de estos estudios

extraer parte importante de la respuesta acudiendo al sentido que previamente, o en paralelo, otorguemos a la interrogante por el qué y el cómo de la historia de la comunicación social.

Es este –nos referimos a la historia de la comunicación social– un ámbito de estudios que interroga por el significado temporal de las expresiones y estructuras comunicacionales a partir de la genealogía y dinámica de sus representaciones y difusiones en el espacio público, relevando el valor epistémico que, con relación a la dicha dinámica, disponen los propios soportes y vectores de la comunicatividad.

Subyace a esta valoración, la propuesta de que estos dispositivos, en sus formas y prácticas de emisión y recepción, importan claves de conocimiento que enriquecen los modos de comprensión de nuestra historicidad. De manera más precisa, podemos señalar que si bien los medios –en especial la prensa escrita– son desde hace largo tiempo elementos de empleo frecuente por la historiografía, su acepción de uso tradicional de pasiva fuente de consulta o de apoyo narrativo, debe o debería virar hacia una connotación más activa como objeto y problema de investigación, depositaria de un creciente potencial heurístico para la disciplina.

En esta perspectiva, los impresos tendrían que dejar de ser un recurso puramente apelativo o de ilustración, dependientes de una argumentación generalmente externa a ellos, para convertirse en un actor o sujeto con fisonomía analítica propia. Deberían dejar de ser "el pariente pobre de la historia", para constituirse en una de las formas más pertinentes del conocimiento histórico. Sus contornos, en aspectos tan variados como sus formatos, soportes, frecuencias, autores, comunicadores, precios, códigos y léxicos, omisiones y censuras, tecnologías de impresión, caracteres gráficos, organización de contenidos, tipos de

discurso, suscripciones, publicidad, perfil de usuarios o consumidores, recepciones, hibridaciones, redes de contactos, canales de circulación, gestión empresarial, y un sinfín de otras rúbricas, estarían hablando a las claras de que, en torno a la comunicación social, a sus instrumentos, sistemas cognitivos y prácticas, la ciencia histórica estaría enfrentada a nuevos e ingentes desafíos metodológicos.

Ahora bien, en contrapunto con lo expuesto en los párrafos precedentes, la historiografía latinoamericana –y de Chile, en particular– dedicada al pasado de los impresos, se ha caracterizado (hasta el momento) por el cultivo de dos orientaciones básicas: la primera, de índole cuantitativa, tiene relación con su apego a las tareas de catastro e inventario de ediciones tanto de la prensa periódica como de la entretención y la creación (diarios y revistas, haciendo hincapié en que en el rubro de las revistas han tomado lugar propio las de corte culturales) y, segundo, en un plano cualitativo, a una elaboración preferentemente ajustada a los repertorios y registros de temas y autores/as ahí consignados. Para un escenario disciplinario aun en formación o consolidación, estas circunstancias no redundan en caso alguno en una situación comparativamente desmejorada, al contrario, las estimamos promisorias y necesarias a una línea de incremento y maduración de un campo en construcción como es el de los estudios históricos en comunicación social. Por lo demás, si bien a un nivel de interacción dialógica con otras áreas disciplinarias, los trabajos hasta hora realizados resultan todavía limitados (lo que lleva a que diversos historiadores no logren reconocer su potencial heurístico, considerándola una dimensión confusa o más implicada a los estudios literarios), es pertinente hacer ver los esfuerzos de transversalidad que subyacen en investigaciones publicadas por varios especialistas de nuestro medio (C. Ossandon, E. Santa Cruz, P. Bernedo, J. Montealegre, M. Salinas).

Existe consenso en señalar que los estudios históricos sobre el libro y la edición tuvo una suerte de giro copernicano a partir de la publicación en Francia de la obra *La aparición del libro* (1957, L. Febvre – H. J. Martin); y esto porque al registro exhaustivo de los materiales impresos que, junto con el estudio de las técnicas de producción, era la vía usual para conocer el pasado bibliográfico, la dicha obra supuso la entrada en escena de una amplia gama de actores históricos: los impresores, los editores, los comerciantes de libros, las rutas, las vías de difusión y distribución, los lectores, etc. En adelante, ya no bastaría con describir las obras, ni con trazar los árboles genealógicos de las literaturas nacionales, ni con explicar en detalle los procedimientos empleados para producirlas: a partir de entonces se consideró necesario investigar el fenómeno libresco en sus vertientes técnicas, culturales, económicas, geográficas y sociales, pero sobre todo, a través de la interrelación de estos factores. Febvre y Martin exploraron no sólo los requisitos tecnológicos que hicieron posible la invención del tipo móvil (tanto los aspectos de orfebrería como la invención de la prensa y de la tinta adecuadas), sino también las condiciones comerciales y geográficas que hicieron posible la eclosión de la industria librera (por ejemplo la introducción del papel en Europa, y sobre todo el establecimiento de un auténtica sistema comercial que produjera este insumo, desde la recolección de trapos hasta la instalación de molinos eficientes), para terminar con un conmovedor balance del impacto social del primer medio de comunicación de masas: el libro[229].

[229] Es relevante señalar que *La aparición del libro,* no ha sido objeto en nuestro medio de ningún tratamiento disciplinario (historiográfico) ni siquiera por quienes aquí adhirieron (o adhieren) a la *Escuela de los Annales* (a la que pertenecieron los autores), a pesar de las varias décadas desde su aparición.

Como podrá advertirse, los estudios sobre el libro y la edición, en la medida que los insertamos en el campo más amplio de la historia de la comunicación social, suponen un enfoque que de cabida a contribuciones de variadas ramas del saber social y tecnológico (economía, literatura, semiótica, gestión, tecnología, política, sociología cultural, entre otros) sin que tal variedad de afluentes no esté regido por el objeto cognitivo principal que le suponemos asignado: la construcción de repertorios tópicos articuladores del discurso social de un estado determinado de la sociedad. En síntesis, por medio de la ampliación informativa e interpretativa contemplada en el punto 1, el desarrollo de las estructuras cognitivas y representacionales previstas en el punto 2, y la confección de un modelo analítico que fije las "balizas" (Michel De Certau) para las vías de ida y regreso del conocimiento de nuestro pasado editorial, buscamos ofrecer una opción presumiblemente adecuada a los estudios en torno al libro.


STOR



Inscrito en el campo de la historia de la comunicación social, este libro indaga e informa respecto de un aspecto específico: el de la actuación editorial llevaba a cabo por la Iglesia Católica chilena –específicamente, en la Arquidiócesis de Santiago– durante el primer tercio del siglo XX.

Esta fue una época en que la reorganización del orden oligárquico y el desarrollo de la primera experiencia de modernización capitalista de base urbana (sociedad de masas), trajo consigo una intensa y renovada disputa por la palabra oral y escrita en el espacio público. En este ambiente, la Iglesia (diocesana y regular), enarbolando las banderas de la Verdad y la Tradición, no pudo sino terciar con su propio proyecto rectificador –el de la Buena Prensa– a fin de hacer frente a todos los que, por medio de sus impresos y divulgación, estimó como enemigos de la fe y destructores de las instituciones sociales.